



EDDIE THORNY

TRAGEDIA EN BERLIN





San Bernardo, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—¡CULPABLE!, por Alf Manz. (3.ª edición.)
» 2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (3.ª edición.)
» 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter (2.ª edición.)
» 4.—EL COBARDE, por Alf Manz. (2.ª edición.)
» 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair.
» 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz.
» 7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter.
» 8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair.
» 9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny.
» 10.—LA REDADA, por O. C. Tavin.
» 11.—SHANGHAI, por Alf Manz.
» 12.—GUERRA DE GANGSTERS, por Fred Baxter.
» 13.—¡SANGRE!, por Frank C. McFair.
» 14.—LA REBELION DE LOS MUERTOS, por Alar Benet.
» 15.—EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G. Murphy.
» 16.—TANGER, por Alf Manz.
» 17.—¡TRAIDOR!, por O. C. Tavin.

En preparación:

ALTA TRACION.

I

EL ASALTO DEL EXPRESO DE HAMBURGO



E pie en el pasillo, John Baxter contemplaba el panorama que desfilaba ante sus ojos. No podía dominar una intensa emoción. A su memoria acudían en tropel los recuerdos. Atrás había quedado Spandau y el tren corría ahora atravesando con rapidez los arrabales del oeste de Berlín; dentro de quince minutos, de veinte como máximo, estarían en el centro de la ciudad. Recordaba perfectamente aquellos barrios por los que había pasado centenares de veces. Pero resultaba difícil reconocerlos. Por doquier se veían las huellas espantosas de la guerra. Todo el Intenso trabajo de reconstrucción realizado a lo largo de cuatro años no había bastado para reparar los estragos de la catástrofe. Grandes edificios de los que sólo quedaban en pie los muros exteriores ennegrecidos por el fuego; árboles tronchados por la metralla, puentes destruidos; manzanas enteras convertidas en solares, ocupados por barracones de madera donde se hacinaban centenares de familias.

No por esperada, la terrible mutación experimentada por Berlín producía menor impresión en el ánimo de John Baxter. Hacía siete años ya del día en que los periodistas americanos, convocados por uno de los secretarios del doctor Goebbels, oyeron de sus labios la noticia de que Alemania había decidido declarar la guerra a los Estados Unidos. Los corresponsales americanos fueron internados inmediatamente. Durante tres meses permanecieron recluidos, con guardias de vista, en uno de los hoteles

de Bad Nehueim; luego se les trasladó a Lisboa donde fueron canjeados por los reporteros nazis que desempeñaban sus funciones en Washington o Nueva York. Allí terminó prácticamente su carrera periodística. Incorporado al ejército, hubo de trocar la pluma por el fusil, peleando en África primero, en Italia después y en Normandía por último. Tres balazos recibidos en Avranches le obligaron a pasar varios meses en un hospital. Logró al cabo reponerse de los estragos causados por el plomo enemigo, pero cuando llegaba a París de paso para el frente, le sorprendió la noticia del hundimiento definitivo del poderío alemán.

Todavía hubo de permanecer algún tiempo en filas. Después realizó diversas y especiales misiones en el Pacífico. Hasta que ahora, años después de concluida la guerra, tornaba al ejercicio de su profesión y regresaba a Berlín, como corresponsal de la World News. Llegaba en momentos críticos, dos semanas después de que Rusia diera por concluido su largo bloqueo de la ciudad, fracasado gracias al famoso puente aéreo angloamericano. La capital alemana era el principal punto de fricción entre el Este y el Oeste, la encrucijada donde quizá se decidían los Destinos del mundo con vistas a una futura y más terrible conflagración. Y si en los tiempos en que Hitler soñaba con su Reich milenario capaz de sujetar Europa al dominio germano, tenía importancia y trascendencia el puesto de corresponsal, ahora lo tendría cien veces mayor. Y no solo, naturalmente, desde el punto de vista político o militar, sino esencialmente en el aspecto humano.

La vida azarosa y difícil de los cuatro millones de habitantes de la ciudad destrozada; el contrabando en gran escala de víveres, medicamentos, cigarros o armas, y las maniobras, choques, argucias habilidosas y luchas subterráneas y constantes entre los agentes de las cuatro potencias ocupantes, constituían una situación extraordinaria y única donde un buen periodista podría encontrar tema sobrado para escribir reportajes capaces de mover e interesar a las gentes.

Tuvo de pronto la extraña sensación de que alguien le estaba mirando con fijeza. Volvió la cabeza. En un extremo del pasillo, junto a la plataforma del coche, pudo ver a un individuo alto, ancho de hombros, cabeza cuadrada, rostro de líneas duras y ojos pequeños, inquisitivos y penetrantes. Al verse observado, el individuo se apresuró a desaparecer.

A John no le pareció totalmente desconocido. Había algo en su cara que le resultaba vagamente familiar. ¿Dónde le había visto? No lo sabía con exactitud. Era alemán, indudablemente; acaso algún viejo amigo. Pero por mucho que esforzó su memoria no pudo recordar por el momento su nombre.

No fue mucho, en realidad, el tiempo que tuvo para pensar. Habían cruzado al Havel y el tren corría ahora por la orilla izquierda del Spree.

Pronto atravesarían también este río para detenerse en el apeadero urbano de Jungfernheiden, a cinco kilómetros escasos del punto terminal de su viaje en el centro mismo de la población. Baxter seguía pensando en el individuo cuyo nombre no acertaba a recordar, cuando una voz imperativa resonó a sus espaldas hablando en alemán:

—Levante las manos y no haga el menor movimiento. Tendríamos que matarle.

Obedeció sorprendido y dio media vuelta para ver quién le amenazaba. Era un tipo de rostro anguloso, con la mejilla izquierda cortada por una larga cicatriz, que le miraba con ojos amenazadores. Empuñaba una pistola ametralladora y parecía decidido a emplearla sin inútiles vacilaciones. John pudo ver algo más: El individuo que le amenazaba no estaba solo. En el pasillo habían surgido, no sabía cómo, otros cinco o seis hombres en actitud parecida. Todos llevaban pistolas en las manos y parecían moverse con arreglo a un plan meticulosamente trazado.

Mientras varios cuidaban de mantener inmóviles a los viajeros bajo la amenaza de sus armas, algunos de ellos penetraban en uno de los departamentos. Hasta Baxter llegó el ruido de una breve y acalorada discusión a la que pusieron término los secos estampidos de dos disparos, seguidos de un grito de agonía. Sin poderse contener, John dio un paso al frente. El individuo que le tenía encañonado gruñó amenazador.

—¡Quieto o le pasará lo mismo!

Del departamento donde resonaron los disparos, salían ahora dos individuos. Con cierta sorpresa advirtió que uno de ellos era el mismo que un minuto antes le pareciera extrañamente familiar. Al verle de nuevo tuvo la misma impresión. Pero tampoco ahora le sobró tiempo para recordar con tranquilidad dónde podía haberle visto con anterioridad, porque toda una serie de acontecimientos dramáticos se sucedieron entonces con una celeridad vertiginosa.

Tras de los dos individuos, que llevaban consigo un maletín—posiblemente objetivo perseguido con el asalto—, salió una muchacha joven, bonita, vestida con relativa elegancia. Despreciando el peligro que representaban las armas de los forajidos, se lanzó de un salto sobre el que cerraba la marcha, tratando de arrebatarle a viva fuerza el maletín.

—Quédese donde estaba o seguirá la misma suerte del otro —amenazó el que parecía mandar el grupo. Luego, al advertir que la muchacha no hacía mucho caso, indicó al individuo que vigilaba a Baxter—. ¡Encárgate de ella!

Uno de los bandoleros había hecho funcionar los timbres de alarma y el tren, apenas atrevesado el puente sobre el Spree, detenía su marcha. John comprendió que los asaltantes lo tenían todo perfectamente preparado. Dos grandes coches cerrados estaban parados, junto a la vía del ferrocarril, en la

entrada de Tegerler Allee. Tenían los motores en marcha, las portezuelas abiertas y junto a los chóferes podía verse a unos individuos preparados para manejar fusiles ametralladores contra cualquiera que pretendiera seguirles.

Todo esto lo vio Baxter de una sola ojeada. En una ocasión le tocó hacer la información del asalto de un tren realizado por la banda del famoso Dillinger. Según la Policía procedieron de la misma forma en que ahora actuaban aquellos individuos. Si no eran auténticos «gángsters», nada tenían que envidiar a sus maestros americanos. Ni siquiera en brutalidad. Porque cuando el jefe de la banda había descendido del tren y resonaban algunos disparos, hechos evidentemente con la intención de sembrar el pánico entre los viajeros e impedir la persecución, el individuo que tenía encañonado a Baxter quiso rechazar a la joven que, con gesto desesperado, pretendía aún recuperar su maletín. Como viese que no bastaban las amenazas verbales, propinó a la muchacha un puntapié en pleno estómago, haciéndola caer de espaldas, lanzando un grito lastimero. Casi al mismo tiempo el jefe de la banda gritaba:

—¡Deprisa, o te quedarás aquí!

El forajido volvió la espalda para echar a correr. Baxter, furioso por la brutalidad del miserable capaz de pegar a una mujer, sintió arder la sangre en sus venas. Sin poderse contener, salió corriendo tras él a lo largo del pasillo, en dirección a la plataforma. El llamado Hans le llevaba cerca de dos metros de ventaja. Lo suficiente, si se daba media vuelta rápida, para manejar la pistola ametralladora que portaba y destrozar a su enemigo. John estaba demasiado irritado para hacer caso del peligro. Recordando sus tiempos ya un tanto lejanos de jugador de «rugby» se tiró hacia adelante en un formidable «plongeon». Asíó al bandolero por la cintura y llevado por el formidable impulso adquirido los dos salieron rodando por el pasillo estrechamente enlazados.

Baxter se puso en pie con agilidad felina, tras desprenderse de su enemigo de un fuerte cabezazo. Su contrario le imitó en el acto. En la caída había perdido la pistola ametralladora y se agachó a recogerla. John no quiso darle tiempo, convencido de que si llegaba a apoderarse del arma podía darse por muerto. Sin vacilaciones le golpeó con ambos puños, haciéndole retroceder tambaleante, cayendo de nuevo a tierra. Pretendió lanzársele encima, al tiempo que la voz del jefe de la banda volvía a resonar imperativa desde el estribo de la plataforma:

—¿Vienes de una vez, Hans?

El forajido trató de librarse de su adversario. Dejó que se acercase. Entonces, enlazándole las piernas con las suyas, le hizo caer de espaldas. Apenas tocó el suelo, John estaba nuevamente en pie. Pero Hans se disponía a hacer lo mismo y ahora llevaba todas las de ganar porque había

recogido el arma. Además ya no estaba solo. En la plataforma aparecía el individuo que parecía acaudillar la banda. De una sola ojeada comprendió lo sucedido. Vio a su compañero levantándose y Baxter decidido a lanzarse de nuevo sobre él. Sin hablar palabra apretó el gatillo de la pistola que empuñaba. Un balazo silbó muy cerca de la cabeza de John que se tiró al suelo para salvar la vida. Los otros disparos tuvieron el más inesperado de los destinos.

Hans tuvo la desgracia de incorporarse en el instante más inoportuno. Tanto, que, interponiéndose entre Baxter y su compañero, recibió en la espalda los balazos disparados contra su rival. Con el cuerpo atravesado por el plomo, dio dos pasos vacilantes, tropezó con el americano tirado en el suelo y le cayó pesadamente encima.

John temió entonces que hubiera llegado el postrer momento de su vida. El individuo que había disparado desde la plataforma le tenía completamente a su merced. De seguir tirando podía coserle a balazos antes de que pudiese iniciar el menor gesto defensivo. Por fortuna, o le asustó un tanto matar a su propio compañero Hans, o creyó muerto al americano al que vio rodar por el suelo al sonar el primer disparo, o dando por descontadas ambas cosas juzgó llegado el momento de preocuparse de su propia salvación. En cualquier caso lo efectivo fue que tirándose de un salto a la vía, echó a correr en dirección al punto en que les aguardaban los automóviles.

Algunos disparos respondían ahora a los hechos por los asaltantes. Los agentes de la Military Police británica de servicio en el tren, habían entrado en actividad al resonar los primeros tiros y al funcionar los timbres de alarma. Mientras unos se apearon para averiguar los motivos de la detención del convoy, otros, atraídos por el estrépito de la breve pelea sostenida en el último coche, corrían hacia allá a lo largo de los pasillos.

John Baxter no perdió tiempo en esperarles. Llegaba el primero de los miembros de la Policía militar a mitad del pasillo, cuando se incorporó y vio a través de la ventanilla a los forajidos a punto de montar en sus coches. Casi en el mismo instante los cristales saltaron destrozados por varios impactos y tanto él como los viajeros curiosos que se atrevían a asomar la cabeza tuvieron que bajarla con excesiva precipitación.

—Hay que contestar en la misma forma.

Tenía una pistola en el bolsillo, pero juzgó mucho más eficaz la «mitrallett» perdida por Hans en su caída. La recogió del suelo y saltó a la plataforma. A su lado estaba ya un policía militar británico, empuñando también un arma de fuego. Al tiempo que apretaba el gatillo de su pistola, el inglés preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—Han robado a una señorita y matado a uno de los viajeros. Si les

dejan escapar...

—¡No les dejaremos! Por mucha prisa que quiera darse...

Al tiempo de subir a los coches, los forajidos, protegidos por sus compañeros sentados al lado de los conductores, se volvieron para hacer fuego sin otro deseo que mantener a distancia prudencial a sus posibles perseguidores. Vieron que los disparos más peligrosos partían de la plataforma del último vagón, de la misma plataforma por dónde habían saltado a tierra medio minuto antes y tiraron contra quienes la ocupaban. Baxter advirtió que las balas pasaban en una proximidad demasiado peligrosa de su cabeza, incluso sintió en el brazo izquierdo el escozor de un rasponazo. Disparó a su vez con ansias de matar. La ráfaga que salió de su pistola no se perdió enteramente en el vacío. Como mensajeros de muerte las agujas de plomo fueron a clavarse en el segundo de los automóviles. El conductor y el hombre que a su lado manejaban el fusil ametrallador, se doblaron como muñecos a los que fallan de pronto todos los resortes.

Dominando el estrépito de los disparos, incluso los gritos de agonía de las víctimas, Baxter oyó gritar imperativo e irritado al jefe de la banda:

—¡Todos al otro coche y a la carrera!

Fue obedecido en el acto. Corrieron todos hacia el otro coche, que ya estaba en marcha. Instintivamente, John se tiró de la plataforma, bajando el pequeño talud que formaba la vía. Con él corrían ahora cinco o seis policías militares británicos. A toda prisa, por el extremo opuesto de la calle, atraído por los disparos y haciendo sonar su sirena, se acercaba un coche. En él venían dos hombres uniformados.

Sin darse cuenta exacta de que no era quién para dar órdenes, dejándose arrastrar por el nervosismo que le dominaba, John Baxter comenzó a dar instrucciones. Aproximándose al coche que detenía un instante su marcha junto al «Mercedes» que había quedado inmóvil en uno de los lados de la Tegeler, ordenó enérgico:

—¡Tras éstos a todo correr! Hay que impedir que se escapen. Su jefe es...

No llegó a pronunciar el nombre que desde unos segundos antes resonaba en su cerebro. En el último instante, cuando daba a gritos sus instrucciones de correr al otro automóvil, John había reconocido al individuo que acaudillaba la banda. Le había reconocido, con un asombro sin límites, porque recordaba perfectamente la noticia de que aquel hombre había desaparecido del mundo de los vivos. Y, sin embargo, aunque su memoria le traicionó en un primer instante, ahora estaba perfectamente seguro de no haberse equivocado.

Por fortuna, ni el soldado británico que conducía el «Roll» ni su acompañante necesitaban para nada conocer tal nombre. No esperaron siquiera a escucharlo. Dejando que subieran al coche John Baxter y tres de

los miembros de la M. P. que le acompañaban, pisó a fondo el acelerador y el coche salió disparado. El viejo «Mercedes» en que huían los asaltantes se había perdido de vista, pero no tardaron en divisarle de nuevo.

—¡Tirad a los neumáticos! Cuando se detengan...

Pero resultaba muy difícil, lanzados los dos automóviles a toda marcha, alcanzar las ruedas traseras del coche ocupado por sus enemigos. De cualquier forma, la mayor velocidad del «Rolls» les permitía ir ganando terreno. Penetraron a todo correr en la Berliner Strasse. Apenas si les separaban ya treinta metros. Baxter gritaba al conductor:

—¡Más deprisa! ¡Más deprisa...!

Estaba seguro de poder alcanzar pronto a los fugitivos. Tendrían que reducirlos a balazo limpio. Pero triunfarían en el empeño de dar su merecido a los asaltantes del tren, recuperar el maletín robado a la muchacha y sobre todas las cosas de echar mano a aquel famoso...

Pero cuando la distancia que les separaba se había reducido a menos de veinte metros, al llegar a la desembocadura de Leignizstrasse un gran camión de cinco toneladas, que salió inesperadamente a la Berliner, se interpuso en su camino. El coche de los fugitivos pasó casi rozándole. El «Rolls» no fue tan afortunado. Lanzado a toda velocidad, el soldado que conducía no pudo frenar. Para evitar un choque de catastróficas consecuencias, torció violentamente la dirección. Aunque pisó con firmeza el freno, no pudo impedir que el coche subiese a la acera y fuera a dar violentamente contra el escaparate de una zapatería.

Saltó hecha añicos la luna del establecimiento, cayó con estrépito el parabrisas contra el que fue a chocar la cabeza del conductor y recibieron diversos golpes los ocupantes del vehículo. Todos lograron salir por su pie de los restos destrozados del coche. Pero cuando consiguieron hacerlo, el «Mercedes» había desaparecido en la lejanía y resultaba totalmente inútil pretender darle alcance.

—Detengan al chófer del camión —exigió Baxter—. Es posible que estuviese de acuerdo con los bandoleros.

Un teniente de la Policía militar inglesa dio rápidas órdenes a sus subordinados. Pese a sus protestas el conductor fue detenido. El teniente cambió breves palabras con los ocupantes del coche lanzado en seguimiento de los forajidos. Luego preguntó receloso a John:

—¿Quién es usted y por qué está mezclado en todo esto?

Baxter dio con rapidez una completa explicación. El teniente pareció darse por satisfecho, especialmente luego de ver la documentación que acreditaba a su interlocutor como corresponsal en Berlín de una importante agencia americana. Sin embargo...

—Tendrá usted que acompañarnos a la Comandancia de la Policía Militar. Allí podremos aclarar todo.

Desgraciadamente, allí no fue posible aclarar nada. Cuando llegaron ya se habían recibido informes de lo ocurrido en las inmediaciones de la estación de Jungfernheiden. Tras el tiroteo, el tren reanudó su marcha para rendir viaje en la estación terminal de Lehrter. A la Comandancia habían sido trasladados con toda rapidez los cadáveres de las víctimas y los testigos presenciales del suceso. El mayor inglés Patrick Henry, secundado por una serie de activos auxiliares, trabajó con entusiasmo durante largas horas, interrogando a todo el mundo, consultando fichas, pidiendo informes a los diferentes departamentos y a las distintas policías de ocupación. Al anochecer, ya concluidas sus pesquisas, tomando un «*whisky*» en compañía de Baxter, expresó claramente su contrariedad:

—No hemos logrado nada prácticamente. Los ocupantes del «Mercedes» al que ustedes seguían parecen haber desaparecido sin dejar rastro. Fueron vistos por última vez en Charlottenburg Chaussee. Después se les tragó la tierra.

—¿Lograron identificar a los muertos?

—Al individuo asesinado en el interior del departamento, no. A los tres forajidos muertos por sus disparos, sí. El que cayó en el tren era un criminal de guerra, antiguo miembro de las S. S. al que la Policía perseguía inútilmente hace tres años.

—¿Y los otros dos?

—Uno era Francis Munter, antiguo «gángster» en América, desertor del ejército en el que se enroló todavía no sabemos por qué ni cómo. El otro un maleante francés, que buscó refugio en Berlín huyendo de la Justicia de su país.

—¿Cómo es posible que un americano y un francés participen en el asalto cuando el jefe de la banda es...?

Con una sonrisa irónica le interrumpió Henry:

—Karl von Zander, ¿no? Ya le he oído repetirlo diversas veces, amigo. Sin embargo, comprenderá que no pueda tomarlo muy en serio. No quise creerle en un primer instante. Ahora... Vea la ficha que acaban de remitirme la Policía militar rusa: Karl von Zander se suicidó en Potsdam el cinco de mayo de mil novecientos cuarenta y cinco. ¿Cómo podemos admitir que usted le haya visto hoy, cuatro años después de su muerte?

John Baxter quedó meditando un instante. Hacía horas que se repetía a sí mismo idéntica pregunta, sin acertar con la respuesta. Al cabo gruñó:

—No obstante, estoy seguro de haberle visto. Le conocía bastante bien. Durante años enteros fue como la sombra de Goebbels. Iba con él a todas partes. Le vi cien veces en las grandes solemnidades del partido a las que tuve que asistir como corresponsal americano. ¿No podrían estar equivocados los informes de la Policía rusa?

—¿Y no podría equivocarse usted en el nervosismo de la lucha,

máxime cuando, según reconoce hacía ocho largos años que no veía a Karl von Zander? Deseche esa idea, amigo. Zander está muerto, y bien muerto. Se encontró su documentación sobre el cadáver. Hubo, además, seis o siete personas que le reconocieron. ¿Qué duda puede cabernos ya?

Aunque Baxter se preciaba de ser buen fisonomista tenía que admitir como posible la equivocación. ¿No tardó más de tres minutos en creer reconocer al antiguo «obergruppenfuhrer» de las S. S.? ¿No cabía que se tratase únicamente de cierta semejanza más o menos lejana? Tercamente se negaba a admitirlo en su fuero interno, pero no podía sostener abiertamente su extraordinaria afirmación. Prefirió variar ligeramente la charla.

—¿Qué ha dicho la muchacha? ¿Qué contenía el maletín robado?

Aquí, la respuesta del comandante fue desconcertante. La joven robada, la chica a la que el llamado Hans golpeó brutalmente, dejándola tendida en el pasillo del vagón, había desaparecido. Nadie sabía cuándo, cómo ni por qué se había ido, pero al llegar el tren a la estación terminal resultaron inútiles todas las pesquisas para dar con ella.

—¿Cree que la secuestrarían los asaltantes?

—En absoluto. Si desapareció fue por su propia voluntad. Indudablemente, no tenía el menor deseo de ser interrogada.

—¿Qué explicación puede dar entonces a lo sucedido?

—Apoyada en pruebas, ninguna. Tan sólo sentar una hipótesis, que supongo no se aleje mucho de la verdad. La señorita y su acompañante—el individuo asesinado al que aún no conseguimos identificar—, debían formar parte de alguna organización clandestina. Una banda rival decidió apoderarse del maletín, sabiendo lo que contenía. Lograron su propósito. Pero la víctima del robo prefirió perderlo todo, antes de tener que dar explicaciones a la Military Police.

Baxter insinuó entonces la posibilidad de que se tratase de organizaciones políticas. El comandante Henry se echó a reír. No creía una sola palabra de las fantasías divulgadas por los periodistas angloamericanos acerca de la resurrección de los viejos cuadros nacionalsocialistas.

—Las bandas que pululan por Berlín están integradas por maleantes vulgares. Son alemanes desesperados, desertores de los Ejércitos aliados, indeseables de todas clases dispuestos a enriquecerse al amparo de la situación caótica que vive la capital. Trafican con todo, pero ninguno quiere saber una sola palabra de política.

Baxter movió la cabeza. ¿Qué podía contener el maletín para justificar un asalto audaz a un tren en pleno Berlín? ¿Unos paquetes de cigarrillos, algunas armas, estupefacientes tal vez?

—O diamantes —repuso Henry—. No olvide que Alemania entera ha sido saqueada por unos y otros. Para librar sus bienes unas veces, para constituir fondos con vistas a una futura actuación en otras, muchas gentes

ocultaron o enterraron verdaderos tesoros. Esos tesoros son el imán que atrae con mayor fuerza a los indeseables que actúan en Berlín. El maletín guardaba uno, posiblemente de procedencia nada limpia. En caso contrario, ¿por qué hubiera desaparecido la muchacha que lo llevaba?

John Baxter no acertó con una respuesta verosímil. Al cabo, terminada la conversación, se despidió del comandante. Al darle la mano, Patrick Henry le indicó:

—De todas formas, tenga mucho cuidado. Su decidida intervención costó la vida a varios miembros de la banda. Los demás tratarán de vengarlos. Procure andar con pies de plomo. No me agradecería recibir dentro de unos días la noticia de que le habían recogido en cualquier calle acribillado a balazos...

II

UN ACCIDENTE SOSPECHOSO



UNQUE John Baxter había demostrado en diversas ocasiones lo bien templado de su espíritu, no fue mucho lo que pudo dormir aquella noche. Durante largas horas estuvo dando vueltas en el lecho del hotel en que se hospedaba, meditando sobre los extraordinarios acontecimientos que habían saludado su llegada a Berlín. Antes de retirarse a descansar había hablado con diversas autoridades americanas, y todas le confirmaron cuanto el comandante Henry le había dicho con respecto a la muerte de Zander —en cuya supervivencia no creía nadie—, a las partidas de «gángsters» que ensangrentaban las calles de la ciudad e incluso al peligro personal que podía correr si los supervivientes del grupo que asaltó el expreso de Hamburgo llegaban a conocer la personalidad de quien tan resuelta como inesperadamente tomó partido en contra suya, estando a punto de hacer fracasar su bien planeado proyecto.

¿Sería Zander el individuo que mandaba el grupo? No lo sabía a ciencia cierta. A primera vista había que rechazarlo de plano. Las razones aducidas por el comandante inglés parecían de sobrado peso para poderlas poner en tela de juicio. Todos los periódicos del mundo publicaron los días en que finalizaba la segunda guerra mundial la noticia de su muerte.

Prácticamente no tenía salvación posible al finalizar la contienda con el hundimiento del III Reich. Para nadie pudo ser una sorpresa que viéndose acosado, perseguido, a punto de caer en manos de los rusos, acabara

pegándose un tiro en la cabeza en la casa de Potsdam, donde había encontrado un peligroso refugio. Y, sin embargo, Baxter se resistía a creer en su muerte. Hasta unas horas antes la había dado como segura e indudable. Ahora...

Le sobresaltó de pronto la ruptura del cristal de una de las ventanas de la habitación. Se alojaba en un cuarto del primer piso de un hotel instalado en un edificio milagrosamente salvado de las llamas en plena Friedrichstrasse. Tanto la ventana de la alcoba como las del cuarto de baño inmediato daban a la calle Koch. Se levantó de la cama y corrió a la ventana. En el suelo pudo advertir una piedra y los restos de los cristales. Alarmado, se asomó mirando hacia la calle.

No fue más que un instante, pero la imprudencia estuvo a punto de costarle la vida. Oyó un estampido sordo y algo pasó silbando muy cerca de su cabeza. Comprendió en el acto de lo que se trataba. Alguien disparaba desde la calle utilizando un arma con silenciador. Corrió hacia la mesilla de noche, donde había dejado su pistola, y empuñándola con resolución tornó a la ventana. Se asomó de nuevo, pero tomando toda clase de precauciones y dispuesto a tirar sobre el primer sospechoso que divisara.

Oyó en aquel instante el ruido de un coche al ponerse en marcha. Miró en aquella dirección y vio confusamente un automóvil con las luces apagadas desaparecer por un extremo de la calle, totalmente desierta. Pensativo, murmuró:

—No han perdido el tiempo. Evidentemente, Zander tiene mucho interés en mi desaparición.

Encendió la luz de la alcoba y pudo ver el agujerito hecho por la bala al clavarse en el techo. Pensó por un instante en dar la alarma, despertando a los empleados del hotel y avisando a la Policía. Desistió en el acto. No lograría averiguar nada ni sería posible dar alcance a su desconocido agresor. Lo mejor sería esperar a la mañana. Entonces sí entraría en movimiento. Y procuraría aclarar de una vez para siempre el misterio que envolvía la muerte del famoso «obergruppenfuhrer». ¿No se encontraba en Berlín James H. Tilden? Pues nadie podría ayudarle mejor.

Cerró cuidadosamente la ventana, dejando caer la persiana metálica, se aseguró de que había corrido el cerrojo interior de la puerta, comprobó que la pistola estaba cargada y en condiciones de ser disparada sin demoras peligrosas y volvió a tumbarse. El resto de la noche transcurrió sin el menor incidente. Por la mañana, cuando terminaba de afeitarse, sonó de pronto el timbre del teléfono. Un poco sorprendido descolgó el auricular. Una voz femenina llegó a sus oídos, expresándose en inglés, pero con marcado acento alemán:

—¿Hablo con míster Baxter?

—Sí; yo soy John Baxter. ¿Qué me desea y quién es?

—Quien sea importa poco. Creo que nos vimos ayer, pero seguramente no volveremos a vernos más. De todas formas, quiero darle un buen consejo: procure olvidar lo ocurrido en el expreso de Hamburgo. Y, mejor aún, váyase cuanto antes de Berlín.

—¿Es usted la señorita que...?

No terminó la pregunta. Oyó perfectamente el ruido producido por su interlocutora al colgar el auricular dando por concluida la conversación.

Acabó de vestirse y se dispuso a salir en busca de Tilden. Al pasar por delante del mostrador del hotel hizo algunas preguntas al portero. Era todavía el mismo que estaba de servicio la noche anterior. Sin la menor vacilación, dijo cuánto sabía:

—Un caballero americano vino preguntando por usted una hora después de su llegada. Le dijimos que se había retirado a descansar. Quiso saber el número de su habitación y no creímos que hubiera inconveniente en dárselo.

Todo aparecía totalmente claro. El pretendido visitante—que afirmaba ser amigo suyo, aunque probablemente no le hubiese visto en todos los días de su vida—, se enteró de la habitación que ocupaba por encargo de Zander o de quien fuese el jefe de la banda que asaltó el tren. Localizar después la ventana de su cuarto no ofrecía la menor dificultad para quien conociera la disposición del hotel. Sólo un ligero error de milímetros había impedido que su plan, cuidadosamente preparado, hubiera tenido éxito, silenciándole de una vez para siempre.

No cabía duda de que enterados de su fracaso, no tardarían en volver a probar fortuna. Al salir del hotel, Baxter iba con la mano derecha hundida en el bolsillo del abrigo donde llevaba la pistola en condiciones de ser utilizada sin la menor demora. Por fortuna, nadie parecía acecharle. Aunque miró receloso en todas las direcciones, no pudo ver nada sospechoso y llegó sin el menor incidente al Centro de Documentación, uno de los más eficaces organismos de la Policía americana de ocupación.

En los departamentos que integraban lo que con aire inofensivo se denominaba un tanto ambiguamente Centro de Documentación, se habían reunido, clasificado y seleccionado los informes relativos a los muchos millares de individuos reclamados por las autoridades de todos los países ocupados por los alemanes en el curso de la segunda guerra mundial. Por espacio de dos años aquella extraordinaria documentación fue recogida y centralizada en París, donde funcionaba una oficina internacional destinada al descubrimiento y detención de los elementos nazis acusados de violar el derecho de gentes.

Bajo el anagrama de Crowcass, con intervención de todas las naciones que ganaron la guerra, pero dirigida y encauzada por los mejores agentes del F. B. I., realizó en poco tiempo una labor extraordinaria, consiguiendo

atrapar a setenta y cinco mil personas para hacerlos comparecer ante los diferentes Tribunales. Mucho antes de que terminase su labor, cuando aún quedaban cincuenta mil acusados cuyo paradero no se había logrado averiguar, la Crowcass fue disuelta, cansados los americanos de pagar unos gastos que nominalmente debieran corresponder, por partes iguales, a todos los países interesados en que no quedasen impunes los crímenes nazis.

No se quiso, sin embargo, destruir el copioso material cuidadosamente reunido, y fue enviado a Berlín para que sirviera de ayuda a las tropas americanas de ocupación. Y sobre todas las cosas, para continuar, aunque ya controlado exclusivamente por los militares estadounidenses, la persecución de los muchos acusados que no habían podido ser habidos. Se creó entonces el llamado Centro de Documentación, adjunto al Cuartel General yanqui. Y en el Centro de Documentación, como espíritu organizador, actuaba James H. Tilden, que había trabajado anteriormente en París y otros puntos, y figuraba entre los más conocidos y famosos de los «G-Men».

Tilden era buen amigo de Baxter. Lo eran desde los días azarosos de preparación del desembarco en Marruecos y Argelia. Trabajaron juntos entonces en una sección del Estado Mayor; figuraron luego en vanguardia de las tropas desembarcadas y anudaron una amistad que seguía en pie al cabo de años de alejamiento.

Tilden escuchó con todo interés el relato de Baxter. Ya tenía noticias del asalto del expreso de Hamburgo, de la persecución de los forajidos a través de las calles de la zona británica y del fracaso para recuperar el maletín desaparecido. Hizo algunas preguntas para precisar diversos detalles. Al final, John preguntó:

—¿Crees, como el mayor Henry, que mi seguridad de haber visto a Karl von Zander sólo puede ser producto de una imaginación calenturienta?

—Te conozco lo suficiente para saber que, salvo cuando escribes, nunca te dejas arrastrar por la imaginación. Sin embargo, por fuerza he de admitir que tu testimonio no es demasiado firme. Hace más de ocho años que viste por última vez a ese individuo; además, al jefe de la banda no pudiste contemplarle detenidamente. ¿Qué hablaba en forma muy semejante? Después de pasar una larga temporada sin oír hablar en un idioma determinado, acaba por parecernos que todos los que lo utilizan lo hacen con un tono idéntico.

—Entonces, ¿estás convencido de que sufrí un error, de que Zander se suicidó efectivamente?

—No he dicho ninguna de las dos cosas. Son posibles ambas, muy posibles, pero en modo alguno me atrevería a decir que indudables. Pudiste confundir a cualquiera con Zander; también cabe admitir que éste se suicidase hace ya cuatro años. Sin embargo...

—¿Qué?

—No sería el primer «muerto» que resucitase de la noche a la mañana. Por otro lado, no podemos fiarnos demasiado, en general, de las afirmaciones rusas; y menos aun cuando se refieren a sucesos o muertes acaecidas en los días finales de la guerra. Entonces se sucedían con vertiginosa rapidez las noticias sensacionales. Todos nos acostumbramos a darlas por buenas, sin tomarnos el trabajo de comprobarlas. Y así, si muchas resultaron ciertas, otras...

Dejó sin terminar la frase, mientras con aire pensativo lanzaba al espacio una bocanada de humo. Baxter esperó con calma. Tras un minuto de silencio, Tilden prosiguió:

—No seré yo quien se atreva a sentar afirmaciones categóricas sobre lo ocurrido en aquellos días. Ni siquiera estoy absolutamente convencido de la muerte de Hitler. Es casi seguro, como afirman muchos, que se suicidase en el «bunker» de la Cancillería, en compañía de Eva Braun. Pero ni yo he visto su cadáver, ni se dé nadie que lo haya visto. Y muy bien pudiese ocurrir con él lo mismo que con Martin Bormann.

—¿Tampoco murió? Si no me equivoco, en el proceso de Nüremberg hubo quien contó detalladamente su muerte...

—Lo hubo, en efecto. Fue, concretamente, Artur Axemann, jefe de las juventudes nazis. Sin embargo, tras prolijas investigaciones hemos podido comprobar la falsedad de su testimonio. Hoy tenemos la plena seguridad de que Martin Bormann vive. ¿Dónde? ¿Cómo? Daría cualquier cosa por averiguarlo. Bormann, la «eminencia gris» de Hitler, era el más frío, el más inteligente, el más audaz y calculador de los prohombres del III Reich. Tengo el convencimiento de que, oculto en las sombras, seguirá luchando. Y no precisamente en beneficio nuestro.

—De cualquier forma —afirmó Baxter—. Bormann no podría ni siquiera salir a la calle. Sería reconocido en el acto y allí terminarían sus andanzas.

—Te equivocas también en esto. En primer término, existen muy pocas fotografías suyas. Pero aunque hubiera muchas, acaso no tendríamos posibilidad de reconocerlo. ¿Disfraces? Algo mucho más eficaz: cirugía facial.

Contó algunos episodios reveladores. Varios individuos habían sido detenidos por azar e identificados merced a la complicada maquinaria montada por las autoridades americanas. Pero ni sus más íntimos amigos hubieran podido reconocerles. Tras someterse a las manipulaciones de algún experto cirujano, sus caras no tenían la más remota semejanza con las que aparecían en las fotografías que ilustraban sus fichas respectivas.

—Bormann ha podido hacer lo mismo. Incluso cabe en lo posible que todos los días le veamos, que nos crucemos con él en plena calle, que tome

café a nuestro lado, y sin embargo, no acertemos a reconocerle.

Bien. Baxter admitía que todo aquello fuese verdad. De serlo, revestía doble importancia poder terminar cuanto antes con Zander.

—Caso, naturalmente, de que siga vivo.

—Y de que no sea él quien acabe contigo—repuso, sonriendo, Tilden—. Voy creyendo que pueda ser él. Un jefe de «gángsters» hubiese procurado vengar a sus compañeros caídos, haciéndote desaparecer. Pero lo habría hecho con toda calma, sin excesiva prisa. Que anoche mismo quisieran asesinarle, indica que ese individuo tiene demasiado interés en que no hables. Y ¿qué podrías decir que le inquiete de tal manera, excepto que sigue vivo cuando todos le creíamos muerto?

Efectivamente, la noticia de su muerte debía haber sido una gran ayuda para el antiguo «obergruppenfuhrer» durante los años tempestuosos de la postguerra. Convencidos de su desaparición, ni los Gobiernos en cuyos países había perpetrado sus múltiples fechorías ni los agentes de la Crowcass perdieron tiempo en buscarle. Era posible que con nombre supuesto hubiera sido interrogado por las autoridades aliadas; que hubiese pasado por los campos de prisioneros; que le hubieran tenido en sus manos y escapase de ellas con absoluta impunidad. ¿Qué señas tenía Zander?

—Debe de tener sobre cuarenta años, alrededor de un metro ochenta de estatura, cabeza cuadrada, frente despejada, ancho de hombros, rubio y con una pequeña cicatriz en la muñeca derecha.

—Perfectamente. Vente conmigo al departamento de fichas, acaso el cerebro mecánico pueda darnos alguna orientación.

John siguió a Tilden a una amplia sala, donde tenían colocados los inmensos ficheros. Varios hombres trabajaban en ellos, con silenciosa actividad. Pero había algo más útil y eficaz que su incansable laborar. En la estancia podían verse dos cerebros mecánicos, las extrañas y complicadas maquinas que habían sido el auxiliar más poderoso de la Policía militar secreta americana en sus esfuerzos por descubrir y localizar a los criminales de guerra. James H. Tilden dio sus instrucciones. Necesitaban encontrar un individuo de tales y cuales características. Uno de sus subordinados asintió con un leve movimiento de cabeza, manipuló breves instantes en la máquina y ésta comenzó a funcionar.

Buscaron primero los hombres de treinta y ocho a cuarenta y un años que midieran alrededor de un metro ochenta de estatura. Con celeridad vertiginosa, millares y millares de fichas iban pasando por la máquina. Un hábil sistema de taladros en las tarjetas hacía que el «cerebro mecánico» apartase sin el menor error aquellas que interesaban. A los pocos minutos el encargado de hacerla funcionar anunciaba:

—Hay tres mil setecientas diecisiete fichas de hombres de alrededor de cuarenta años que miden cerca de un metro ochenta de estatura.

Buscaron a continuación los que fuesen rubios, de cabeza cuadrada y relativa corpulencia. La máquina realizó su trabajo en breves instantes. El número de tarjetas seleccionadas quedó reducido a ciento ochenta y tres.

—Necesitamos ahora los que tengan alguna cicatriz.

Un minuto después sabían que eran únicamente quince. De ellos, siete habían sido fusilados como criminales de guerra; otros tres se encontraban cumpliendo condena en Bélgica y Francia. Los cinco restantes estaban en libertad. Y de los cinco, sólo uno parecía tener una cicatriz en la muñeca derecha.

—Veamos todos los datos con respecto a este individuo. Es, posiblemente, el que buscamos.

Según la ficha se llamaba Walter Kurnau, era industrial, natural de Stettin, de treinta y nueve años de edad y un metro setenta y nueve centímetros de estatura. Fue detenido por los americanos el 14 de mayo de 1945 en las proximidades de Magdeburgo. Durante la guerra había sido teniente de la defensa antiaérea, según sus propias manifestaciones. No había pertenecido al partido ni a las S. S. Tampoco tuvo que salir de Alemania en los años de la conflagración, ni actuó en ninguno de los países ocupados.

Parecía un individuo sin la menor importancia. Las autoridades aliadas hicieron unas averiguaciones rutinarias que confirmaron algunas de sus declaraciones. Al cabo de seis meses de internamiento, como no hubiese la menor reclamación en contra suya, fue puesto en libertad.

—Esto es todo. Aparte, naturalmente, de las fotografías correspondientes.

Examinaron con todo cuidado las fotografías. No resultaron demasiado reveladoras. El individuo que aparecía en ellas tenía la cabeza afeitada. En cambio, mostraba un poblado bigote sobre el labio superior. Esto bastaba para hacerle cambiar tanto, que no podía afirmarse con absoluta certidumbre que pudiera ser Karl von Zander. En los archivos había una fotografía de éste en la época de su máximo poderío, retratado en compañía de Goebbels. Entre su rostro y el del llamado Walter Kurnau había muchas semejanzas. Pero esto era todo lo que por el momento podían decir.

Al ser puesto en libertad, Kurnau había pedido pasaje para Berlín. Tenía intenciones, según afirmó, de dirigirse a su ciudad natal de Stettin, pese a estar ocupada por los rusos. ¿Lo había hecho, o se había quedado en Berlín? Era imposible saberlo. Podía preguntarse a las autoridades soviéticas, pero Tilden se mostraba totalmente escéptico con respecto a la respuesta.

John Baxter quedó pensativo un buen rato. Al cabo, expresó con claridad las deducciones a que había llegado. Admitía que el jefe de la banda de «gángsters» que asaltó el expreso fuese aquel Kurnau, de aire y

antecedentes inofensivos, que las autoridades de ocupación no habían vacilado en concederle su libertad. Pero si efectivamente se trataba de dicho individuo, ¿por qué tenía tanto interés y urgencia en exterminarle? ¿Simples deseos de vengar a los compañeros caídos en el tiroteo? Para ello no hubiera tenido que darse tanta prisa, intentando incluso asesinar en el propio hotel en que se hospedaba apenas transcurridas unas horas del robo, cuando debían suponer que estaba movilizaba toda la Policía siguiendo su rastro.

—Puede tratarse —insinuó Tilden—, de una rivalidad entre dos partidas de facinerosos, como te dijo el mayor Henry. Supondrán que estás de acuerdo con la enemiga y...

—Ni siquiera tú piensas tal cosa—le interrumpió John—. Esa suposición carece de todo fundamento serio. Kurnau, Zander o quienquiera que sea está demasiado enterado de las cosas para creermelo de acuerdo con la banda rival. Conoce mi nombre, mi profesión, el hotel en que me hospedo; es posible que esté investigando lo que he hecho durante los últimos años. No, esa hipótesis tuya hay que rechazarla de plano.

Tilden no insistió en defenderla. Claramente empezaba a ver las complicaciones y el alcance de aquel asunto, vulgar en apariencia. Quizá no estuviera Baxter tan desorientado como había supuesto el comandante Henry; acaso fuera cierto de Kurnau y Zander eran una y la misma persona. Sin embargo, se resistía a creer que en el fondo del suceso hubiese nada de matiz político. Entendía que, por simple azar, su amigo John había intervenido en una sangrienta disputa entre dos partidas de malhechores.

—¿Cómo te explicas si no que la muchacha haya desaparecido voluntariamente, que no haya acudido a la Policía para declarar el contenido del maletín que le fue robado, para proporcionar una pista de los ladrones a los que posiblemente conocía?

Decidieron comer juntos para seguir charlando. Antes de salir, Tilden dio diversas órdenes encaminadas a averiguar todo lo referente al asalto del expreso y las posibles andanzas de Walter Kurnau. El restaurante a que se dirigían estaba cerca. Fueron andando por la Leipziger Strasse, con dirección a la Potsdamer Platz. En las proximidades de esta última tuvieron que cruzar la calle. Lo hicieron en un momento en que la circulación estaba parada, y por un paso de peatones.

Estaban en el centro de la calzada cuando vieron avanzar con vertiginosa rapidez a un coche grande. Tilden siguió adelante, sin darle la menor importancia, convencido de que se detendría al llegar a su altura, obedeciendo las indicaciones del guardia del tráfico. Baxter tuvo un presentimiento y contempló con cuidado su aproximación.

Sus temores tuvieron plena confirmación. Lejos de amenguar la marcha, al llegar al paso de peatones, el chófer pisó el acelerador. Enfiló

directamente a los dos amigos. John procedió entonces con rapidez. Propinó un violento empujón a Tilden, haciéndole saltar hacia adelante y rodar por tierra a dos metros de distancia. Luego saltó él mismo con toda prisa, yendo a caer al lado de su compañero en el preciso instante en que el automóvil cruzaba como una exhalación, rozándoles casi.

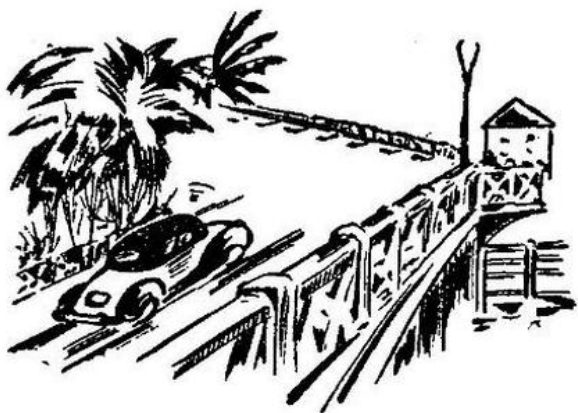
Fue inútil que el guardia tocase el pito ordenando al infractor de las ordenanzas municipales que se detuviese. El coche siguió a toda velocidad, perdiéndose de vista en la cercana Potsdamer Platz.

—Gracias, John —dijo Tilden al levantarse, comprendiendo el peligro corrido—. De no ser por tu oportuno empujón, ese imbécil, que debe estar loco o borracho...

—No se trata de ningún borracho ni de ningún loco. Creo que sabía perfectamente lo que se hacía.

—¿Supones que no ha sido un accidente casual?

—Sería demasiada casualidad. Pero ya veo que en Berlín son frecuentes los accidentes. En adelante iré preparado siempre. Si vuelvo a tropezarme con algún chófer tan loco como éste, te aseguro que le curaré de una vez para siempre de todas sus locuras...



GANE USTED MAS DINERO

asistiendo a los espléndidos **CONCURSOS** de

EDITORIAL ROLLAN

¡ATENCIÓN AL PROXIMO CONCURSO!

III

SALVACIÓN INESPERADA



ENTADOS en el restaurante, terminada ya la comida, Tilden escuchó con atención los extraordinarios proyectos de Baxter. Al cabo, tras meditar un momento, repuso:

—Sería demasiado peligroso para ti. Tendrías un máximo de probabilidades de que en un sitio u otro acabaran cazándote.

—No creo, sin embargo, que haya otro camino —replicó John—. De cualquier forma, nuestro desconocido amigo tratará de darme un disgusto; así, por lo menos, tendré alguna posibilidad de responderle en forma adecuada.

—¿Y no te convendría más tomar un avión hoy mismo y salir cuanto antes de Alemania?

—¿Lo harías tú si te encontraras en mi caso? De sobra sé que no. Mil veces te amenazaron peligros semejantes a los que yo corro al quedarme, sin que te hicieran vacilar; yo también llegaré hasta el final de este asunto.

Tilden expresó su preocupación con un leve gruñido. Para ningún hombre resultaba agradable tener que huir, y menos aún verse obligado a reconocer que lo hacía por miedo. Sin embargo, la vida era demasiado importante para jugársela alegremente por cosas que no merecían la pena. Que Zander hubiera muerto o siguiese vivo, que Kurnau acaudillara una banda de pistoleros y que el maletín de la muchacha contuviese diamantes, estupefactos o cigarrillos podían ser problemas interesantes desde el

punto de vista policíaco, pero no justificaban que un periodista pusiera en el más grave de los trances su propia existencia.

—Especialmente, cuando el asunto no te afecta de cerca ni de lejos.

—Te equivocas de medio a medio. Entre ese individuo, sea quien sea, y yo hay una cuestión personal pendiente, luego de haber intentado asesinarme por dos veces en el espacio de pocas horas. Vine a Berlín, además, con el propósito de hacer unos reportajes sensacionales. ¿No sería uno magnífico poder demostrar que Zander continúa vivo, que acaudilla ahora una partida de forajidos?

—La única pena es que acaso no puedas escribir el más sensacional: el de tu muerte —contestó con cierta ironía Tilden.

—Es un riesgo que debo correr —repuso con firmeza Baxter—. Con las dos razones aducidas, ya habría suficiente para no abandonar Berlín. Pero existe todavía una tercera, que no ha llegado el momento de descubrir.

No explicó en qué consistía aquel tercer motivo. Tilden tuvo la delicadeza de no hacer preguntas indiscretas. Cuando su amigo parecía interesado en reservar aquella razón, posiblemente la de mayor fuerza, no sería él quien le forzara a revelarla. Mentalmente se preguntó de qué podía tratarse. Creía conocer bastante bien a Baxter. Hombre enamorado, cabía en lo posible que le hubiese gustado con exceso la desconocida del expreso. Pero esto no justificaba, en modo alguno, su reserva. Habría, pues, que buscar la explicación por otro lado. Ya tendría tiempo de hacerlo. Por ahora, lo indudable era que John continuaría en Berlín.

—Yendo de un lado para otro de la población, haciéndome visible en todas partes, no durarán en intentar, una vez más, quitarme de en medio.

—Y acaso lo consigan.

—No, si cuento con tu ayuda. Iré siempre prevenido y alerta. Esto, naturalmente, no sería suficiente, de tener que contar sólo con mis propias fuerzas; pero si tú haces que seis o siete hombres me sigan disimuladamente a todas partes, es muy posible que Zander o Kurnau caigan en la trampa de la que yo seré el cebo.

Tras discutir ampliamente la cuestión, Tilden acabó por dar su conformidad. No ignoraba los riesgos a que su amigo se exponía y se los puso bien de relieve. Viéndole decidido a todo, resolvió secundarle. En definitiva, el asunto le interesaba muy directamente. Aun dando por descontado que todo lo referente a Zander no pasara de ser una fantasía de Baxter, siempre resultaba conveniente atrapar a una de las infinitas bandas de maleantes que alteraban la paz de Berlín, provocando desórdenes y conflictos.

En contados minutos se pusieron de perfecto acuerdo acerca del plan a desarrollar. John haría su vida normal: dormiría en su hotel, visitaría a amigos y conocidos, frecuentaría los teatros, las salas de fiestas y los

centros de diversión, pasearía mucho por las calles y husmearía por todos los rincones, como buscando temas para sus informaciones. Aparentemente iría solo y confiado, como si creyera que no le amenazaba el menor peligro. En realidad, procuraría tener siempre bien abiertos los ojos y no apartaría demasiado la mano derecha de la culata de su pistola automática. Tras él, a unos pasos de distancia, marcharían en todo momento dos hombres, prestos a intervenir en su ayuda. Para evitar ser reconocidos, se cambiarían con frecuencia. Otros cuatro, bien armados, ocuparían un automóvil, que le seguiría dondequiera que fuese, estacionándose frente al hotel o a la puerta de los establecimientos o locales que frecuentase.

—Todos son hombres decididos y resueltos. Tienen la habilidad precisa para pasar inadvertidos. Es posible que ni tú mismo llegues a verlos muchas veces. Pero ten la seguridad de que intervendrán con eficacia en el momento preciso.

En los dos días siguientes, John Baxter tuvo ocasiones sobradas para comprobar que Tilden había cumplido su palabra. Constantemente dos hombres marchaban tras él. Su aspecto cambiaba con frecuencia; siempre sabían mantenerse a prudencial distancia y muchas veces le hubieran pasado totalmente desapercibidos de no estar advertido por anticipado. También pudo ver que un buen automóvil—que, si por la mañana era un «Buick», por la tarde fue un «Studebaker», y, por la noche, un «Chrysler»—aparecía en las proximidades de todos los lugares que visitaba. Al cruzarse con sus ocupantes le pareció reconocer a varios y vio en sus rostros, inmutables en apariencia, un gesto de disimulado saludo.

En la mañana del tercer día, Tilden acudió a visitarle en el hotel en que se hospedaba. Le traía noticias de cierto interés, que deseaba comunicarle personalmente.

—La Policía británica ha identificado casi todas las huellas encontradas en el «Mercedes» abandonado. La mayoría son del conductor y de su acompañante, es decir, de los dos individuos a quienes barriste con una ráfaga de ametralladora.

—¿Y no había más?

—Sí; entre otras, de dos individuos totalmente desconocidos para nosotros, aparecían las de Walter Kurnau. Hemos podido comprobarlo sin la menor sombra de duda.

Bien. Era bastante para que Baxter pudiera darse por satisfecho. Tilden también lo estaba en parte. Las dotes de observación de John habían bastado, en el peor de los casos, para conocer el nombre del jefe de la peligrosa banda.

—Ahora más que nunca —afirmó el periodista— creo que Kurnau y Zander son una misma persona.

Tilden discrepaba en este asunto. Si nunca se había mostrado muy

inclinado a identificar a ambas personas, en aquel momento creía tener la seguridad de que entre ambas sólo existía un mero parecido físico. Durante aquellos dos días había trabajado intensamente, procurando averiguar todo lo relativo a la muerte del antiguo «obergruppenfuhrer» y a la personalidad del misterioso Walter Kurnau.

—Por extraño que te parezca, y nunca te sorprenderá tanto como a mí, la Policía soviética ha respondido ampliamente a mis requerimientos. Por desgracia, sus respuestas destruyen por completo tu hipótesis acerca de Karl von Zander.

Leyó a Baxter un largo informe ruso. En él se contaba detalladamente todo lo referente a la muerte del jerarca nazi. Hallaron un cadáver en una casa de los alrededores de Potsdam con la cabeza destrozada por un balazo. Aunque en la mano derecha empuñaba la pistola con la que se había disparado el tiro que ocasionó su muerte, pese a que todo parecía indicar un suicidio, los soviéticos no descartaban la posibilidad de que hubiera sido asesinado por alguno de sus secuaces, si bien no se molestaron poco ni mucho en investigar este último punto. En cambio, no tenían la menor duda acerca de la identidad del muerto.

Huyendo de Berlín, Zander había permanecido dos días escondido en los bosques que bordean el Havel; luego, en unión de otros seis o siete compañeros, consiguió refugiarse en un hotelito de las afueras de Potsdam. Cuando los rusos iniciaron un registro sistemático de todos los edificios en busca de los que pudieran estar escondidos, mientras sus amigos pretendían escapar, Zander resolvió acabar de una vez. La Policía rusa le encontró a los pocos minutos. En sus bolsillos hallaron documentos que probaban claramente su personalidad.

—¿Y sus compañeros?

—Fueron detenidos cuando pretendían llegar al Elba. Sólo dos consiguieron escapar a los rusos; otros dos murieron en la escaramuza sostenida. Al ser interrogados los cuatro que fueron apresados, confirmaron que Zander, que salió de Berlín con ellos, se había suicidado.

No parecía que hubiera posibilidad de duda en aquel aspecto. Un poco a regañadientes, Baxter tuvo que reconocer que se había equivocado al pretender reconocer al antiguo jefe de las S. S. Pero ¿qué había de Kurnau? ¿Existía realmente? ¿Qué relación podía haber entre un hombre de vida morigerada, de apacibles costumbres, como parecía ser, y el capitán de una partida de «gángsters»?

—Mucha. La Policía alemana, pese a la destrucción de sus archivos en los últimos días de la guerra, ha podido proporcionarnos datos interesantes con respecto a ese individuo. Parece que sus antecedentes no tenían mucho de recomendables. Por lo menos en tres ocasiones distintas había tenido pequeños tropiezos con las autoridades.

Bajo la apariencia de un honrado industrial, Walter Kurnau ocultaba actividades poco limpias.

Se suponía que estaba complicado en un sucio tráfico de judías polacas, que eran embarcadas en el puerto de Stettin con rumbo a los países de América del Sur. Aunque la Policía no encontró jamás las pruebas precisas para condenarle, estaba firmemente convencido de su culpabilidad. Incluso creía que era uno de los jefes del grupo de indeseables entregados a tan infame comercio.

—Durante la guerra permaneció en la retaguardia, librándose, nadie sabe cómo, de combatir en ninguno de los frentes. Al final de la lucha figuraba entre las huestes del fantástico ejército de Wenck, que había de acudir, pero que no acudió, en socorro de Berlín, asediado por los rusos.

Al ser liberado del campo de concentración, donde le tuvieron preso los americanos, Kurnau dijo que se proponía regresar a Stettin. Pero nadie parecía haberle vuelto a ver en su ciudad natal.

Con todo, ninguna de las Policías de ocupación tenía información alguna sobre sus actividades en la capital alemana. Era posible que se ocultase bajo un nombre supuesto. En cualquier caso, interesaba poner cuanto antes fin a sus actividades.

—Pero conviene que vayas con cuidado. Aunque no sea Zander, cosa que ya no parece ofrecer la menor duda, sigues siendo un estorbo para él. Por si acaso, mis hombres continuarán siguiendo tus pasos. ¡Y ojalá tu arriesgada maniobra de pronto los resultados apetecidos!

Iba a responder Baxter, cuando comenzó a sonar el timbre del teléfono. Un poco sorprendido, John descolgó el auricular. Asombrado, escuchó la misma voz femenina que le había llamado tres días antes. Ahora le decía:

—No quiso seguir mi consejo de marcharse y no tardará en arrepentirse. Si cree pasado el peligro, se equivoca. Redoble las precauciones o no vivirá muchas horas.

Baxter esperaba que, como la vez anterior, la muchacha colgase el auricular apenas cambiadas las primeras palabras. Sin muchas esperanzas de recibir contestación formuló una pregunta:

—¿Quién es usted? ¿Dónde puedo verla? ¿Por qué me avisa?

—Mi nombre nada importa; verme podía ser arriesgado para los dos. Puedo decirle, no obstante, que sentiría muy de veras que le ocurriese ninguna desgracia. Y creo que sólo podría evitarla, abandonando Berlín.

Tilden había comprendido de quién se trataba. En voz baja indicó a Baxter:

—Procura entretenerla con cualquier pretexto. Necesito localizarla.

Salió a toda prisa de la habitación, dirigiéndose a la centralita telefónica del hotel. Cumpliendo sus instrucciones, John inquirió precipitado, temiendo que la muchacha colgase:

—¿Me permite una pregunta, «fraülein»? ¿Es usted la joven del expreso de Hamburgo?

—Sí.

—¿Por qué desapareció en lugar de comparecer ante la Military Police?

—Porque hubiera tenido que explicar muchas cosas que me convenía callar.

—¿El contenido del maletín? ¿Acaso eran diamantes, como suponía el mayor Henry? ¿O tal vez estupefacientes?

—Ni una cosa ni otra. Es posible, sin embargo, que tenga un valor mucho más elevado. Pero es preferible que no hablemos de esto. No le afecta de una manera directa. Si le llamo es únicamente para advertirle de que está en peligro.

—¿Y no podría saber quién me amenaza?

—Los mismos que asaltaron el tren. No le perdonarán jamás lo que entonces hizo. Por muy protegido que esté, aunque lleve en torno suyo constantemente a unos cuantos agentes americanos, acabarán cosiéndole a balazos.

El asombro impidió por espacio de varios segundos pronunciar una sola palabra a John. ¿Cómo era posible que estuvieran enterados de que iba siempre guardado, que lo supieran no sólo sus enemigos, sino incluso la muchacha? Una rápida sospecha cruzó por su cerebro. Interesado, preguntó:

—¿Está usted de acuerdo con... ellos?

—¿Yo? Vio de sobra cómo me trataron en el expreso. ¿Cree que, después de todo aquello, puedo tenerles la menor simpatía?

—Entonces, ¿querrá decirme quiénes son?

—¿Todavía insiste en mezclarse en este asunto? Lo siento. Su curiosidad puede costarle muy cara. Y ahora... ¡adiós!

Cortó la comunicación sin hacer caso de las protestas de Baxter. John quedó desconcertado con el auricular en la mano, sin saber qué hacer ni qué pensar. Tilden, que penetraba en aquel instante, le sacó de su abstracción:

—Hablabas desde un café de la Oriembergstrasse, en el sector francés. Ya han salido para allá varios hombres. Vamos nosotros, por si hubiesen conseguido encontrarla.

Dos minutos después subían a todo correr por la Friedrichstrasse. Cruzaron sin detenerse la Unter den Linden, convertida ahora en una caricatura de sí misma, desaparecidos los tilos gigantescos que la dieron nombre. Salvaron el Spree por un puente provisional y pronto estuvieron en el lugar que les interesaba. Se trataba de un inmenso café, que ocupaba la planta baja de una casa, cuya fachada mostraba claras huellas de la pasada contienda. En la puerta, con el motor en marcha, estaba el «Studebaker» de

los agentes encargados de proteger a Baxter.

Entraron sin vacilaciones, dirigiéndose al mostrador. Algunos clientes les miraron con un claro gesto de recelo. Eran alemanes, que veían en ellos a representantes de las fuerzas de ocupación. Dirigiéndose a Tilden uno de los hombres que les habían precedido expresó con desencanto su fracaso:

—Se marchó cinco minutos antes de nuestra llegada. Nadie ha podido decirnos en qué dirección.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó, con cierto desaliento, Tilden—. Me parece que estamos igual que antes.

—Yo creo que no —repuso Baxter—. Tengo la impresión de que sabemos bastantes más cosas que esta mañana. La primera, que la muchacha que vi en el tren continúa en Berlín; la segunda, que, aun no estando de acuerdo— ¿cómo podría estarlo? —Con sus asaltantes, conoce bastante de sus intenciones y maniobras; la tercera, que constituye una magnífica pista para poder dar con Kurnau, Zander o quienquiera que sea.

—Olvidas un pequeño detalle, John —indicó, con cierta ironía, su amigo—. De esa señorita sabemos todavía menos que de nuestro amigo Walter. Ignoramos cómo se llama, dónde vive, qué hace, por qué parece interesada en salvarte y qué motivos tiene para ocultarse de la Policía. Podría ser esa pista de que hablas, si consiguiéramos dar con ella. Pero temo mucho que jamás lleguemos siquiera a verla.

En este punto concreto, Baxter discrepaba también. Lo ocurrido aquella mañana centuplicaba sus esperanzas de dar con la joven. El primer día que le llamó, apenas si habló por espacio de medio minuto; la segunda vez había sido mucho más comunicativa, aunque continuó mostrándose evasiva con lo fundamental. ¿No podría decir cuánto les interesaba en una tercera llamada?

—Dudo mucho de que haya una tercera llamada —replicó moviendo, dubitativo, la cabeza Tilden—. A estas horas es posible que esté enterada de lo cerca que estuvimos de echarla mano. No querrá correr ese riesgo de nuevo.

Había mucho de verdad en aquella presunción. No por ello se desanimó el periodista.

—No pararé hasta dar con ella.

—¿Podría preguntarte qué piensas hacer para conseguirlo?

John lo explicó sin vacilaciones. Le parecía muy significativo que la llamada telefónica hubiera sido hecha desde la Oriembergstrasse, sita en el sector francés—el menos vigilado de los cuatro en que se dividía la ciudad —, en un punto equidistante de la Alexander Platz donde comenzaba la zona soviética y de la estación Lehrter, punto terminal de la línea de Hamburgo. ¿No viviría la joven en las proximidades? ¿No sería aquel barrio, con todas las facilidades que la menor vigilancia de la Policía

francesa les proporcionaba, el centro de actuación de las bandas de forajidos?

—Hasta ahora estuve paseando únicamente por los sectores británico y americano, demasiado bien guardados para que los «gángsters» puedan moverse con absoluto desembarazo. En adelante, pasaré buena parte del día recorriendo el sector francés. Y si hace falta, me meteré incluso en el soviético.

Durante los dos días siguientes se entregó con afán a su tarea. Recorrió a pie, de un extremo a otro, el sector francés. No sólo paseó por las calles amplias, por las avenidas de primer orden, sino que se aventuró repetidas veces por el dédalo de callejuelas que formaban el viejo barrio obrero de Wedding. No iba solo, claro está. Pisándole los talones marchaban siempre dos agentes de Tilden, y treinta o cuarenta metros detrás, procurando no perderle jamás de vista, un coche con cinco hombres de aire indiferente, pero cuyas manos acariciaban con disimulo las culatas de sus pistolas, listas a intervenir en el momento oportuno.

Comenzaba a desesperar de conseguir el menor resultado práctico, cuando un atardecer, paseando por Invalidenstrasse, en las proximidades de la estación de Stettin, llena en aquel instante de una multitud que volvía de su trabajo, se produjo inesperadamente el suceso que había de hacer que los acontecimientos, que seguían hasta entonces un ritmo lánguido, adquiriesen el más febril de los dinamismos.

Un minuto antes nada hacía presagiar lo que iba a suceder. Aunque Baxter miraba con interés a cuántos pasaban por su lado, especialmente a las mujeres, tratando de reconocer en cada una de ellas a la misteriosa viajera del expreso de Hamburgo, no vio ningún rostro sospechoso ni advirtió nada anormal. De repente llegó claramente a sus oídos el dramático tableteo de un fusil ametrallador. Volvió sobresaltado la cabeza hacia el punto de donde parecían proceder los disparos, en tanto se llevaba con precipitación la mano al bolsillo donde llevaba su pistola.

Pudo ver entonces un cuadro impresionante. El coche de escolta que le seguía a medio centenar de metros—un magnífico «Chrysler» en ésta ocasión—acababa de pararse en mitad de la calzada. De su interior saltaban con rapidez sus ocupantes empuñando pistolas ametralladoras y corriendo bajo las balas hacia la casa de donde, evidentemente, partía la agresión. Advirtió cómo uno de los agentes, alcanzado sin duda por un balazo, se detenía al llegar junto a la acera, giraba sobre sus talones y caía pesadamente a tierra.

Los dos guardianes que le seguían de cerca, pisándole casi los talones, habían reaccionado con decisión y energía. Echando mano a sus armas dieron media vuelta, para correr en auxilio de sus camaradas, víctimas de la agresión. Sin vacilaciones, John se dispuso a imitarlos. Sin duda, a causa de

un error difícil de explicar, los pasajeros del automóvil habían sido objeto del ataque preparado contra él. ¿Supondrían que iba en el interior del coche? Posiblemente sí. Pero no era cosa de pararse a dilucidarlo ahora. En este momento, lo único que importaba era procurar detener a los agresores.

Emprendía la carrera, cuando un caballero de aire respetable, que huía alocadamente en dirección contraria, vino a chocar con él de manera puramente casual en apariencia. Apresuradamente procuró disculparse:

—Usted perdone, señor; pero ese tiroteo...

Baxter iba a seguir adelante sin molestarse en responderle, cuando un objeto duro se aplastó contra su espalda, en tanto que una voz que no admitía réplica ordenaba en inglés:

—¡Saque la mano del bolsillo y no lance un solo grito si quiere seguir viviendo!

Cogido por sorpresa, John vaciló un instante. Con sus dudas terminó el caballero de aspecto inofensivo que había tropezado con él. También le ponía al vientre el cañón de una pistola, mientras le aconsejaba en voz baja:

—No se resista. Tendríamos que matarle aquí mismo.

Tuvo que obedecer. Sacó la mano del bolsillo y miró, desconcertado, a sus enemigos. El que le había amenazado por la espalda era un hombre de mediana estatura, delgado, de tipo y rostro absolutamente vulgares. Con movimiento rápido le quitó el arma, que no tuvo tiempo de utilizar. Luego, en tono autoritario, ordenó:

—Siga por esa calle. Deprisa y sin volver la cabeza. Vamos detrás de usted y le tenemos encañonado. Si se para, vuelve la cabeza o grita le acribillamos.

Señalaba con aire imperativo la bocacalle, en cuya esquina se habían detenido un instante. Todo el incidente se desarrolló con una rapidez extraordinaria. Como a lo lejos seguían resonando los disparos con que los ocupantes del «Chrysler» respondían a sus agresores y todo el mundo se preocupaba únicamente de librarse de los posibles balazos, nadie había reparado en lo que le sucedía a John Baxter, y menos que nadie, los encargados de vigilar sus pasos, demasiado ocupados en aquel preciso instante.

Tuvo que meterse por la calle indicada. Estaba casi desierta. El pánico suscitado por el tiroteo de la cercana Invalidenstrasse había hecho que la gente corriese a refugiarse en los portales, cerrando éstos a piedra y lodo; muchas tiendas habían echado incluso los cierres metálicos. Las pocas personas que aparecían a la vista, miraban con recelo en todas las direcciones o corrían en busca de algún lugar seguro.

—¡Deprisa, más deprisa y sin hacer el menor gesto!

¿Dónde le llevarían? Lo más probable sería que le alejasen unos pasos de la Invalidenstrasse para meterle por la espalda unos balazos en aquella

callecita apartada. Pero ¿para qué se tomaban tanto trabajo? ¿No pudieron matarle sin la menor advertencia y desde el primer instante?

—Hacia el automóvil parado junto a la acera.

Creyó empezar a comprender. A veinte metros escasos vio un coche grande orientado en la misma dirección que seguían. Dentro había gente, porque pudo ver dos rostros pegados a la ventanilla trasera, mirándole fijamente a través del cristal. Era muy posible que desde el interior le tuviesen también encañonado.

Indudablemente, el golpe estaba bien planeado. El ataque contra los ocupantes del «Chrysler» no se debía a una confusión, como pensó en el primer instante. Sabían perfectamente que el periodista no iba en él. Era una simple treta, una añagaza para evitar que quienes le escoltaban pudieran impedir su secuestro. El plan de sus enemigos había tenido pleno éxito. ¿Qué pensarían hacer con él? No cabía hacerse demasiadas ilusiones. Fueran quienes fuesen los individuos que le seguían amenazadores, el final sólo podía ser uno.

Miró en torno suyo buscando a la desesperada una posibilidad de salvación. No parecía haberla. Si pretendía volverse, le matarían antes de conseguirlo. Tirarse al suelo no serviría de nada. Acaso fallasen los primeros disparos; pero, de cualquier forma, acabarían cosiéndole a balazos. Por la calle, en dirección contraria a la que seguían, avanzaba a toda marcha un coche. Todavía estaba lejos, pero antes de un minuto estaría a su altura. Instintivamente dejó de andar. Una pistola se apoyó en su espalda; el que la empuñaba amenazó:

—Continúa deprisa o...

Reanudó su marcha. Tras cruzar al lado del coche detenido junto a la acera, el automóvil que avanzaba por la calle pareció disminuir su velocidad al aproximarse. Pero todo debía ser una ilusión engañosa de sus sentidos. ¿Quién podía venir en él que le fuese de ninguna ayuda? Sin embargo, miró hacia allá con gesto desesperado, como resistiéndose a abandonar la última esperanza.

De pronto, cuando el automóvil llegó a su altura, ocurrieron varias cosas totalmente inesperadas. La primera, que el coche se aproximó a la acera. La segunda, casi simultánea, el amedrentador tableteo de una ráfaga de ametralladora. Oyó gritos confusos y le pareció escuchar, entre el estruendo de los disparos, unos gemidos de agonía.

Instintivamente, sin saber exactamente lo que hacía, se tiró al suelo. Por encima de su cabeza silbaron las balas. Miró hacia atrás. De los dos individuos que le llevaban encañonado, uno de ellos apareció tendido de bruces en medio de la acera. El otro, herido sin duda, tenía una rodilla en tierra, pero disparaba contra el coche. Volvió a tabletear la pistola ametralladora. La ráfaga alcanzó de lleno al caballero de aire inofensivo

que tropezó con él en Invalidenstrasse y que ahora se derrumbó con una pirueta trágica.

No cesaron por ello los disparos. Tiraban también desde el coche parado al borde de la acera adonde le conducían sus secuestradores. Los ocupantes del segundo automóvil dispararon a su vez.

Desde el suelo, John asistía, sorprendido y desconcertado, a la inesperada pelea.

Posiblemente todo el episodio no duró arriba de medio minuto. Al periodista se le antojó, sin embargo, que se prolongaba por espacio de varias horas. De haber tenido un arma, habría intervenido con resolución en la contienda; pero el primer cuidado de sus enemigos había sido quitarle su pistola. Tenía, pues, que presenciar impotente una lucha en la que se estaba ventilando su propia vida.

—¡Deprisa, Baxter! ¡Venga corriendo si no quiere que nos maten a todos!

Le llamaban con apremio desde el coche que providencialmente había acudido en su socorro. Saliendo de su abstracción, John reaccionó con rapidez. De un salto estuvo en pie; en dos zancadas estaba junto al coche, cuya portezuela se abría en aquel instante. Sintió silbar las balas de sus enemigos en una peligrosa proximidad de su cabeza. Entró en el automóvil, que inmediatamente se puso en marcha. Baxter miró en torno suyo. A su lado había una mujer. No pudo dominar un grito de sorpresa y asombro:

—¡Usted!

IV

DE SORPRESA EN SORPRESA



RA la muchacha del tren. Sólo la había visto un instante, pero no era posible la menor duda. Aquellos ojos grandes y claros, aquel pelo rubio y ensortijado, aquel rostro de líneas clásicas no podía confundirse con ninguno. Sintió una profunda gratitud; en dos ocasiones distintas le había avisado del peligro que corría; ahora le salvaba, cuando ya había perdido todas las esperanzas de poder salir con vida del trance en que se encontraba. Quiso expresar sus sentimientos; la joven se lo impidió, diciéndole:

—Siéntese en el suelo si no quiere que le metan una onza de plomo en la cabeza.

Obedeció, convencido de que no le faltaba razón. Los ocupantes del automóvil que le esperaba parado en mitad de la calle, no parecían resignados a perder una presa que consideraban segura. Con rapidez vertiginosa habían hecho dar una vuelta a su coche y ahora emprendían la persecución, sin dejar de hacer fuego. La ventanilla posterior del vehículo de la muchacha saltó en aquel instante, hecha añicos por un balazo, y el proyectil pasó rozando el hombro de Baxter.

Sentado en el suelo del coche miró a los ocupantes del mismo. Además de la joven había otros tres hombres. Uno de ellos, colocado junto al conductor, manejaba una pistola ametralladora. Fue, sin duda, quien hizo los disparos que pusieron sangriento final a la vida de quienes le llevaban

preso. El chófer, con las dos manos en el volante, procuraba sacar al automóvil el máximo rendimiento. Había pisado a fondo el acelerador y sorteaba con indudable habilidad los vehículos que se cruzaban en su camino. En el asiento trasero, junto a la muchacha, aparecía el tercero de los individuos. Tendría más de cuarenta años, iba totalmente afeitado y vestido con gran corrección. Hasta aquel instante había estado manejando su pistola, haciendo fuego contra sus enemigos por una de las ventanillas laterales. Ahora tiraba por la posterior. Los perseguidores debían ganar terreno, porque gritó de pronto en alemán, dirigiéndose al chófer:

—¡Más deprisa, Otto; más deprisa!

Pegándose materialmente a la acera, el coche trazaba una curva muy cerrada al penetrar en Invalidenstrasse y torcer hacia la derecha. Levantando un poco la cabeza, Baxter miró hacia el lugar donde habían sido agredidos sus compañeros. Vio el «Chrysler» parado en mitad de la calzada, rodeado por un enjambre de curiosos, lo que parecía indicar que el tiroteo había cesado en aquel lugar. Resonaron de pronto unos nuevos disparos, pero ahora todos miraron hacia los coches de donde partían.

Si Otto trataba de sacar la máxima velocidad a su automóvil, los enemigos hacían lo mismo. John pudo verles salir de la callecita lateral lanzados como flechas en su persecución. Un guardia del tráfico, que, pasado el pánico provocado por la primera agresión volvía a ocupar su puesto, quiso detenerles agitando sus brazos. No tuvo tiempo de arrepentirse de su gesto. Como mensajeros de muerte, cuatro balazos fueron a clavarse en su vientre. El guardia abrió los brazos en actitud desesperada, como buscando asirse a un punto de apoyo inexistente y rodó pesadamente por el suelo.

Sin molestarse en mirar hacia atrás, los ocupantes del automóvil siguieron en persecución del coche en que marchaba Baxter. Tras dirigir una rápida mirada a sus perseguidores, la muchacha dijo en alemán al hombre que iba a su lado:

—Si no hacemos algo por detenerlos, pronto les tendremos encima.

El individuo no respondió una sola palabra. Con un gesto pidió la pistola ametralladora al que aparecía sentado junto al conductor. Sacando el cañón por la destrozada ventanilla posterior apuntó con todo cuidado y apretó el gatillo. Desgraciadamente, en aquel instante sus enemigos hacían un rápido zigzag, para evitar chocar con un coche parado, y los balazos disparados se perdieron en el vacío.

—Mala suerte —gruñó—. ¡Cuidado! ¡Van a tirar!

Se agachó con precipitación, tirándose casi encima de John; la muchacha le imitó sin vacilaciones. También el chófer y el hombre que iba a su lado bajaron instintivamente la cabeza. A esta precaución debieron la vida. Sus enemigos tiraban un poco alto. Tres o cuatro balazos taladraron la

parte alta de la carrocería del coche. Por fortuna, no alcanzaron a nadie y el coche continuó su endiablada carrera.

Para librarse de los disparos enemigos, el chófer torció bruscamente hacia la izquierda, abandonando Invalidenstrasse. Corrían ahora por una calle más estrecha, que conducía a las orillas del Spree. Asombrado, inquirió John:

—¿Dónde vamos?

—Donde podamos librarnos de los que nos siguen —repuso la joven.

Pero la empresa no tenía nada de fácil. Los facinerosos lanzados en su persecución no parecían dispuestos a abandonarla. Enfilaron la calle por dónde ahora iban; continuaron después por la serie de callejuelas que bordeaban al Spree; no les perdieron de vista ni siquiera cuando por dos veces cruzaron el río, y seguían tras ellos al enfilear el coche la interminable avenida de Alt Moabit, ya dentro del sector británico.

Seguían cruzándose disparos entre uno y otro coche. El individuo que iba al lado del chófer había recibido un ligero rasponazo en el hombro derecho, pero éstas eran todas sus bajas. Por desgracia, los perseguidores tampoco debían haber sufrido gran cosa. Por lo menos, John tenía la impresión de que, por efecto del movimiento del automóvil o porque no fuese un tirador excepcional, ni una sola de las ráfagas disparadas por el caballero que ocupaba el asiento posterior habían alcanzado al coche de sus enemigos.

—Déjeme probar a mí —pidió, al cabo de un rato, John.

Aunque las primeras sombras de la noche comenzaban a envolver las calles, pudo ver perfectamente a sus enemigos. Venían lanzados a toda velocidad, a unos treinta metros de distancia por el centro de la amplia avenida. Cansado de tirar sin el menor resultado, el individuo no ofreció la menor resistencia a cederle el asiento y la pistola ametralladora. Baxter apuntó con todo cuidado y, despreciando las balas que salían del coche perseguidor, apretó el gatillo, cuando estuvo seguro de dar en el blanco.

Un brusco movimiento del automóvil desvió sus tiros, haciendo que la mayor parte de las balas se perdieran en el vacío. No obstante, alguna de ellas dio en el punto deseado. Vio astillarse el parabrisas del coche enemigo y echarse hacia atrás al hombre que conducía. Falto de conductor, el automóvil hizo unas eses dramáticas, yendo de una acera a otra. Un individuo que iba al lado del chófer se aferró desesperadamente al volante para enderezar la marcha. John quiso seguir tirando. Desgraciadamente...

—No me quedan más balas.

Sin embargo, sus enemigos debían haber sufrido bajas demasiado graves para continuar la lucha. Pudo ver cómo el coche rival torcía bruscamente para tomar por la calle Strom a toda marcha, rumbo a la parte norte de Berlín, al populoso barrio de Wedding quizá. Con un suspiro de

alivio exclamó:

—¡Han huido! Nada tenemos que temer.

Le sorprendió advertir entonces que el coche, lejos de disminuir la velocidad la mantenía e incluso parecía aumentarla al desviarse por una serie de calles estrechas, que se extienden entre Alt Moabit y el cauce sinuoso del Spree. Asombrado, preguntó:

—¿Por qué huimos? Tras de nosotros ya no viene más que la Policía militar...

—Por eso precisamente, amigo —replicó en alemán el individuo que momentos antes le había cedido la pistola ametralladora—. No tenemos el menor interés en que puedan echarnos mano.

John Baxter volvió bruscamente a la realidad, que había olvidado casi por completo en la emoción de los minutos precedentes. No sabía quiénes eran sus acompañantes; le habían salvado, indudablemente, de las garras de quienes pretendían secuestrarle. Pero ¿no le llevarían secuestrado también? La muchacha, que indudablemente acaudillaba el grupo, ¿no tenía motivos para considerarlo enemigo? ¿No debía saber ya que llevaba días enteros buscándola por todas partes para entregarla a la Policía? Por fortuna, tenía una pistola ametralladora en la mano. Tranquilizado por esta seguridad, exigió:

—Tenemos que esperar a la Military Police. Nada tenemos que temer...

—Usted, no; pero nosotros, sí.

Hablaba en tono de firmeza inapelable. En gesto interrogativo, John miró a la muchacha, que asintió con una leve inclinación de cabeza, confirmando las palabras de su compañero. Luego, dirigiéndose al chófer, ordenó:

—Sigue a toda marcha, Otto. Hacia Charlottenburg.

Corrían con las luces apagadas. Los coches de la Policía debían haberse despistado al abandonar Alt Moabit. Por lo menos, ninguno les seguía de cerca y había dejado de oírse el estridente sonido de las sirenas. Baxter decidió jugarse el todo por el todo:

—¡Alto! No estoy dispuesto a ir más lejos.

—Y ¿cómo va a impedirlo? —inquirió, con cierta ironía, el individuo que se sentaba a su lado.

Apoyándole en el pecho el cañón de la pistola ametralladora que seguía empuñando, John replicó:

—Si no paran inmediatamente, le mato.

La tensión dramática del instante quedó rota por una sonora carcajada. Era la muchacha quien reía alegremente. Al chófer, que había vuelto un instante la cabeza, como si esperase órdenes, la joven le indicó:

—Continúa, Otto, y no te preocupes de nada.

Desconcertado, Baxter gruñó en tono de amenaza:

—Si no me obedecen en el acto...

—No podrá hacer absolutamente nada. ¿Olvida ya que no tiene una sola bala en el cargador de la pistola?

John lo recordó en el acto. Con movimiento rápido soltó el arma y agarrando por el cuello al individuo a quién amenazaba, mucho menos corpulento que él, hizo ademán de lanzarlo encima del chófer. Sintió entonces que un objeto duro se apretaba contra su costado, mientras con voz fría y dura, la muchacha le aconsejaba:

—No haga tonterías, Baxter. Tendría que matarle...

Secundando la actitud de la joven, el individuo ligeramente herido que iba junto al conductor, sacó a su vez una pistola, con la que encañonó a John, advirtiéndole:

—Si no suelta a Franz en el acto... ¡Levante las manos o disparo!

No le quedó más remedio que obedecer. La joven sonrió complicada al verle cambiar de actitud. Comentó:

—Así es mejor. Hubiera sido una pena salvarle de sus «amigos» para tener que asesinarle nosotros...

Baxter miró a la muchacha y tuvo la impresión de que decía la verdad. Sin acabar de convencerse preguntó:

—Pero ¿no van a matarme?

—¿Por qué íbamos a hacerlo?

—No lo sé —reconoció, un poco embarazado, el americano—. Pero tampoco comprendo por qué los otros...

—Lo sabe de sobra, Baxter. Yo misma se lo dije hablando por teléfono. Mató a dos de la partida.

Y todavía hizo algo peor: tratar de descubrirle.

—¿A Walter Kurnau?

—¿Walter Kurnau? —inquirió sorprendida la joven—. No he oído ese nombre en todos los días de mi vida. Desde luego, no se trata de ningún individuo llamado Kurnau.

—¿Está usted seguro? —preguntó, asombrado, John.

—Completamente.

Una rápida idea cruzó por el cerebro de Baxter. Atropelladamente habló de Kart von Zander. ¿Qué había muerto cuatro años antes? Estaba seguro de lo contrario; tenía la casi seguridad de que el individuo que mandaba el grupo que asaltó el expreso de Hamburgo... Su desconcierto subió de punto cuando vio que la muchacha movía la cabeza en gesto negativo.

—Tampoco se trata de Zander. No creo que el doctor...

Se detuvo bruscamente sin terminar la frase, callándose el nombre que había estado a punto de salir de sus labios. Impaciente, John la apremió:

—¿El doctor, qué?

—El nombre importa poco —repuso con frialdad la muchacha—. Es

asunto nuestro.

—Pero yo...

—Usted es un periodista americano que no tiene por qué inmiscuirse en los problemas internos de Alemania. Lo mejor que podía hacer era no mezclarse en nada y volver cuanto antes a su país.

—¿Y si me niego?

—Lo sentiría por usted. Hoy pudimos impedir, en el último instante, que le matasen... mañana...

Tras llegar a la entrada de Charlottenburg, el coche había enfilado la gran avenida que cruza por el centro de lo que un día fuese famoso parque del Tiergarten. Hacía rato que había cesado la persecución policíaca. El «auto» marchaba ahora a una velocidad moderada, encendidas las luces de población, con aire de absoluta normalidad. Interrumpiendo lo que estaba diciendo, la joven se dirigió al chófer, para ordenarle:

—Para aquí, Otto.

Cuando el automóvil detuvo su marcha, se volvió a John, para decirle:

—Ahora apéese, Baxter.

Por la mente de John cruzó el recuerdo de los procedimientos puestos en práctica por los «gángsters» de Chicago en la época de su máximo poderío. ¿No intentarían hacer algo semejante con él? Temió que al poner pie en tierra le acribillasen a balazos por la espalda. Receloso, preguntó:

—Pero ¿me dejan en libertad? ¿No será que...?

—Descuide —replicó sonriendo la joven—. Si hubiésemos querido terminar con usted, habría bastado con cruzarnos de brazos en las cercanías de la Invalidenstrasse. A estas horas estaría muerto y bien muerto...

—¿Por qué hacen todo esto? ¿Qué podía importarles que me matasen?

—Hubiera sido un crimen vergonzoso y estúpido. Traté de impedirlo, avisándole con tiempo y no quiso hacerme caso. Merecía, por su testarudez, que le hubiesen dado un buen disgusto. Sin embargo, no pude olvidar que usted, sin saber quién era yo, reaccionó como un hombre al ver que un miserable me pegaba, saliendo resueltamente en mi defensa. ¿Lo comprende?

Mirándola a los ojos, a la tenue claridad procedente de una farola cercana, John creyó comprender muchas más cosas. Atraído, subyugado por la belleza de la joven, quedó en silencio unos segundos. La muchacha debió advertir una profunda admiración en su mirada; adivinó, sin duda, sus sentimientos, porque bajó la cabeza y un ligero rubor se extendió por sus mejillas. Impaciente, Franz rompió la pausa para preguntar:

—¿Se baja, sí o no?

—Un momento —pidió Baxter—. ¿Por qué no me dice dos cosas? ¿Qué contenía el maletín que le robaron? ¿Quién mandaba la banda que asaltó el expreso, el mismo, indudablemente, que ha pretendido asesinarme

en diversas ocasiones?

La joven pareció meditar un instante. Luego afirmó con aire resuelto:

—No puedo responder a ninguna de las dos preguntas. No es nada que le afecte de una manera directa. Bástele con esto. Y siga mi consejo: váyase de Berlín si quiere llegar a viejo.

La muchacha parecía resuelta a dar por terminada la conversación. Decidido a imponer una obediencia inmediata a sus órdenes, Franz había sacado del bolsillo una pistola. John inició el descenso.

—¿No podría saber, por lo menos, su nombre?

—Llámeme... Hilde. Ese nombre puede servir lo mismo que cualquier otro. De todas formas, no volveremos a vernos.

—Procuraré que se equivoque, Hilde. Jamás podré olvidar que hoy me salvó la vida y quisiera poder expresarle mi gratitud.

—Ahórrese cumplidos, Baxter. Nada tiene que agradecerme. ¿Recuerda lo sucedido en el expreso? Pues ahora estamos en paz...

A una indicación suya, Otto pisó el acelerador. El coche se puso en marcha. Baxter le vio alejarse, inmóvil, en uno de los lados del paseo. Anotó mentalmente la matrícula. Serviría para dar con el automóvil y posiblemente con sus ocupantes.

Aunque el pensar no le impidió caminar con paso rápido, tardó cerca de tres cuartos de hora en llegar al edificio donde estaba instalado el llamado Centro de Documentación. Al verle entrar en su despacho, Tilden se levantó emocionado y corrió a su encuentro, exclamando, en el colmo de la estupefacción:

—¿De dónde sales, John? Créeme si te digo que había perdido las esperanzas de volver a verte vivo. Hacía media hora que estaba pendiente de que me llamasen por teléfono para decirme que habían encontrado tu cadáver.

—Afortunadamente —repuso con una sonrisa Baxter —estoy vivo aún. Pero ¿podría saber qué ha sucedido? ¿Qué fue de los agentes que me custodiaban? ¿Lograron coger a los «gángsters» que les agredieron en la Invalidenstrasse?

—¿No sería preferible empezar por el principio, contándome lo que te ha ocurrido a ti?

Baxter relató con brevedad los extraordinarios acontecimientos de que le había tocado ser protagonista. Al final comentó:

—Hay muchas cosas que no veo con claridad.

Pero acaso la más desconcertante de todas sea el cambio de actitud de mis enemigos. El primer día estaban interesados únicamente en matarme; ahora creo que les importaba más secuestrarme. ¿Por qué y para qué? No puede ser que esperasen obtener por mí un crecido rescate; menos aún revelaciones de importancia para ellos. En definitiva, no soy ni más ni

menos que un periodista.

—Es posible que sí y es posible que no —replicó pensativo Tilden. Luego, viendo el gesto de sorpresa de su interlocutor, se apresuró a añadir —: No voy a pedir que me confieses nada, John. Cuando callas, tus motivos tendrás, y yo los respeto. Pero si yo tengo que dudar, naturalmente, de que sólo te impulse un interés periodístico al mezclarte en esta peligrosa aventura, es lógico que ellos, que no tienen nada de tontos como demuestra lo ocurrido esta tarde, supongan algo semejante.

—¿Quieres contarme de una vez lo sucedido? Cuando me llevaron a toda prisa en el coche de Hilde me pareció que había terminado la lucha; pero ignoro qué consecuencias tuvo.

—Las peores que puedes imaginarte. Malas en un doble sentido. Primero, porque costó la vida a tres de mis agentes. Segundo, porque no logramos detener vivo a ninguno de los autores de la agresión. Cuando logramos penetrar en la casa desde donde iniciaron el tiroteo, no encontramos a nadie.

Tardaron más de una hora en descubrir que los forajidos habían escapado a través de una galería del alcantarillado. Cuando lo averiguaron, ya era tarde para soñar en echarles mano.

—Los acompañantes de Hilde mataron a los individuos que me atracaron en Invalidenstrasse. ¿Acaso han desaparecido también sus cadáveres?

No. Encontraron sus cuerpos, pero no les sirvió de mucho. Ambos habían sido identificados con facilidad en el Centro de Documentación. Los dos eran alemanes. Uno había estado recluido durante varios meses en un campo de prisioneros del Norte de Italia; el otro, en Polonia. Fueron puestos en libertad porque no existía acusación alguna contra ellos. Tampoco la Policía germana sabía nada de sus actividades con posterioridad a su liberación. El único dato de relativo interés era que los dos vivían en el sector ruso de Berlín.

En una calle de Wedding había sido encontrado también el coche a que pretendían hacer subir a Baxter. La carrocería mostraba huellas de diversos balazos y en el asiento del chófer se veían grandes manchas de sangre. Desgraciadamente, nada se pudo saber de sus ocupantes.

—El dueño del automóvil había denunciado horas antes su desaparición. Por este lado no hay la menor pista posible.

Posiblemente el coche en que acudieron en socorro de John, Hilde y sus amigos, fuera robado también. En caso contrario, resultaba inconcebible que no hubiesen tomado la precaución elemental de borrar el número de la matrícula. Saberlo no les serviría de nada práctico.

Discutieron luego un aspecto más importante: la personalidad del jefe de la banda que asaltó el expreso de Hamburgo y los motivos que Hilde

pudiese tener para rehuir el menor contacto con la Policía. ¿Quién sería el misterioso doctor al que aludió la joven? Tenía la plena seguridad de que Hilde había dicho la verdad al afirmar que no se llamaba Kurnau ni Zander. Pero...

—Que no se llame ahora así, no quiere decir que no lo sea, aunque muy bien puede utilizar otro nombre. Kurnau, a juzgar por cuanto sabemos de él, jamás realizó estudios de ninguna clase; Zander, en cambio, tenía una formación universitaria.

—Pero Zander sabemos que murió —replicó Tilden—, en tanto que Kurnau figuraba entre los asaltantes del expreso. El título que ostente puede ser tan falso como su nombre; indudablemente es el indeseable negociante de Stettin.

Si en este punto no parecía que pudieran existir grandes dudas, existían, en cambio, sobradas con respecto a las actividades de las dos bandas rivales. Hasta aquel momento Tilden había dado por seguro que se trataba de maleantes vulgares, disputándose algún cargamento pasado de contrabando a través de las líneas británicas.

—Ahora empiezo a pensar de distinta manera. Esto centuplica mi interés en el asunto. Y hará, que te siga prestando el máximo apoyo, no sólo por amistad, sino porque...

Calló un instante como si temiera haber ido demasiado lejos. Luego gruñó:

—He de reconocer que me engañaste; pero es inútil que sigamos fingiendo. No diré a nadie una sola palabra naturalmente, aunque ya sé a qué atenerme con respecto a tu viaje. Esta misma tarde he recibido un mensaje cifrado de Washington. ¿Comprendes mi desesperación al pensar que había llegado con algún retraso y que mi estupidez al no adivinar tu verdadera personalidad pudo empujarte a la muerte?

—No hubiera sido culpa tuya, James, sino mía. Olvida lo que te hayan dicho en ese mensaje. Por ahora no soy otra cosa que un corresponsal de la «World News», interesado en esclarecer por qué pretenden asesinarle unos cuantos forajidos...

Quedaron de completo acuerdo, naturalmente. A la mañana siguiente, Baxter pudo advertir que la escolta que disimuladamente le acompañaba a todas parte había sido considerablemente reforzada. Eran dos en lugar de uno los coches que le acompañaban, si bien uno procuraba marchar delante en todo momento. La jornada transcurrió con absoluta normalidad. Por la noche cenó en compañía de Tilden y supo las últimas noticias. El coche que ocupaban Hilde y sus amigos había sido encontrado aquella mañana. Como suponían había sido robado unas horas antes de ser utilizado por el grupo.

Eran más de las diez de la noche cuando John regresó al hotel. Uno de

los coches de escolta se quedó en una calle inmediata; para protegerle, dos agentes dormían en los cuartos inmediatos al suyo. No parecía, pues, que hubiese el menor peligro. Sin advertir nada anormal, Baxter penetró en su habitación, encendió la luz y cerró la puerta. Terminaba de hacerlo, cuando una voz dijo a su espalda en un tono duro, pero apagado:

—Levante los brazos y no lance el menor grito. En caso contrario...

John obedeció cogido por sorpresa. Tras levantar los brazos dio media vuelta para ver a su interlocutor. Al hacerlo no pudo dominar una exclamación de sorpresa:

—¡Franz!

Era uno de los acompañantes de Hilde, el que ocupaba un asiento a su lado en la parte posterior del coche. Ahora tenía una pistola en la mano derecha y un gesto desesperado en el semblante. Sordamente replicó:

—Sí, Franz. Vengo como amigo; pero si diese una voz, si pretendiera sacar un arma, no vacilaría en matarle en el acto.

Hablaba con acento de tal sinceridad, que Baxter se cuidó mucho de poner en tela de juicio sus palabras. No por ello se alteró el ritmo de su corazón. Serenamente repuso:

—Perfectamente. ¿Qué quiere de mí?

—Necesito su ayuda. Hace dos horas la muchacha, que conoce con el nombre de Hilde, fue raptada por los mismos que pretendieron asesinarle ayer. Su vida corre el mayor peligro. Usted tiene que venirse conmigo para intentar salvarla.

—¿Y si me niego?

Franz le contempló en silencio un instante. Luego, con voz grave, anunció:

—Le mataría aquí mismo. Sé que me sería difícil escapar, que posiblemente me coserían a balazos los policías que duermen en las habitaciones inmediatas o los que vigilan en la calle. De cualquier forma, usted no podría repetir a nadie lo que voy a decirle...

EN LA TRAMPA



APIDAMENTE. John Baxter midió en silencio todas las posibilidades de la situación. Lanzarse de un salto sobre Franz era correr grave riesgo de recibir un balazo. De todas formas, sería difícil que resultara mortal y herido y todo tenía la seguridad de poder dominar a su adversario. Cabía en lo posible obligarle después a decir cuánto sabía. Esto solo ya valía la pena de jugárselo todo a una sola carta. Pero había varias razones que le contenían por el momento. En primer término, naturalmente, el peligro que al parecer corría Hilde; después, curiosidad por saber lo que su inesperado visitante pudiera decirle. Cuando hubiese hablado sabría a qué atenerse. Siempre habría tiempo para adoptar una resolución desesperada.

—Supongamos que acepto —dijo tras —una breve pausa—. ¿Qué tendría que hacer?

—Venirse conmigo a un punto determinado del sector soviético; entrar en una casa, posiblemente a la fuerza; salva a Hilde para lo cual tendremos que utilizar las pistolas; devolverla sana y salva al Berlín Occidental y dejarla en completa libertad sin decir una sola palabra a la Policía.

—¿Qué iría yo ganando en todo eso?

—Nada —reconoció Franz—. Excepto, naturalmente, pagar una deuda pendiente. Hilde cometió una grave imprudencia al intervenir ayer para salvarle; hoy la ha pagado, cayendo en manos de sus enemigos. Usted tiene una obligación moral. Si es un caballero, no durará en cumplirla.

—¿Y quién me garantiza que venga usted en su nombre, que no se trata de una emboscada para entregarme a mis enemigos?

—Demasiadas cosas para que sea posible la menor duda. Si deseara su muerte, pude conseguirla ayer sin el menor peligro, incluso hubiera sido más fácil para mí meterle unos balazos en el cuerpo en cualquier calle, pese a los hombres que le guardan, que venir aquí a esconderme en su habitación. ¿No lo cree?

Baxter asintió con un leve movimiento de cabeza. Franz continuó:

—Ayer me vio luchando con sus enemigos. Mentiría si le dijese que lo hice por usted; lo hacía por... Hilde. Como lo hago ahora; sólo por ella sería capaz de venir a buscarle.

Sus palabras parecían encerrar un odio difícilmente contenido. John le miró con gesto de clara sorpresa. No hizo la menor pregunta, pero su interlocutor adivinó lo que pensaba, y se apresuró a añadir:

—Ya veo que comprende que le considero como enemigo. Lo es. Podría mentirle diciendo que soy alemán y usted un representante de las fuerzas de ocupación de mi país. Pero hay algo más. Yo quiero a... Bueno, digamos que quiero a Hilde. Y usted también.

—¿Yo? —exclamó en el límite del asombro John. Su sorpresa nada tenía de fingida. No podía negar que la muchacha le había parecido extraordinariamente bonita. Pero de eso a estar enamorado...

—Sí, usted —repuso con firmeza su interlocutor—. Me bastó ver cómo la miraba ayer para comprenderlo. Pero acaso esto sea secundario. Lo peor para mí es que Hilde le quiere. También ella lo niega, pero sé a qué atenerme. Lo supe cuando le avisó por teléfono y, sobre todo, cuando estuvo a su lado.

Baxter no supo qué contestar. Sin esperar a que hablase, Franz contó lo sucedido hacía unas horas. La tarde anterior, al intervenir audazmente para salvarle, habían cometido la mayor imprudencia imaginable. Hasta entonces, si el grupo que protegía a Hilde conocía a sus enemigos y sabía de sus andanzas, éstos, en cambio, estaban totalmente desorientados con respecto a ellos.

—Teníamos en sus filas uno de nuestros hombres. Por verdadera casualidad no pudo evitar el golpe del expreso; pero, en cambio, nos prestó los más útiles servicios.

Aquel confidente quedó al descubierto por la precisión con que Hilde y sus amigos aparecieron en el lugar y la hora precisos para salvar a Baxter. Las consecuencias no tardaron en tener que sufrirlas. Aquella tarde, la casa en que estaban escondidos fue asaltada por sus enemigos. Otto y tres individuos más murieron en la lucha entablada; a Hilde se la llevaron atada y amordazada.

—Yo pude huir todavía no sé cómo. Busqué a varios amigos para que

me ayudasen a rescatar a Hilde. Todos ellos habían desaparecido misteriosamente. Entonces, no sabiendo qué hacer, me acordé de usted. Tenía, tengo aún, la seguridad de que no me negará su concurso. Si no es así, no me quedará otro recurso que matarle y matarme.

No quiso decir cómo logró penetrar en la habitación, aunque indudablemente debía contar con algunos cómplices entre los empleados del hotel. Baxter no insistió mucho en este punto. Tuvo la seguridad de que en el resto de su relato, Franz había dicho la verdad. Con esto, con saber que Hilde corría peligro esencialmente, tenía bastante. Tras meditar un instante, afirmó:

—Cuenta conmigo. Estoy dispuesto a ir donde sea.

—Pero antes tendrá que darme su palabra de honor de cumplir las condiciones que necesito imponerle.

La primera de todas era, naturalmente, que tanto Hilde como él quedarían en absoluta libertad al salir del sector ruso de Berlín; la segunda, que no hablaría con Tilden hasta la mañana siguiente; la tercera, que si lograban recuperar el maletín robado, se lo entregaría a la muchacha y que no revelaría el nombre verdadero de ésta, caso de que en el curso de la noche llegara a enterarse de él.

—Es fundamental que acepte estas exigencias.

—Las acepto —contestó sin vacilaciones Baxter—, siempre, naturalmente, que no impidan que pueda proceder contra sus enemigos, que son los míos, y procurar por todos los medios castigar los crímenes de ese misterioso doctor que les acaudilla.

Franz, no sin dudar un instante, dio su conformidad. Como la dio también a que John pudiera recabar la ayuda de los seis o siete agentes apostados en el interior del hotel o en sus inmediaciones. Todos ellos acatarían sus órdenes. Serían necesarios, porque los dos solos no podían soñar en vencer a los enemigos con los que tendrían que enfrentarse.

Llegaron con facilidad a un perfecto acuerdo. Una vez que contaba con la palabra de honor de Baxter, Franz demostró plena confianza en él. Contó mucho de lo que sabía. Sus enemigos estaban acaudillados por un hombre que en Berlín se hacía llamar Wilhelm Koller, si bien no estaba nada seguro de que fuese su nombre verdadero. Aunque no le conocía personalmente, sabía que era un tipo de extraordinaria inteligencia, indudable valor, astucia sin límites, carente de escrúpulos de ningún género. Más que un inmoral era, a juzgar por cuanto sabía, un perfecto amoral. No creía que le interesase la belleza de Hilde; al secuestrarla perseguía objetivos mucho más elevados y peligrosos que la satisfacción de un deseo personal.

Franz estaba seguro de que a Hilde la habían llevado a un hotelito de las afueras de Berlín, en el barrio de Linchtemberg, uno de los arrabales

orientales de la gran ciudad. Parecía —si bien en este punto no quiso ser muy explícito— que Koller y sus secuaces gozaban de cierta libertad de movimientos en la zona de ocupación soviética. Era posible incluso que les protegiesen las autoridades. De cualquier forma, esperaba que un golpe de mano audaz pudiera tener éxito.

—Siempre, naturalmente, que lo demos esta misma noche. Mañana ya sería demasiado tarde.

Baxter presentó en el acto toda una serie de objeciones. No era empresa fácil penetrar armados en el sector soviético de Berlín; la línea fronteriza estaba bien guardada por patrullas de la Policía oriental alemana, cuando no por soldados rusos. Pero aunque lograsen entrar, no podrían ir muy lejos sin ser descubiertos y detenidos o exterminados.

—No se preocupe por eso —repuso Franz—. Conozco el modo de penetrar sin que nos pongan obstáculos. Aunque vayamos, como tendremos que ir si queremos llegar a tiempo, en automóvil.

Desaparecida esta dificultad, Baxter, siempre de acuerdo con su inesperado visitante, fue a hablar con los agentes que ocupaban las habitaciones inmediatas. Los tres se mostraron dispuestos a cumplir las órdenes del periodista americano; tenían instrucciones concretas de Tilden de obedecerle en todo y las cumplirían al pie de la letra, sin importarles el peligro que pudieran correr personalmente. Uno de ellos, Thomas Larski de nombre, conocía a John hacía varios años.

—Vete —le dijo Baxter— a dar aviso a los ocupantes del automóvil. Diles que preparen las armas. Dentro de cinco minutos bajaremos a reunirnos con ellos. Tenemos que emprender una misión en extremo arriesgada.

Como no podían ir todos—aunque el coche era grande, no cabían en él los siete agentes, John y Franz—, era preciso que dos se quedasen en el hotel. En presencia del alemán, para demostrar que jugaba limpio, Baxter les dio instrucciones concretas. Debían esperar su regreso sin moverse del hotel ni hacer absolutamente nada, a menos que por teléfono les ordenara actuar en algún sentido. Si a las nueve de la mañana no estaba de vuelta, debían presentarse a Tilden y contarle lo sucedido, señalando el nombre del jefe de la partida de «gángsters» que tanto les interesaban y el hotelito donde tenía, al parecer, su cuartel general.

Salieron inmediatamente del hotel. En la esquina inmediata les aguardaba el coche con el motor en marcha. En su interior había cinco hombres contando a Larski. Todos eran jóvenes, de aire resuelto, e iban perfectamente armados.

Por el camino, y siguiendo instrucciones de su acompañante alemán, fingieron atar y amordazar a uno de sus hombres. Era necesario, como salvaguardia para cruzar las líneas rusas, hacer creer a los vigilantes que

llevaban preso para entregarlo a las autoridades correspondientes a uno cualquiera de los huidos de la zona soviética. Cuando llegaron a la Potsdamer Platz, Franz indicó a los americanos:

—Déjenme hablar a mí. Conozco la consigna de esta noche, hablo algo de ruso y confío en que todo vaya bien.

Baxter asintió con un leve gruñido. Sin embargo, cuando les detuvo la primera patrulla, cuando unos soldados metieron por las ventanillas los cañones de sus fusiles, mientras iluminaban el interior del coche con unas linternas, no pudo evitar un ligero estremecimiento. Apretó con fuerza la culata de la pistola que llevaba en el bolsillo, preguntándose si no habría llegado el momento de empezar a tiros.

Por fortuna, todo se solucionó con rapidez y facilidad. Franz dio la consigna, habló unas palabras en ruso y los soldados les dejaron pasar sin la menor vacilación. El coche reanudó su marcha. A todo correr enfilaron una de las anchas avenidas que desde el centro de la capital conducen a los suburbios orientales. En dos ocasiones, distintas patrullas armadas les cerraron el paso. En ambas fue suficiente que Franz pronunciase breves palabras para que les dejaran franco el paso.

Pasaron sin la menor dificultad ante una nueva patrulla soviética. Trescientos metros más allá, Franz indicó:

—Dejaremos aquí el coche. Tendremos que acercarnos andando.

Se apearon todos. Se hallaban en un lugar oscuro y desierto. Las manzanas de casas que bordeaban en aquel punto la calle habían desaparecido barridas por la metralla y el fuego. A uno y otro lado se abrían grandes solares convertidos en vertederos, donde los escombros formaban ingentes montones. Uno de los hombres debía quedarse guardando el automóvil. Thomas Larski fue el designado. Aparte, y en voz baja, Baxter le dio sus instrucciones:

—Escóndete entre los escombros en forma que no den contigo. Si salimos con bien del empeño te llamaré a gritos al volver. Pero si no regresamos, da cuenta a Tilden de lo sucedido.

Franz, John y los otros cuatro agentes continuaron su marcha, dirigidos por el primero. Llevaban las pistolas en la mano dispuestas a emplearlas sin vacilaciones. Como medida de precaución para evitar en lo posible alarmas innecesarias, todos las habían aplicado los oportunos silenciadores. No tuvieron que ir muy lejos. A poco más de un centenar de metros, el alemán se detuvo para indicar a Baxter:

—Aquélla es la casa.

Era un hotel de dos plantas y presuntuosa arquitectura, milagrosamente indemne o reconstruido con posterioridad a la lucha. Era bastante amplio y aparecía rodeado por lo que debía ser un jardín y una tapia de mampostería. Por fortuna, ésta no era muy alta y no significaría un grave obstáculo para

sus planes. En ninguna de las habitaciones del hotel se divisaba la menor luz. O sus ocupantes estaban dormidos o vigilaban envueltos en las sombras.

—¿Está seguro de que tienen ahí a Hilde?

—Completamente. La trajeron hace unas horas. No creo que la saquen hasta que amanezca.

—¿Son muchos?

—Normalmente quince o veinte; pero esta noche casi todos estáis muy ocupados en otro lado. Quedarán tres o cuatro como máximo.

Hablaba con absoluta seguridad, indicando estar perfectamente enterado. Baxter no quiso hacer nuevas preguntas. No podían perder tiempo en vacilaciones. Afirmó:

—Está bien. Yo iré delante; usted me seguirá.

Ayudado por uno de los agentes se asomó con todo cuidado al borde de la tapia. Del muro al edificio había una distancia de veinte a treinta metros; en tiempos debió ser un jardín espléndido; ahora tan sólo quedaban en pie algunos árboles corpulentos, y espesos matorrales cubrían casi toda la superficie. Forzando la vista examinó el terreno en busca de posibles enemigos. Por aquella parte al menos, no había ninguno. En voz baja indicó a sus compañeros:

—Nadie a la vista. Adelante.

De un salto se dejó caer al jardín. Avanzó unos pasos y parapetado tras el tronco de un árbol, vigiló mientras sus acompañantes transponían la cerca. Tres minutos después, los otros cinco hombres estaban a su lado. Había saltado por la parte posterior de la casa, rehuyendo por indicación de Franz la puerta principal. Ahora, con voz que era apenas un susurro, el alemán indicó:

—Junto a la verja de entrada hay siempre un centinela. Yo me ocuparé de él.

Se acercaron al edificio. Todas las ventanas del piso bajo estaban protegidas por fuertes rejas. En el interior reinaban la oscuridad y el silencio. Franz se adelantó. Avanzaba como una sombra, pegado a la pared. Baxter marchó tras él, a un par de metros de distancia. Al doblar la esquina del edificio, pudieron ver al vigilante. Era un individuo que les volvía la espalda, sentado a un lado de la verja que conducía a la entrada principal de la casa.

John y los agentes hicieron alto, mientras Franz se acercaba al centinela arrastrándose por el suelo. Baxter apuntaba cuidadosamente dispuesto a disparar si el amigo de Hilde se encontraba en apuros. Por fortuna, no hizo falta que apretase el gatillo. Al llegar junto al vigilante, Franz se incorporó con rapidez. La hoja de un cuchillo brilló un instante a la luz de la luna; luego se hundió con fuerza en la espalda de su enemigo. Oyeron un gemido

ahogado y vieron cómo el individuo se doblaba sobre sí mismo hasta rodar silenciosamente por tierra.

La puerta principal estaba cerrada. Franz tenía bien prevista aquella contingencia. Sacó del bolsillo una especie de soplete. Por espacio de dos minutos manipuló con él sin producir más que un ligero ruidito. Al final, la cerradura saltó. Empujó la puerta, mientras Baxter y los demás tendían las pistolas, prestos a rechazar cualquier agresión procedente del interior. No se produjo ésta, sin embargo. Sin vacilaciones, Baxter resolvió:

—Entremos de una vez.

Hizo que dos de los agentes se quedasen en la puerta, para defender en cualquier instante el camino de huida. Los otros dos, en compañía de Franz y de él mismo, penetraron en la casa.

Se hallaron en un vestíbulo amplio envuelto en tinieblas. Baxter sacó una pequeña linterna que despedía un haz de luz. Franz, en voz baja indicó:

—La puerta de la derecha es la biblioteca: más allá está el despacho de Brandt; a continuación su alcoba. Estará durmiendo en este momento. Si le cogemos, tendrá que entregarnos a Hilde sin la menor resistencia.

—¿Y no estará el doctor aquí?

—No. Probablemente se encontrará a unos cientos de millas, aunque pudiera llegar mañana mismo. Para un avión no hay distancias.

John tuvo la clara impresión de que Franz se refería a un avión concretamente y no a los aparatos de cualquiera de las líneas comerciales. De buena gana hubiese hecho algunas preguntas, pero no era el momento más adecuado para formularlas. Siguiendo a su amigo penetró en la biblioteca. Era una habitación espaciosa, también envuelta en penumbras. La cruzaron sin el menor ruido.

La puerta que conducía al despacho de Brandt estaba solamente entornada. La transpusieron sin vacilaciones. La habitación estaba a oscuras también y todo parecía en perfecto orden. A un lado había una gran mesa; junto a ella, otra más pequeña con una máquina de escribir; al lado opuesto un tresillo. Franz indicó con un susurro:

—Ahí duerme Brandt.

Señalaba una puerta cerrada. Supusieron que no tendría el cerrojo echado. En cualquier caso, no sería un grave obstáculo. Pero cuando llegaron hasta ella, vieron que, si bien giraba el picaporte, la puerta no se abría. No podían perder un solo minuto. Franz recurrió al soplete. Lo aplicaba a la cerradura, cuando se oyó una carcajada burlona.

Baxter se volvió sobresaltado, empuñando la pistola, presto a hacer fuego. En el mismo instante se encendieron todas las luces de la habitación y como movida por una mano invisible se cerró de golpe la puerta por la que habían entrado procedentes de la biblioteca. A sus oídos llegó una voz diciendo en tono irónico:

—¡Bienvenidos, caballeros! ¡Han caído en la trampa!

—¡Hermann Brandt! —exclamó entre abrumado y colérico Franz.

Tanto Baxter como el agente que le acompañaba miraron en torno suyo, dispuestos a meter un balazo en el corazón a su enemigo. Con sorpresa se dieron cuenta de que estaban solos en la habitación. Su interlocutor permanecía invisible. Cuando mayor era su desconcierto volvieron a oírle hablar:

—Dejen tranquilas las pistolas y entréguese. No tienen salida posible.

John tuvo la impresión de que la voz procedía de uno de los grandes cuadros que adornaban las paredes. Supuso que tapaba una abertura en la pared y sin pensarlo dos veces hizo fuego. Tras atravesar la tela, el balazo rebotó en los ladrillos.

Nuevamente resonó la carcajada y tornaron a oír la voz de Brandt, diciendo:

—No pierdan el tiempo. Suelten las armas y levanten los brazos. Les doy tres minutos para convencerse. En caso contrario...

Abandonando la puerta de la alcoba que inútilmente pugnaba por abrir, Franz corrió a la que daba paso a la biblioteca. Estaba bien cerrada y no logró moverla por mucho que se esforzó. Baxter subió a la ventana. Sabía que una fuerte reja le impediría saltar al jardín; pero al menos podría gritar avisando a los agentes que se habían quedado a la entrada del edificio. Cuando la abrió de par en par comprendió la inutilidad del intento. Fuera resonaron unos disparos, seguidos de gritos de dolor. No cabían dudas acerca de lo que significaban. La voz del individuo invisible se dejó oír una vez más:

—No espere ayudas, Baxter. Sus amigos han muerto. Usted seguirá la misma suerte si no levanta los brazos en el acto.

El agente creyó que la voz procedía del interior de la alcoba. Apretó el gatillo de su pistola y acibilló la puerta a balazos. No consiguió nada. Al terminar de hacer fuego, Brandt afirmó:

—No tienen salida posible, amigos. Abandonen sus esfuerzos y entréguese. Los tres minutos están a punto de transcurrir.

Baxter clavó los ojos en Franz en gesto de interrogación. El alemán estaba ligeramente pálido. Sin embargo, repuso:

—Caer en sus manos sería cien veces peor que la misma muerte.

A la desesperada buscaron un camino de salvación. Desgraciadamente, no parecía haberlo. Ninguna de las dos puertas era fácil de abrir; por la ventana tampoco era posible la huida. Por más que Baxter miraba, no lograba encontrar desde dónde era observado por su enemigo. Al cabo de un minuto, Brandt les intimidó:

—Por última vez: ¿Se entregan, sí o no?

La respuesta fueron varios balazos disparados contra el punto de la

pared de donde parecía proceder la voz. Colérico por su actitud, su invisible enemigo anunció:

—Ustedes lo han querido. No tendrán tiempo de arrepentirse...

John que miraba en todas las direcciones, vio abrirse en el techo una pequeña trampa, por la que asomaban los cañones de dos rifles. Avisó a gritos a sus compañeros:

—¡Cuidado, cuidado! ¡Mirad al techo!

Hizo fuego con rapidez y un grito de dolor le demostró que sus balazos no se habían perdido en el vacío. Pero casi al mismo tiempo tiraron también sus enemigos. Su primera víctima fue el agente que les había acompañado hasta allí. Herido por dos disparos se derrumbó de bruces sin lanzar un solo grito, muerto instantáneamente.

Franz siguió segundos después suerte parecida. Tuvo tiempo, sin embargo, de tirar contra la trampilla abierta en el techo y matar a uno de sus invisibles adversarios. Su puntería no le sirvió, no obstante, para salvar su vida. Aunque aquella abertura se cerró de golpe, casi al mismo tiempo se abrió otra, también en el techo. Una ráfaga de pistola ametralladora disparada desde ella cosió materialmente con plomo el pecho de Franz, que giró sobre sus pies antes de caer de bruces para no levantarse más.

De un salto, Baxter había ido a buscar refugio tras la pesada mesa de despacho. Parapetado en ella vio morir a sus dos compañeros. Trató de vengarles, tirando contra las trampillas abiertas en el techo. Suponía que nada serviría para permitirle escapar, pero prefería morir matando, a dejarse prender.

Se produjo entonces una sorpresa más. Las dos trampillas se cerraron de golpe y cesaron en absoluto los disparos. Durante más de un minuto reinó en la habitación un silencio mortal. Pistola en mano, Baxter miraba sorprendido en todas las direcciones, esperando que sus adversarios aparecieran por cualquier punto inesperado. De pronto, se estremeció al sonar de nuevo la voz de Brandt:

—Sus compañeros han muerto, Baxter. ¿No se ha convencido aún de que es inútil continuar la lucha?

Por toda respuesta, John hizo fuego contra la puerta de la biblioteca, de donde ahora parecía salir la voz. Su gesto fue acogido con una risita irónica y unas frases burlonas:

—No se esfuerce, amigo. ¿Cree que seguiría vivo si me interesase matarle?

Aunque John no se molestó en responder, en su fuero íntimo tenía que darle la razón. No podía salir de allí. Confirmando sus lúgubres presentimientos, Brandt continuó:

—Ingenuamente, Franz le metió de cabeza en la trampa que habíamos preparado. Ahora está en nuestras manos, y...

—Todavía no —gruñó John—. Tengo una pistola y antes de que me cojan...

—No podrá hacer nada, amigo. Ni siquiera ayudar a Elsa. Es posible que haga un viaje con ella, un viaje bastante largo. Pero lo más probable es que no pueda hablarla; acaso, ni verla...

Al fin, John creyó descubrir desde dónde hablaba su invisible enemigo. No lejos de la puerta de la alcoba había un pequeño agujero en la pared. Con aparente descuido fue acercándose hacia allá. Cuando estuvo próximo, tiró con asombrosa puntería, pese a que no se molestó siquiera en apuntar. Oyó un ligero grito de dolor. Se produjo entonces una pequeña pausa. Después, tornó a oír la voz de Brant, que ahora parecía proceder de un punto distinto, diciendo con aire irritado:

—Tuvo buena puntería, pero no podrá repetir el intento. Puesto que no quiere soltar de una vez la pistola...

No terminó la frase, pero no era preciso para que Baxter comprendiera su significado. Como fiera acorralada empezó a mirar en todas direcciones. Esperaba que de un momento a otro se abriesen las trampillas del techo y le cosieran a balazos. No ocurrió nada de esto, sin embargo, aunque escuchó un ruido ligero, como un silbido, que no supo en un principio a qué atribuir.

Dos minutos después comprendía lo que aquello significaba. La estancia iba llenándose con rapidez de una especie de humo. Cuando quiso advertir el fenómeno, ya sentía una inexplicable flojedad en todo el organismo. Dio dos o tres pasos vacilante; quiso disparar sin saber contra quién, pero no logró apretar el gatillo. Atontado, se vino a tierra, quedando inmóvil, mientras un profundo sopor iba invadiendo su cerebro.

Confusamente le pareció que la puerta que daba a la alcoba se abría y penetraban varios hombres. Incluso creyó oír a Brandt, ordenando:

—Sacadle deprisa. Si continúa cinco minutos más, no lograremos que vuelva en sí jamás. Y el doctor le necesita vivo...

Aunque envuelto en profundas brumas, el cerebro de Baxter seguía funcionando. El doctor a que aludían no podía ser otro que el misterioso jefe de la banda de que le había hablado Franz. ¿Dónde estaría y para qué le necesitaba vivo? Le hubiera gustado preguntarlo, pero aunque intentó hablar, de su boca no salió el menor sonido.

Sintió que le cogían en vilo y le sacaban de la habitación. Luego, que alguien se inclinaba sobre él, como si le reconociera. Por último, llegó, lejana y distante, una voz que decía:

—No corre peligro; dormirá durante varias horas, pero recobraré el sentido. Acaso sea mejor así...

Quiso moverse, protestar, decir algo. Pero la lucecita que seguía encendida en su cerebro se apagó de pronto y quedó envuelto en las tinieblas más impenetrables...

VI

FRENTE A FRENTE



ENTAMENTE comenzaba a recobrar la lucidez. Sintió perfectamente el pinchazo en el brazo; se agitó nervioso y pretendió abrir los ojos. No pudo conseguirlo en el primer intento. En cambio, como a través de un extraño sueño, oía perfectamente cuanto se decía a su alrededor.

—Ya vuelve en sí —afirmó una voz.

—Dejémosle solo entonces —repuso otra—. No conviene que nos vea al recobrar el sentido.

Oyó el ruido de una puerta al cerrarse. Trató de mirar en aquella dirección, pero los párpados parecían pesar como losas de plomo. El esfuerzo le dejó agotado. Volvió a hundirse en un sueño inquieto, que duró breves minutos. Al cabo, se encontró mucho mejor. Abrió los ojos sin dificultad; miró en torno suyo asombrado y sorprendido. Estaba en una habitación totalmente desconocida, tendido sobre una cama. Le habían quitado el abrigo y la chaqueta, que podía ver sobre una silla próxima. Salvo esto, estaba totalmente vestido.

Le dolía la cabeza y pretendió llevarse las manos a la frente. A sus oídos llegó entonces un tintineo metálico. Advirtió que estaba esposado. Con rapidez acudieron a su memoria los recuerdos. Se desmayó, víctima de unos gases tóxicos, en el despacho de Brandt, en su hotelito de Linchtenberg, minutos después del asesinato de sus compañeros. ¿Cuánto hacía de todo aquello? No lo podía precisar de una manera exacta. Suponía,

sin embargo, que sólo haría quince o veinte minutos.

Pero en el acto tuvo que rectificar. En la habitación, a través de la amplia ventana, entraba la luz de un día claro. Cuando perdió el conocimiento debía ser la una, las dos de la madrugada como máximo. Por tanto, desde entonces tenían que haber transcurrido ocho o diez horas. El tiempo no cuenta para una persona dormida, y él había permanecido hundido en un profundo sopor. Incluso ahora, pese a que recobraba con rapidez sus fuerzas, se encontraba un tanto desmadejado.

Con un pequeño esfuerzo se sentó en la cama primero, se puso en pie en el suelo después. Lentamente se inspeccionó. En el antebrazo derecho tenía las huellas de varios pinchazos. Inyecciones, sin duda. No parecía haber sufrido, fuera de esto, el menor daño. No se molestó en buscar la pistola, convencido de que habría desaparecido. Juzgó más oportuno examinar la habitación.

Estaba amueblada con sencillez, no exenta de buen gusto. No era muy amplia, pero cabían holgadamente la cama, un armario ropero, un butacón y dos sillas. ¿Dónde estaba? Esto no creía que ofreciese la menor duda, indudablemente, en el piso alto del hotelito de Linchtenberg. Si era así, cabía una esperanza de salvación. Tilden ya estaría advertido en aquel momento. Sabría dónde le tenía y no repararía en esfuerzos para libertarle y vengar el asesinato de sus compañeros.

Trabajosamente fue hacia la ventana. Recibió entonces una de las mayores sorpresas de su vida. Ante sus ojos no se extendía el desagradable paisaje de un suburbio berlinés, destrozado por la guerra, sino un bello panorama montañoso. La ventana le permitía divisar lo que debía ser el fondo de un valle angosto. Enfrente, pudo ver la falda de la montaña, llena de pinos que inclinaban sus copas bajo el peso de la nieve. Al fondo, un picacho ocultaba su crestería en una corona de nubes.

Estaban a fines de abril y hacía tres meses largos que no nevaba en Berlín. ¿Dónde se encontraría ahora? Trató de razonar con lógica. En cien millas a la redonda de la capital alemana no hay una sola montaña. Las más próximas son los montes de los Sudetes, que forman la frontera checoslovaca. Pero no debía estar allí. Aquellos montes son de escasa elevación, y debían estar sin nieve en esta época del año. ¿Dónde, entonces? Con un estremecimiento, pensó en Rusia. Lo rechazó en el acto. Los Urales o el Cáucaso estaban demasiado remotos. Era posible que hubiera estado durmiendo durante veinte horas. Aun así, ¿hubieran tenido tiempo de llevarle tan lejos? Y ¿para qué podrían hacerlo?

Clavó los ojos en la lejanía y vio una casa a un par de centenares de metros. No tenía, en modo alguno, semejanza con las isbas rusas. Era una construcción de dos pisos, de alto y puntiagudo tejado, al estilo de los «chalets» alpinos. ¡Alpino! ¿No estaría en los Alpes bávaros? Un poco

difícil resultaba crearlo. Desde Berlín, la distancia sería de setecientos kilómetros, aproximadamente. ¿Cómo pudieron cubrirlos? Rechazó la idea del automóvil para pensar en un aeroplano. Pero el avión, ¿cómo logró despegar en plena zona rusa y aterrizar en territorio posiblemente ocupado por los americanos? ¿Qué aeródromos pudo utilizar? No estaba en condiciones de responder a ninguna de estas preguntas. Pero cuanto más miraba al paisaje que se extendía ante sus ojos, mayor era su convencimiento de hallarse en las montañas de Baviera.

Seguía abismado en sus reflexiones, cuando la puerta de la habitación se abrió para dar paso a un hombre de unos cincuenta años, alto, fuerte, de rostro inexpresivo, ojos fríos y penetrantes y labios finos, contraídos en gesto voluntarioso. Vestía con cierta elegancia, y si bien el bolsillo derecho de su chaqueta aparecía un poco deformado, seguramente por el peso de una pistola automática. Llevaba sujeto con esparadrapo un apósito puesto sobre la oreja derecha.

—Es recuerdo de una caricia suya, Baxter —dijo al entrar—. De buena gana le hubiese matado anoche. Pero supongo que, como siempre, Koller tendrá razón, y hubiera sido una suerte para usted que le cosiéramos a balazos en el despacho, como a su amigo Franz.

—¿Hermann Brandt? —preguntó con cierta curiosidad John, que creía recordar la voz oída unas horas antes.

—Ya veo que no me ha olvidado. Mejor. Así me evitaré presentaciones innecesarias. Supongo que estará muy sorprendido de verse aquí; al ver la nieve, y recordando que perdió el conocimiento en el sector soviético, creará encontrarse en Rusia, ¿no?

—En absoluto. Si no me equivoco, debemos encontrarnos en algún punto de los Alpes bávaros.

—Perfecta deducción, amigo. Pero ¿puede suponer siquiera cómo hemos llegado hasta aquí en tan corto espacio de tiempo? ¿Cómo logramos traerle hasta el centro de una región ocupada por sus compatriotas?

John movió negativamente la cabeza. Con una sonrisa triunfal en los labios, Brandt le contempló en silencio unos instantes. Luego, explicó:

—La explicación tiene un nombre: helicóptero. Lo teníamos dispuesto en un campo, a corta distancia de Linchtenberg. Volamos durante la noche. Al amanecer aterrizábamos en una pequeña explanada, cerca de aquí. Todo, como ve, perfectamente sencillo, pero muy difícil de imaginar. Suficiente, desde luego, para que no se le ocurra a su amigo Tilden, que armará una trapatista buscándole en el sector soviético de Berlín, sin que cruce siquiera por su imaginación que le tengamos secuestrado en Baviera.

Hizo una breve pausa. Luego, en tono doctoral, como quien expresa un hecho incontrovertible, continuó:

—Es una prueba más de la incuestionable superioridad de nuestra

mentalidad sobre la suya.

—A pesar de la cual —replicó, hiriente, John—, perdieron la guerra.

—Yo diría mejor que perdimos uno de los asaltos; el combate final aún no está decidido. Tenga la seguridad de que la victoria será nuestra. ¿No es buena prueba lo que le ha sucedido a usted? Estaba en una ciudad ocupada militarmente; los americanos o sus aliados, disponen allí de millares de hombres, armados hasta los dientes, de ametralladoras, cañones, tanques y aviones. Nosotros, en cambio, constituimos un pequeño grupo de personas vencidas, inermes, acosadas como fieras rabiosas. Y, sin embargo, hemos sido capaces de vencerle en la lucha que habíamos entablado. No sólo nos llevamos lo que nos interesaba del expreso de Hamburgo, sino que le cogimos a usted mismo.

—¿Podría saber para qué?

—No soy yo quien tiene que decirlo, sino el doctor. No tardará mucho en verle. Para cuando llegue a entrevistarse con él, quiero darle un buen consejo: conteste a cuanto le pregunte, sin pretender engañarle en nada. Sería inútil y contraproducente. Tendría horribles consecuencias. Al final, se vería obligado a decir todo lo que sabe; pero ya no podría evitarse los más terribles dolores.

—¿Pretende insinuar que si respondo a cuánto me pregunten, y no será mucho lo que pueda decir, porque no paso de ser un modesto corresponsal americano, me dejarán en libertad?

Brandt movió negativamente la cabeza.

—Es usted demasiado inteligente para perder el tiempo en intentar engañarle; tampoco debe confiar usted en engañarnos a nosotros. Sabemos de sobra quién es y la misión que trajo a Alemania. El F. B. I. pudo obtener éxitos resonantes luchando contra los «gángsters» americanos. Pero nosotros no tenemos la mentalidad de un Al Capone o un Dillinger.

La alusión al F. B. I. podía explicar muchas cosas. No obstante, Baxter se cuidó mucho de hacer ningún comentario, ni reflejar en su rostro la menor emoción. Encogiéndose de hombros, replicó:

—Admito que sean tan inteligentes como suponen, aunque no lo han demostrado conmigo. No creo que lo que yo pueda contarles tenga la menor importancia. Y para detenerme, han cometido una serie tan larga de delitos que, fatalmente, acabarán por llevarles a todos a la horca. En cuanto a mí, se perfectamente que por su voluntad jamás me dejarán escapar con vida.

—Y a pesar de todo, debe hablar. Hay muchas clases de muertes. Y la que sufriría, caso de empeñarse torpemente en guardar silencio, sería mil veces más espantosa de cuanto se imagina. En realidad, mi visita no tiene otro objeto que darle este buen consejo. Ahora, medite usted a solas y decida...

Hizo ademán de marcharse. Desde la puerta ya, se volvió para añadir:

—Respecto a la horca, no se preocupe. Es el final que aguarda a los vencidos. Pero nosotros seremos esta vez los vencedores. Y lo seremos de una manera plena, total, definitiva.

Cerró la puerta sin hacer caso de las protestas de Baxter. John se tumbó en la cama y debió dormir unas horas. Al despertarse, se acercó a la ventana. A juzgar por el sol, próximo a desaparecer tras las montañas cercanas, la tarde iba muy avanzada. Permaneció un buen rato observando al vigilante—que no era el mismo que vio unas horas antes—y escudriñando el panorama que divisaba. A los pocos minutos, la puerta de la habitación tornó a abrirse, y en el umbral se recortó la figura de Brandt, que le indicó:

—Tendrá que venir conmigo, Baxter. El doctor quiere verle.

Detrás de Hermann aparecían otros dos individuos. Cuando John se dispuso a seguirle e hizo ademán de echarse la chaqueta por encima de los hombros, Brandt indicó a uno de ellos:

—Quítale las esposas. No podrá intentar nada aunque le soltemos las manos.

El individuo, un hombre de mediana estatura, delgado, frente despejada y ojos pequeños y escrutadores, gruñó descontento:

—Preferiría no hacerlo. Es un tipo peligroso. Cuanto más seguro le tengamos y antes le matemos...

—Haz lo que te he dicho, Max —replicó enérgico Hermann—. Es una orden y no consiento que se discutan mis órdenes...

Mascullando maldiciones, el llamado Max se dispuso a obedecer. Brandt y el otro sujeto—el mismo que un rato antes se negó a darle nada de comer—, esperaron junto a la puerta. Con modales que nada tenían de amables, Max abrió las esposas. Al hacerlo, sin modificar en lo más mínimo su gesto amenazador, dijo algo sorprendente en voz que sus compañeros no podían oír:

—Valor, amigo. Tenga confianza en mí; Franz era mi hermano.

Inmediatamente, en un tono agresivo, añadió:

—Ya está suelto. Pero mucho cuidado: al menor movimiento sospechoso le agujereo el cuerpo.

—¡Basta, Max! —intervino Brandt—. Ya tendrás tiempo de desahogarte con él. Ahora, cállate y obedece.

Baxter quedó tan sorprendido que por unos minutos no acertó a pronunciar palabra. Un poco abstraído, se puso la chaqueta. Luego, obedeciendo a un gesto de Brandt, salió al pasillo. Miró, sorprendido, en torno suyo. El pasillo tenía varias puertas a uno y otro lado, seguramente habitaciones semejantes a la que había ocupado. Conducía a una amplia escalera de aspecto señorial. Descendieron por ella. Hermann, que

caminaba a su lado con la mano derecha hundida en el bolsillo donde llevaba una pistola, advirtió el ensimismamiento del prisionero. Burlonamente comentó:

—Parece muy preocupado, Baxter. Ya no se muestra tan arrogante y decidido como anoche. ¿Acaso tiene miedo?

John le dirigió una mirada despectiva y no se molestó en contestar. Prefería concentrar su atención en cuanto le rodeaba, examinando mentalmente las posibilidades de huida. No parecía haber muchas. Aparte de los tres individuos que le acompañaban, pudo ver otros dos en el tramo de la escalera que desde el primer piso debía conducir a otro piso más elevado. Cuando terminaron el descenso, en el lujoso vestíbulo había otros tres sujetos, que le contemplaron en silencio. Uno más, permanecía en actitud vigilante, junto a la puerta de salida del edificio.

—Entre y párese a unos pasos de la mesa del fondo —ordenó Max, pegándole un empujón al llegar a una puerta—. No olvide que vamos detrás y que al menor intento de resistencia...

Baxter transpuso el umbral. Se encontró en un espacioso despacho. Derrumbada en un sillón, custodiada por un individuo de aire patibulario que permanecía de pie a su espalda, aparecía una mujer. Estaba despeinada, con claras muestras de sufrimiento en el semblante, y unas profundas ojeras que hablaban de muchas horas sin dormir. Al verla, John no pudo contener un grito de sorpresa. Avanzando a su encuentro, gritó:

—¡Hilde!

La muchacha levantó la cabeza. Le miró con ojos en los que se pintaba el más profundo asombro. Se puso en pie, tambaleante, y sus labios se entreabrieron para murmurar en un tono en que se mezclaban estrechamente la alegría y la angustia:

—¡Baxter!

Uno y otro parecían dispuestos a abrazarse. Brand se colocó de un salto entre ambos. El guardián de la joven la cogió brutalmente del brazo, ordenando:

—¡Siéntese!

De un empujón violento la forzó a cumplir la orden. Furioso John, quiso lanzarse sobre el miserable. Poniéndole una pistola al pecho, Brandt le contuvo:

—¡Quieto!

—¡Canalla! —gritó, exasperado, John—. Tratar así a una mujer...

Pese a la amenaza del arma que empuñaba Hermann, hubiera seguido, posiblemente, hacia adelante, si Max y el otro individuo no le hubieran sujetado por la espalda. Viendo su impotencia, Brandt sonreía, con aire triunfal:

—Le sorprende verla aquí, ¿eh? ¿Le duele que la tratemos como se

merece, verdad? Pues, prepárese para lo peor, amigo. Le aseguro que va a pasar ratos muy desagradables...

Un poco a la fuerza le obligaron a mantenerse apartado, de pie, a unos dos metros de la mesa del fondo, en tanto que la muchacha, forzada por las manos de su guardián, tenía que volver al sillón. John no apartaba los ojos de su rostro. Parecía haber cambiado mucho desde que dos días antes acudiese a salvarle en un instante crítico; era evidente que en aquellas horas había sufrido las más espantosas torturas.

—Sí, Baxter —dijo de pronto una voz que le hizo estremecerse de pies a cabeza—. Ha sufrido mucho ya; pero eso no es nada, comparado con lo que aún le tocará pasar... Y con lo que tendrás que pasar tú.

Volvió la cabeza sorprendido y desconcertado. De pie, junto a la mesa, aparecía ahora un individuo al que reconoció sin la menor sombra de duda. Era alto, de cabeza cuadrada, fuerte, pero esbelto, de mirada que tenía la frialdad del acero, un monóculo sobre el ojo izquierdo y gesto duro y agresivo.

—¡Karl von Zander!

Ahora no podía tener la menor duda. Las autoridades rusas dirían lo que quisieran; presentarían las pruebas que tuvieran por conveniente acerca de su muerte, pero John estaba total y absolutamente seguro de que el individuo que aparecía ante su vista no era otro que el antiguo «obergruppenfuhrer» de la S. S. ¿Por dónde había llegado? La habitación sólo tenía la puerta por la que penetró, acompañado de sus guardianes, y dos ventanas que permanecían cerradas; la mesa tras la que aparecía estaba junto a una pared aparentemente lisa. Zander había surgido de repente ante su vista, como saliendo por un escotillón o materializándose en forma totalmente inesperada delante de sus ojos.

—Ya veo que me conoces —dijo, con fría sonrisa el interesado—. Yo también te conozco a ti.

En realidad, nos reconocimos ambos desde el primer momento. Así es mejor, porque podemos quitarnos las caretas y hablar con absoluta claridad.

A una indicación suya, Max y el otro individuo soltaron a John, retrocediendo hacia la puerta. Brandt dudó en obedecer, murmurando:

—Es demasiado peligroso para dejarle solo...

—No te preocupes, Hermann. No estará solo. Vosotros vigilaréis desde la puerta. Pero quiero que míster Baxter y yo hablemos con toda libertad. No hay nada que temer. Si intentase algo, no necesitaría de la ayuda de nadie para terminar con él...

Con gesto teatral, sacó unas pistola que puso sobre la mesa, al alcance de su mano. Dominado por la actitud de su jefe, en cuyos ojos leía una orden imperativa, Brandt guardó el arma que empuñaba y retrocedió hasta la puerta de la habitación, donde ya se encontraban sus dos compañeros.

Sólo el guardián de Hilde permanecía en pie, a espaldas de la muchacha, aunque con los brazos cruzados sobre el pecho.

Recobrado el dominio de sus nervios, John permanecía sereno, clavados sus ojos en el rostro de Zander. Éste sonreía con aire de superioridad. Dejó transcurrir un par de minutos en completo silencio. Cuando lo rompió, fue para decir:

—Como ves, Baxter, no pretendo engañarte. Sé que sería inútil. Los demás podían creer en mi muerte; tú, no. Desde que nos vimos en el tren, di por descontado lo que había de suceder; incluso que no tardarías en identificarme con el Walter Kurnau que estuvo prisionero en Magdeburgo. Por eso quise eliminarte en las horas siguientes. Después cambié de parecer. ¿Sabes por qué?

Baxter movió negativamente la cabeza. La sonrisa se acentuó en el rostro de Zander.

—Creo que te lo imaginas sobradamente, pero eres hombre reservado, como lo fuiste siempre. Sin embargo, estoy decidido a hablarte sin veladuras de ninguna clase, para que comprendas la inutilidad de fingir o disimular conmigo. El día de tu llegada a Berlín te tomé por un periodista; lo fuiste hasta que comenzó la guerra, y un poco ingenuamente creí que continuabas siéndolo.

—Y lo soy —le interrumpió John—. He venido a Alemania como corresponsal de la World News.

—Y como algo más —replicó serenamente Zander—. Empecé a sospecharlo cuando supe de tus prolongadas conversaciones con Tilden. Pedí algunos informes y pronto supe a qué atenerme. Eres lo que en América llamáis un «G-Men», un agente especial y secreto. ¿No es así?

Baxter movió negativamente la cabeza, aunque sabía de sobra que su gesto no impresionaría en lo más mínimo a su interlocutor. Sin hacer el menor caso de su denegación, Zander prosiguió:

—Averigüé más aún. Hace varios años, desde los días del desembarco en África del Norte, figuras entre los miembros más destacados del F. B. I. Actuaste en un principio en el seno de las fuerzas armadas. Después te confiaron algunas misiones en Asia y Sudamérica. Por último, te encargaron un trabajo azaroso y difícil en el que incluso tu amigo Tilden había fracasado. Por eso, precisamente, fuiste a Berlín, bien camuflado, como corresponsal de una importante agencia de informaciones periodísticas. ¿Comprendes ahora mi interés en cogerte vivo?

John no respondió. Veía que su interlocutor estaba perfectamente enterado de sus andanzas y adivinaba sus turbios propósitos. No estaba dispuesto, en modo alguno, a servirlos. Podrían matarle, pero no le harían despegar los labios para traicionar a sus compañeros y a su país. Daba por descontado que sería difícil escapar con vida. Si al menos consiguiera

llevarse por delante a Zander, su sacrificio no resultaría estéril. Y no parecía imposible, ni mucho menos. La pistola que el antiguo jefe de las S. S. había dejado sobre la mesa seguía allí; Brant y sus compañeros permanecían junto a la puerta. Si lograba acercarse de un salto y empuñar el arma...

—Pude matarte en diversas ocasiones, pese a la protección de tus amigos. Planeé perfectamente un golpe para secuestrarte, pero «fraülein» Else y sus colaboradores, traicionando la causa que decían defender, no vacilaron en derramar sangre germana para salvar a uno de sus odiados enemigos. Por fortuna, todo pudo arreglarse al final. Los traidores recibieron su merecido y tú estás, al fin, entre mis manos.

—¿Qué pretendes de mí? —preguntó, al cabo, Baxter.

—Sabes muchas cosas que me interesa conocer.

No voy a ocultarte que el F. B. I. constituye para nosotros la mayor amenaza. Ni el Intelligent Service británico, ni la Policía soviética, ni menos aún el Deuxième Bureau francés, me inquietan en lo más mínimo. Los americanos son otra cosa. Utilizan toda clase de procedimientos, disponen de dinero en abundancia, cuentan con hombres resueltos que saben infiltrarse en todas partes. Y yo quiero que me digas cuánto sepas de su organización en Alemania, los nombres de sus agentes, el disfraz con que se esconden.

—Me parece —repuso John— que has cometido un terrible error. Aunque quisiera, no podría decirte nada de eso. Tus informes con respecto a mí, son falsos del principio al fin. Pero, incluso admitiendo que fuese «G-Men», tampoco me sería posible facilitarte los informes que desees.

—¿Sabes lo que sucedería si te negases a hablar? —inquirió con dureza Zander.

—Sé lo que me sucederá, de todas maneras —replicó John—. Después de traerme hasta aquí, no podríais dejarme en libertad, por temor a que dijese demasiadas cosas. Hable o calle, el resultado será el mismo.

—Con la diferencia de padecer antes tormentos que ni siquiera imaginas. Pero hablarás, vaya si hablarás... Estoy seguro de que...

Baxter creyó llegada su oportunidad. Seguro de que nada podría intentar su enemigo, Zander se había apartado unos pasos de la mesa. John actuó con rapidez y energía. Dio un salto hacia adelante; con movimiento rápido se apoderó de la pistola. Luego, apuntando con ella a su enemigo, advirtió:

—¡Arriba las manos! ¡Si haces el menor movimiento, si tus hombres dan un solo paso, te mato!

Hilde se puso en pie con un grito de sorpresa. Brandt y sus secuaces se volvieron, asombrados. Desconcertados, no se atrevían a recurrir a las armas, convencidos de que antes de que pudiesen manejarlas, el americano

habría dado buena cuenta de su jefe. Tan sólo Zander parecía conservar la serenidad. Elevó pausadamente los brazos, pero no dejó de sonreír. Sin cambiar la expresión de su rostro, felicitó con cierta ironía a su rival:

—¡Buen salto, Baxter! Ha sido una hazaña digna del F. B. I. Ahora ya no negarás que formas en sus filas, ¿verdad?

—Eso importa poco en este momento, Zander. Di a tus hombres que levanten los brazos. En caso contrario...

—Me matarás, ¿no? Indudablemente, eres hombres de temple. Tus jefes deben estar orgullosos de ti. ¡Qué pena que no puedas vivir, para contarles tu hazaña!

—Di a tus secuaces que suelten las pistolas. ¡Déjate de palabras! Obedece o...

—O no harás nada, Baxter —replicó en tono duro Zander—. Has caído de nuevo, con toda ingenuidad, en una nueva trampa. Intenta algo y...

Había bajado tranquilamente los brazos, posiblemente en busca de un arma. Rabioso, John apretó el gatillo. Contra lo que esperaba, no resonó el menor disparo. Volvió a apretarlo con idéntico resultado. Sin dejar de sonreír, Zander le apuntaba ahora con una automática. En tono reposado y enérgico, advirtió:

—¡Basta de tonterías, Baxter! Suelta de una vez esa pistola. Está descargada. ¿Crees que, en caso contrario, hubieras podido apoderarte de ella con tanta facilidad?



ATENCION, LECTOR:

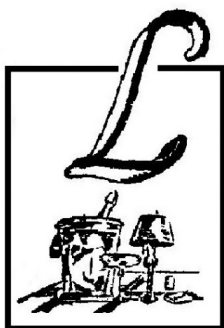
EDITORIAL ROLLAN publicará

¡PARA TUS HIJOS!

UNA REVISTA INFANTIL

VII

LOS PLANES DE ZANDER



OCO de rabia, John comprendió la burla de Zander. Con movimiento rápido, pretendió lanzarse sobre él. Pero ya entonces, el guardián de la muchacha había reaccionado y le salió al paso. Era un hombre corpulento, seguro de que podría reducir por la fuerza a su enemigo, al que trató de sujetar entre sus brazos de oso. No tardó en comprender su equivocación. Recibió un terrible rodillazo en el bajo vientre. Luego sintió cómo su adversario le asía de la muñeca derecha, retorciéndosela con terrible violencia y obligándole a lanzar un grito de dolor.

De estar solos en la habitación, John hubiese triunfado con relativa facilidad. Pero antes de que pudiera desprenderse de su primer enemigo, ya tenía otros tres encima. Brant, Max y el otro individuo se lanzaron sobre él. Baxter recibió una serie de golpes que dieron con él en tierra. Con una pistola en la mano, presto a disparar si la ocasión lo exigía, Zander contemplaba sonriente la escena. Cuando vio caer a John, Hilde quiso correr en su ayuda, gritando:

—¡Cobardes, canallas!

De un violento empujón, Brandt la derribó también. Luego, volviéndose hacia su jefe, preguntó:

—¿Empezamos ya?

—Todavía no. Déjale que se reponga un poco, pero quedaos a su lado, para que no pueda intentar nada. Me gustaría hablar algo más con ese

caballerito.

En el curso de la refriega, Baxter había recibido diversos golpes. Entre ellos uno en la cabeza, asestado por la culata de una pistola, que lo dejó atontado por espacio de cinco minutos. Le sentaron en una silla colocada junto a la mesa y, vigilado de cerca por Brandt y otro individuo, le permitieron reponerse.

Cuando recobró por entero la lucidez, vio que Zander había tomado tranquilamente asiento al otro lado de la mesa y le miraba con el mismo gesto victorioso y burlón de antes. Al advertir que Baxter se había rehecho por completo, volvió a hablar para decir:

—Ya te habrás convencido de que conmigo no valen trucos ni habilidades. Afortunadamente, los alemanes tenemos una mentalidad muy superior a la vuestra.

Baxter calló sin saber qué responder, ignorando con exactitud dónde pretendía ir a parar el antiguo «obergruppenfuhrer». No hizo falta que hiciese la menor pregunta, porque Zander se apresuró a aclarar su pensamiento:

—La ciencia alemana está por encima del mundo entero. Lo está hoy, a pesar de la derrota, y lo estaba ayer. Con su ayuda, con los poderosos elementos que puso en manos de los gobernantes, pudo alcanzarse con facilidad la victoria. Hubiese costado muchas víctimas. Pero la paz no ha costado menos y casi todas han sido nuestras.

Con resolución, Baxter rechazó tales afirmaciones. Entendía que nada tenían que ver con la realidad. Hitler y la Reichwehr habían empleado cuantas armas tuvieron a su alcance. ¿No era buena prueba el empleo de los proyectiles cohetes contra Londres?

—Había otras, mil veces más destructoras —contestó Zander—. Los físicos y químicos germanos estaban a la cabeza respecto a la utilización de la energía nuclear, de los rayos cósmicos, de la guerra bacteriológica y de los gases. ¿O negarás también que Alemania no empleó, pudiendo haberlo hecho, los gases asfixiantes?

—No. Pero si no recurrió a ellos, fue, simplemente, por temor a las represalias. Sabía que cualquier agresión de este tipo hubiera sido contestada con amplitud cien veces mayor. Esto no es humanitarismo, sino prudencia.

—Fue indecisión —afirmó exaltándose Zander—. Indecisión moral frente al juicio de la Historia, sin querer comprender que la Historia la escriben siempre los vencedores. No eran las represalias lo que contenía a Keitel y Joldt, Speer y Ribbentrop.

Sabían que, de emplear las armas que tenían a su alcance, no habría réplica posible, porque Inglaterra, primero, y Norteamérica, después, quedarían arrasadas como consecuencia del primer ataque. Y eso será lo

que haré yo...

Parecía haberse transfigurado en un momento. Había perdido su flema habitual; sus ojos despedían llamaradas; le temblaban ligeramente las manos. Por vez primera, Baxter tuvo la impresión de estar hablando con un loco.

—Sí, yo —continuó Zander, golpeándose el pecho—. Tengo en mis manos los destinos del mundo. Pronto temblarán todos ante mí. Y tendrán que reconocer la indiscutible supremacía de quienes me rodean.

En la cara de Brandt pudo leer John un gesto de estupefacción y protesta. Entendía, sin duda, que su jefe estaba diciendo demasiado. Zander lo advirtió también y con unas frases disipó sus recelos:

—Nada importa que Baxter lo sepa; no podrá contárselo a nadie, porque no saldrá vivo de nuestras manos. Else correrá la misma suerte.

Luego, tornando a su exaltación, continuó hablando. Exponía, como sumido en un éxtasis, un plan grandioso y diabólico. Allí, en las montañas de Baviera, había soñado el nazismo con erigir una formidable fortaleza que desafiara el poder de sus enemigos. Como en una época remota Federico Barbarroja, Hitler pudo continuar la lucha, utilizando las armas que la ciencia ponía en sus manos, aplastar a sus adversarios. Desgraciadamente, la traición de Himmler y Goering, unidas al cansancio y a la enfermedad, hundieron su voluntad en el instante crítico. Se quedó en Berlín, en lugar de ponerse en Baviera al frente de sus leales.

Pero en los Alpes bávaros habían quedado elementos sobrados para seguir la pelea interrumpida. Zander lo sabía y estaba dispuesto a utilizarlos. No consistía en ejércitos numerosos, sino en grupos de investigadores, en laboratorios escondidos, en fábricas subterráneas con las que no podrían dar los ocupantes. Zander decidió utilizarlas con el concurso de algunos seguidores. Para ello necesitaba sobrevivir a la derrota, trabajar con calma y astucia. Y lo primero para conseguirlo era hacer creer a todos en su propia muerte.

—Walter Kurnau era un indeseable, pero tenía cierta semejanza física conmigo. Murió, como merecía, en Potsdam. Sobre su cuerpo se encontró mi documentación. Cinco amigos míos afirmaron que era yo. Todo el mundo les creyó. Mientras, yo me dejaba coger por los americanos provisto de los documentos de identidad del muerto.

Puesto en libertad, marchó a Berlín. La ciudad ofrecía toda clase de posibilidades. Reunió en torno suyo una partida numerosa; muchos eran forajidos, desertores de los ejércitos aliados o alemanes ansiosos de botín. Zander los utilizó a todos. Se sirvió incluso de sus enemigos.

—Los franceses llegaron a creer que hacía espionaje en favor suyo, a cambio de unos puñados de francos; los ingleses, que les ayudaba por odio a los rusos; los soviets me dejaron maniobrar con absoluta libertad, a

cambio de entregarles de cuando en cuando a personajes huidos de su zona de ocupación. Les engañé a todos. Sin darse cuenta, favorecieron mis planes. Unos planes tendentes a destruirles.

El contrabando y el supuesto espionaje, junto con el hallazgo de algunos tesoros escondidos ante el avance de las fuerzas de ocupación, le proporcionaron los recursos económicos que necesitaba. Buscó entonces el concurso de los hombres de ciencia. Algunos se le ofrecieron espontáneamente; con otros, tuvo que recurrir a la violencia. A varios los arrancó de manos de los rusos, haciéndoles huir de Polonia o Checoslovaquia con la promesa de conducirles al lado de sus familiares.

—Hubo más de uno que, al conocer el alcance de mis proyectos, se negó a colaborar. Pero ninguno de ellos vivió lo suficiente para traicionarme. Uno de ellos fue el profesor Erwin Hasselbach...

—¡Mi padre! —exclamó conmovida Hilde.

—Sí, su padre, Else —confirmó Zander—. Era un gran cerebro, pero liberal y pacifista. Había realizado sorprendentes descubrimientos en los años que siguieron a la derrota. Con ellos en las manos, yo tenía la seguridad de vencer sin tardanza. Desgraciadamente, Erwin estaba dispuesto a traicionar a su patria.

—¡Mentira! —clamó la muchacha—. ¡Mi padre no fue un traidor!

—Lo era. De buena fe, quizá; pero lo era. Soñaba con que sus descubrimientos conmovieran a nuestros enemigos, haciéndoles ver la superioridad alemana, sin necesidad de pasar por una nueva guerra. La utilización de los rayos solares proporcionaría una energía ilimitada y casi gratuita; permitiría poner en producción toda clase de terrenos y centuplicar las cosechas del mundo. Pero desdeñaba lo más fundamental: el poder guerrero y destructor, mil veces superior a la bomba atómica, que encerraban.

Trató de atraérselo a su causa. Fue todo inútil. Erwin Hasselbach no quería oír hablar siquiera de nuevos derramamientos de sangre. Hubo que recurrir a la violencia. En torno al profesor había un núcleo de incondicionales, dispuestos a defenderle. Una noche, los secuaces de Zander penetraron en su casa, mataron a los dos hombres que le custodiaban y se apoderaron del profesor.

—Desgraciadamente, no encontramos lo que íbamos buscando. Los planes de sus descubrimientos habían sido llevados a Hamburgo unos días antes por su hija Else y uno de sus ayudantes.

Hicieron creer a las gentes que el profesor había sido raptado para conducirlo a la zona rusa. Después, le obligaron a escribir a su hija, diciéndola que sería puesto en libertad tan pronto como entregase los planos. El canje del prisionero por sus propios documentos había de efectuarse en el mismo Berlín. No pensaba hacerlo, naturalmente. Aspiraba

a que Erwin se convirtiera en dócil instrumento entre sus manos.

Tenía planeado apoderarse de la muchacha y el maletín que conducía en la estación Lehrter. Tropezó con el obstáculo de que Franz, Otto y otros siete hombres armados estaban citados en los andenes a la hora de la llegada del expreso. Tuvo que modificar el proyecto, decidiendo asaltar el tren en las proximidades de Jundgfenheiden.

—Todo hubiera salido bien de no ser por tu intervención. De todas formas, nos llevamos el maletín, aunque temía que me hubieses reconocido. Por eso quise matarte. Después, al saber que eras agente del F. B. I., resolví apresarte, para que me dijeras todo lo que necesito saber.

—Yo no diré una sola palabra.

—¡Bah! Conozco procedimientos que te obligarán a hablar. Si te he contado todo ha sido para que comprendas que no podrás callar. ¿Qué eres hombre duro? Bien; no creo que lo seas más que el profesor y...

—¿Se prestó a secundarte?

—No. Cuando ya le teníamos vencido, dispuesto a cuanto quisiéramos, un imbécil se pasó un poco de la raya. Erwin Hasselbach murió anteayer.

—A mi padre le asesinasteis porque jamás hubiera claudicado —afirmó, irritada, Else.

—No. Nada me importaría reconocer que le había matado, como tendré que mataros a vosotros. Es posible que al final, cuando hubiese puesto en orden sus papeles, lo hubiera hecho. Pero la verdad, la única verdad, es que murió, en contra de mi voluntad, un poco antes de tiempo.

—Entonces no te servirán de nada sus descubrimientos —comentó satisfecho Baxter—. Tu proyecto de destrucción no pasará de serlo, afortunadamente.

—Te equivocas —repuso Zander—. Hasselbach no es el único hombre de ciencia de que dispongo. Hay otros muchos, capaces de entender sus anotaciones y desarrollar sus descubrimientos. Aun sin contar con los suyos, estaría en condiciones antes de tres meses de emprender la batalla a fondo. Con ellos, en menos de cuatro semanas podré desafiar al mundo entero.

Volvió a exaltarse al hablar de sus planes. La primera y la segunda guerras mundiales habían sido luchas de grandes masas, en las que el número tuvo una importancia decisiva, aunque ya al final de la última hubieron de reconocer todos que había armas especiales, manejadas por grupos reducidos de científicos, que valían más que inmensos ejércitos.

—Al Japón no le hundi6 la formidable Armada yanqui, sino los pocos hombres que fabricaron la bomba at6mica y los pilotos que la arrojaron sobre Hiroshima y Nagasaki. Algo semejante, pero en escala cien veces mayor, ver6 muy pronto el mundo entero. Con un pu6ado de cient6ficos a mi alrededor, aplastar6 a las llamadas grandes potencias. En pocas horas

tendrán que doblar las rodillas ante mí.

Daba por descontado que antes de conseguirlo tendría que arrasar por completo Londres y París, Varsovia y Moscú, tal vez Nueva York y Washington. En contadas horas morirían millones y millones de personas.

—No me importa. Son gentes que deben morir, para que yo triunfe. A mí no me molestan los sentimentalismos estúpidos; ninguna consideración de humanitarismo me apartará de mi camino.

Baxter le contemplaba sobrecogido. ¿Habría algo de verdad en cuanto anunciaba? Parecía tratarse de un loco; posiblemente lo fuese. Pero ¿qué sería del mundo si un loco de este género, impulsado por un afán de dominio, llegaba a tener en sus manos los terribles recursos destructivos de la ciencia moderna? No era preciso pensar en nuevos y mortíferos descubrimientos; con los ya realizados, con la bomba atómica o de hidrógeno, con el gas mostaza o la guerra bacteriológica había suficiente para que un demente, secundado por otros fanáticos como él, fuese capaz de producir una catástrofe sin precedentes.

—Necesito de ti saber concretamente la misión que te encomendaron tus jefes en Washington, primero, y en Hamburgo, después; los nombres de todos los agentes del F. B. I. que actúan en Alemania; cuánto hayan logrado averiguar con respecto a nuestras actividades y quiénes controlan sus actividades y dónde se encuentran.

—Pierdes el tiempo, Zander. Ni sé una sola palabra de todo eso, ni aunque lo supiera, te lo diría.

—Y yo repito mi exigencia. Tienes dos minutos para pensarlo. Transcurrido ese tiempo...

—¿Qué harás? ¿Matarme?

—Desde luego; pero antes sufrirás como no te imaginas. Si no me engaño, estás enamorado de Else. Pues bien: empezaremos por torturarla a ella; oirás, durante horas enteras, sus desgarradores lamentos. Si queda en ti un poco de sensibilidad...

Baxter creyó llegado el momento de actuar. Un segundo antes había mirado a Max, parado junto a la muchacha; le pareció que con la mirada le daba su asentimiento a cualquier intento desesperado. Zander seguía al otro de la mesa, con una pistola en la mano derecha. Armados también, Brandt y otro individuo estaban a su espalda, pegados a él; el cuarto de los seguidores del antiguo jerarca nazi continuaba vigilando a Else.

Nada en el gesto o la actitud de John hizo sospechar a sus enemigos lo que pasaba por su imaginación. Tras de los golpes recibidos, parecía resignado con la derrota. Permanecía en su silla, con aire de hundimiento, oyendo con atención cuánto decía Zander, pero perdidas, en apariencia, todas sus esperanzas de salvación.

Ocurrió de pronto algo totalmente inesperado. Con movimiento brusco,

Baxter asió con fuerza el brazo de uno de los enemigos situados a su espalda. Se puso en pie con rapidez vertiginosa, volteó limpiamente sobre su espalda al forajido y lo lanzó por encima de la mesa hasta hacerle chocar con Zander, para rodar los dos por el suelo.

Hermann Brant quiso intervenir en el acto. Tenía una pistola en la mano y procuró manejarla sin vacilaciones. Pero ya entonces, Baxter se había vuelto hacia él. De un formidable puntapié le hizo perder el arma que empuñaba; luego, con furia ciega, se lanzó sobre su enemigo, que retrocedía dando traspiés.

Reponiéndose con la rapidez de un relámpago, Brandt frenó su acometida con dos puñetazos secos y precisos en plena cara, que hicieron tambalearse a John. El americano contestó en idéntica forma. Hermann comprendió que en una lucha a puñetazos llevaría la peor parte. Con rapidez saltó hacia atrás, para separarse de su enemigo y sacar una nueva pistola. Por fortuna, cuando estaba a punto de hacerlo, resonó un disparo y Brandt, lanzando un grito de dolor, echó a correr hacia la puerta abierta.

Era Max quién había disparado en el instante preciso, atravesando el brazo de Brandt. De haber podido disparar de nuevo, le hubiese matado antes de que llegase a transponer la puerta. Por desgracia, el individuo que custodiaba a Else estaba a su lado; se dio cuenta de su traición y le acometió sin vacilaciones. Un segundo después, los dos, peleando a la desesperada, rodaban por tierra estrechamente enlazados.

Baxter no se molestó en contemplar su lucha ni pretendió seguir a Brandt hacia el vestíbulo. Había visto donde había caído la pistola de Hermann y, tirándose al suelo, se esforzó en empuñarla. Lo hacía en el instante mismo en que resonaba angustiada la voz de Else:

—¡Cuidado, John, cuidado!

Desde el suelo pudo ver el peligro que le amenazaba. En la puerta que daba al vestíbulo, atraídos por los gritos de Brandt, acababan de aparecer, pistola en mano, dos individuos. Baxter disparó sin levantarse siquiera. Lo hizo, sin embargo, con envidiable puntería. Uno de los recién llegados se derrumbó pesadamente, atravesado en la misma puerta; el otro, herido sin duda, se apresuró a quitarse de la trayectoria de sus balazos. Pero desde fuera de su vista empezó a disparar contra el interior de la habitación.

Un nuevo peligro surgió casi en el mismo instante para la vida de Baxter. Estuvo muy próximo a ser mortal, ya que, peleando con quienes tiraban desde el vestíbulo, tenía que volver la espalda a estos enemigos. Se trataba del individuo a quién había tirado por encima de la mesa, haciéndole chocar contra Zander con terrible violencia. Ambos rodaron por el suelo y tardaron medio minuto en incorporarse, tiempo que el americano empleó en su pelea con Brandt y los secuaces que acudieron procedentes de fuera del despacho.

Karl von Zander se incorporó furioso, con los ojos inyectados en sangre y un ansia desesperada de matar a quién se atrevía a desafiarle, incluso estando rodeado de todos sus hombres. Recuperó el arma que en la caída se le había escapado de las manos, vio que Baxter, tendido en el suelo, le volvía la espalda, interesado en impedir la llegada de refuerzos y apuntó con todo cuidado, deseando dejarle fuera de combate al primer balazo.

Lo hubiera conseguido sin la menor dificultad, de haber estado solo John. Por suerte para él, Else demostró en aquellas circunstancias críticas resolución y valentía pocos comunes en su sexo. Angustiada al iniciarse la lucha, intervino en ella sin vacilaciones a los pocos segundos de comenzar. El arma que empuñaba Max había caído a sus pies al ser atacado su inesperado auxiliar por el individuo encargado de custodiarla. Cuando vio que Baxter se enfrentaba con los sujetos que acudían procedentes del vestíbulo, comprendió que había llegado el momento de secundarle. Se erguía con la pistola en la mano en el instante mismo en que Zander se disponía a disparar.

Variando de intenciones, dándose cuenta de que por el momento representaba el máximo peligro, tiró contra él, sin apuntar siquiera. El primer balazo salió ligeramente desviado y pasó a unos centímetros de la cabeza de Zander. Karl también advirtió el peligro que la muchacha representaba en aquel instante e hizo fuego contra ella. Else sintió un intenso dolor en el hombro izquierdo; se sobrepuso y apretó de nuevo el gatillo. Ahora fue Zander quien tuvo que lanzar un quejido lastimero, en tanto que el arma que esgrimía se le escapaba de entre los dedos.

No bastaba con ello. Tenía que matarle si querían que amenguase el grave peligro que les amenazaba. Desdeñando el dolor que experimentaba, Else siguió disparando. Por desgracia, el forajido que Baxter había lanzado por encima de la mesa se incorporaba en aquel instante y recibió en mitad del pecho las balas destinadas a su jefe.

Zander no quiso continuar en la habitación, expuesto a los balazos de sus enemigos, máxime cuando ahora, herido en la mano derecha, se hallaba prácticamente inerte. De un salto retrocedió hasta la pared del fondo. Else quiso disparar, pero había agotado las balas de su pistola. Vio en aquel instante que Baxter se incorporaba y le gritó, apremiante:

—¡Dispare antes de que se nos escape!

Baxter entrevió confusamente cómo se abría un panel de la pared y por el hueco se lanzaba de un salto Zander. Hizo fuego sin vacilaciones, pero no debió alcanzar a su enemigo. Al tiempo que el panel tornaba a cerrarse, oyó gritar al antiguo «obergruppenfuhrer»:

—¡Os mataré a todos!

Pero había algo más urgente que sus amenazas. Los individuos del vestíbulo, posiblemente coordinando sus esfuerzos, habían suspendido

momentáneamente el tiroteo. Max, en cambio, atravesaba por una situación crítica. Su adversario, más fuerte, se le había puesto encima y estaba tratando de estrangularle. John no perdió el tiempo en advertencias ni amenazas. Hizo fuego a medio metro de distancia y el individuo se derrumbó pesadamente, estremeciéndose en el suelo en las últimas convulsiones agónicas.

—¡Coja una pistola, amigo! ¡El tiempo apremia!

Max no se hizo repetir la orden. El individuo a quién acababa de matar Baxter llevaba dos en el cinturón, aparte de buen número de cargadores. Tendió varios de éstos a la muchacha para que pudiese volver a cargar el arma que empuñaba. Luego, mientras John se apoderaba de las pistolas perdidas por Zander y su secuaz, empezó a tirar contra el vestíbulo.

—Aquí no podemos seguir —dijo Baxter—. Si no salimos pronto...

Tanto Else como Max pensaban lo mismo. Ambos hacían fuego en aquel momento contra quienes les contestaban desde el vestíbulo. Sin dejar de disparar, la muchacha repuso:

—No creo que podamos salir por la puerta; tampoco que encontremos por dónde se marchó Zander.

—Sólo queda la ventana —afirmó Max—. Hay que saltar por ella.

Baxter corrió a abrir la que tenía más cerca. Estaba un par de metros por encima del terreno circundante. No ofrecía grandes dificultades salir por ella. Pero la noche se había echado encima; los campos aparecían envueltos en tinieblas y no conocía la dirección en que debían marchar.

—Vaya adelante, amigo —dijo a Max —en unión de Else. Yo les cubriré la retirada.

Empezó a tirar contra la puerta que daba al vestíbulo, para tener a raya a sus enemigos. Max se apresuró a saltar por la ventana. Cuando Else se disponía a imitarle, John advirtió una mancha de sangre en su hombro. Dolorido, preguntó:

—¿Está herida?

—Sí, pero creo que podré caminar.

—Entonces, adelante.

Saltó la muchacha, ayudada por Max. Tras un último disparo, Baxter transpuso el alféizar. Cayó sobre un montón de nieve. Al ponerse en pie, pudo ver a dos o tres individuos que doblaban la esquina más cercana del edificio. Hizo fuego contra ellos y echó a correr, apremiando a sus compañeros de huida:

—¡Deprisa, o nos matarán antes de que demos diez pasos...!

VIII

ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE



I la muchacha ni Max habían necesitado su consejo para alejarse del edificio con toda la velocidad que sus piernas les permitían. Bajaban a todo correr por una empinada ladera, cubierta de pinos. A los pocos minutos los árboles les preservaban de los disparos hechos desde el edificio. Vieron entonces que en la terraza del edificio se encendía un gigantesco reflector, que proyectaba su luz sobre los campos cercanos, tratando de localizarlos. —Junto al reflector tienen una ametralladora —indicó Max—. Si nos descubren nos barrerán con una sola ráfaga.

Por fortuna, cuando el haz luminoso envolvía la parte en que se encontraban, lograron ocultarse entre unos espesos matorrales. La luz del reflector se alejó lentamente. Se ponían en pie para reanudar la carrera momentáneamente interrumpida, cuando surgió un nuevo peligro. Inesperadamente, un gigantesco mastín se lanzó, surgiendo de entre las sombras, sobre Baxter, que cayó de espaldas. Lanzando un aullido, el perro se dispuso a hincar sus colmillos en el cuerpo del fugitivo.

John, que no perdía la serenidad ni en las circunstancias más críticas, seguía empuñando una pistola en la mano derecha. Al ver al mastín sobre sí, no vaciló un segundo. Tiró a boca de jarro sobre el animal y el perro hizo una trágica cabriola en el aire, quedando en tierra aullando lastimeramente. Cuando se incorporaba de nuevo, el americano oyó gritar a Max:

—¡Deprisa, deprisa! Ahora ya saben dónde nos encontramos.

Casi en el mismo instante, John pudo comprobar la verdad que encerraban sus palabras. A diez pasos de distancia surgió en aquel instante una sombra y un balazo silbó muy cerca de su cabeza. Baxter tiró a su vez y el individuo se lanzó al suelo de cabeza, gritando:

—¡Aquí, están aquí!

Llamaba a sus compañeros, que no tardarían en aparecer. John no quiso esperarles. Corrió en seguimiento de Max y Else, que le llevaban lo menos veinte metros de ventaja. Logró darles alcance a los pocos minutos, pero cuando ya sentían a su espalda los gritos de un grupo numeroso de perseguidores.

—¿Qué hacemos ahora? No podemos continuar toda la noche corriendo. Fatalmente nos darían alcance.

Sin dejar de correr, Max meditó unos segundos.

Después, como idea salvadora, murmuró:

—¡El helicóptero!

Explicó que, desviándose ligeramente del camino que seguían, a unos trescientos metros de distancia y en el centro del valle, estaba la pequeña explanada donde había aterrizado aquella mañana el autogiro. Había un par de hombres—el piloto uno de ellos—vigilándole.

—Si podemos adueñarnos del aparato, estaremos salvados.

—De acuerdo —repuso Baxter—. Yo lo sé manejar. Vamos hacia allá.

Pero la marcha no podía ser todo lo rápida que deseaban. La nieve estaba muy blanda en aquella parte; se hundían a veces hasta media pierna y no podían correr. Además, Else, menos fuerte que los hombres y debilitada por la pérdida de sangre, caminaba cada vez con mayor dificultad. Pese a todos los esfuerzos de Max y John, sus enemigos iban ganando terreno; sus voces resonaban más cercanas a cada minuto. De pronto, el alemán indicó a Baxter:

—La explanada está a la salida del bosque. Una carrera y llegaremos.

Llegaron, en efecto, antes de que sus perseguidores consiguieran darles alcance. Pero al arribar se derrumbaron de un golpe todas sus esperanzas. Al salir de entre los últimos árboles oyeron con claridad el ruido del motor del aparato. Un momento después vieron que el helicóptero comenzaba a elevarse. Max corrió hacia allá lanzando gritos:

—¡Esperad, esperad!

O no le oyeron o no hicieron caso de sus gritos. Furioso, Max comenzó a disparar contra la cabina. El cristal de una de las ventanillas saltó hecho añicos. Desde el interior del aparato, que ahora se elevaba casi verticalmente, comenzaron a responder a tiros. Varios balazos se clavaron en tierra alrededor del punto en que se encontraban.

A su espalda oyeron las voces de sus perseguidores. Debían estar a

cuarenta o cincuenta metros de distancia. Si salían a la explanada, mientras permanecían en ella, no tendrían salvación posible. Una sola ráfaga bastaría para quitarles de en medio. No había ya esperanzas de coger el helicóptero, que seguía tomando altura. Baxter indicó:

—Hay que seguir corriendo. Aquí no tenemos defensa posible.

Cogió del brazo a Else, para ayudarla a caminar. Corrieron hacia el otro lado de la explanada, donde comenzaban de nuevo los árboles. Afortunadamente llegaron antes de que sus enemigos pudieran echarles la vista encima. Amenguando un poco la rapidez de su carrera para tomar aliento, John preguntó:

—¿Dónde podríamos meternos?

Tras meditar unos segundos sin dejar de andar, Max repuso, vacilante:

—Como no sea en la casita de la radio...

—¿Hay aquí radio? —preguntó excitado y nervioso John.

Max dio unas rápidas explicaciones. Subiendo por la pendiente opuesta del valle, a unos centenares de metros, había una casita de aspecto rústico que aparentemente servía para guardar los aperos de unos supuestos leñadores, pero en cuyo interior, perfectamente camuflada existía una pequeña estación transmisora. Gracias a ella, Zander daba órdenes a sus secuaces de Berlín cuando se encontraba en Baviera. Siempre había un hombre de guardia, que sabía manejarla perfectamente. Un teléfono comunicaba la choza con el edificio donde estaba instalado el cuartel general de la organización.

—Si logramos llegar allí, acaso podamos salvarnos —dijo John.

Resonaba cada vez más lejano el ruido de los motores del helicóptero. ¿Se habría elevado por tener órdenes de emprender algún viaje a aquella hora o simplemente alarmado por los disparos que acompañaban la huida de los fugitivos? No era fácil la respuesta ni, en definitiva, les importaba mucho por el momento. Lo interesante sería llegar a la cabaña de la radio. Baxter sabía cómo manejar una pequeña emisora.

—Pediré auxilios, y si conseguimos resistir unas horas, quizá lleguen a tiempo.

Decía esto para tranquilizar a Else, cuyo paso era más vacilante a cada instante y que, de cuando en cuando, lanzaba pequeñas exclamaciones de dolor. En realidad, John tenía muy pocas esperanzas de salir con vida de aquella aventura. A través del monte, no podrían ir muy lejos. Ninguno de los tres llevaban sombreros ni abrigo, y, aunque sus enemigos no les persiguieran, lo más probable era que muriesen de frío antes de llegar la mañana.

—¿Falta mucho?

—No. Está a la salida de este bosquecillo, junto a una pared rocosa.

—¿Habrán muchos hombres?

—Sólo uno: Walter Giesing. Pero es decidido y peligroso. Esta bien armado y se defenderá.

Sin dejar de andar, John trazó un rápido plan de acción. Max se adelantaría. Diría a Giesing que llevaba una orden de Zander. Cuando lo tuviese dominado, se acercarían Baxter y la muchacha.

—Sobre todas las cosas me interesa manejar la emisora de radio. Procure que no la estropee antes de mi llegada.

Vieron a lo lejos brillar una luz entre las sombras de la noche. Max se adelantó entonces a la carrera. John se aproximó con mayor lentitud. Pronto vieron la sombra de la casa recortarse confusamente sobre un fondo rocoso. Había luz en su interior. Oyeron gritar algo a Max y vieron que la puerta se abría. Baxter indicó a la muchacha:

—Tenemos que acercarnos sin hacer ruido. Max puede necesitar nuestra ayuda.

Llegaban a quince metros cuando les sobresaltó el estrépito de varios disparos. John salvó en dos saltos la distancia que le separaba de la entrada del edificio. Iba con la pistola en la mano y dispuesto a disparar. No hizo falta. En el centro de la habitación de entrada, aparecía tendido de bruces un individuo. Frente a él, Max se sostenía difícilmente en pie, atravesado el muslo izquierdo por un balazo. Explicó:

—Sospeché algo y quise llamar por teléfono. Cuando intenté oponerme, empezó a tiros. No tuve más remedio que matarle.

Baxter no quiso perder un solo minuto. El ruido de los disparos atraería la atención de sus perseguidores. Pronto estarían allí. Tenía que darse mucha prisa, si quería transmitir su mensaje. Impaciente preguntó:

—¿Dónde está la emisora?

Max señaló una escalera de mano que subía a lo que debía ser un pequeño desván. Explicó que estaba disimulada tras un montón de leña. La energía necesaria para su funcionamiento, la recibía a través de un cable desde el edificio de donde habían huido. Servía, en apariencia, para proporcionar a la casita luz eléctrica.

—Entonces pueden cortarlo en cualquier instante. Hay que darse mucha prisa...

Comenzó a sonar con insistencia el timbre del teléfono. Indudablemente llamaba Zander tratando de saber lo que sucedía por allí. En la escalera ya, Baxter indicó:

—No cojan el auricular. Bastaría que oyesen su voz para que comprendieran lo que sucede...

En pocos segundos dio con la emisora. Era muy sencilla, aunque de bastante potencia. John sabía cómo manejarla. Estudió a fondo todos los medios de posible comunicación en los meses que precedieron al desembarco en África del Norte; completó sus conocimientos en la

academia del F. B. I. en Quantico. Manejar aquélla era un juego de niños para él. Podía radiar en una longitud determinada de onda. Sabía que constantemente había escuchas pegados a sus aparatos en el Centro de Documentación de Berlín, en la jefatura del Servicio Secreto de las tropas americanas de ocupación en Múnich, en París incluso. Con toda premura comenzó a hablar:

—¡Atención, atención! Habla John Baxter, transmitiendo mensaje importante. ¡Atención, escuchas! Necesitamos socorros con urgencia.

Dio su situación aproximada. Según Max, debían estar a unas cuarenta millas de Winsel y unas setenta de Múnich, cerca de la frontera austríaca. Dio el nombre de Karl von Zander que se hacía llamar Wilhelm Koller. Habló del helicóptero y del peligro que corrían, pero no pudo seguir. La luz del aparato se apagó de pronto. Indudablemente desde el edificio principal habían cortado la corriente.

¿Habría escuchado alguien su llamada? ¿Serviría de algo? Esperaba que sí, pero no podía tener la menor seguridad. Si informaban a Tilden, seguramente volarían con rapidez hacia allá. Pero por mucha prisa que se diesen tardarían muchas horas en localizar su posición. Y para entonces estarían los tres muertos. Y, lo que era peor aún, Zander habría podido escapar, rodeado de sus secuaces, para buscar otra guarida desde la que continuar sus siniestros trabajos.

—¡Baje corriendo, Baxter! ¡Ya llegan!

Aunque con dificultades por la falta de luz.

John se apresuró a obedecer. Al pie de la escalera la esperaba Else. En voz baja le indicó que habían oído cercano el ladrido de varios perros. Max, se había vendado el muslo con un pañuelo y, aunque herido, se había colocado junto a una de las ventanas que dominaba todo el frente del edificio. Ellos tendrían que defender la otra ventana.

—Hemos hallado dos ametralladoras «Thompson», con bastante munición. Max se encargará de manejar una; tenga usted la otra.

Asomándose a la ventana vio a ocho o diez hombres que avanzaban hacia la casa, desplegados en amplio semicírculo, ligeramente agachados para ofrecer menos blanco a los disparos enemigos y con las armas a punto de disparar. Precediéndoles venían seis o siete grandes perros que miraban recelosos hacia la choza rompiendo con sus aullidos el silencio de la noche. John no quiso esperar más. Lanzó un grito de aviso a Max, apostado junto a la otra ventana:

—¡Ahora!

Apretó el gatillo, en tanto movía rápidamente el arma de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. El tableteo de los disparos se impuso en el acto a todos los demás ruidos. Muchos de los balazos se perdieron en el vacío. Sin embargo, dos de los perros y uno de los hombres cayeron con

una trágica cabriola. Casi en el mismo instante, Max comenzó a tirar. Pero ya entonces todos sus enemigos habían buscado refugio tras algunos peñascos y parapetos tras ellos, sintiéndose relativamente a seguro, disparaban a su vez.

Las paredes de la casa eran lo suficiente gruesas para no ser atravesadas por el plomo. Sin embargo, las ráfagas de sus enemigos iban dirigidas contra la puerta y las ventanas y corría grave peligro quién se hallase cerca de ellas. Con una pistola en la mano, Else se encontraba—luego de atrancar la puerta—, al lado de John. El americano la aconsejó:

—¡Apártese un poco! Podrían darla...

—Me juego tanto como usted —repuso con voz firme la muchacha—. Tengo además, muchos a quienes vengar: mi padre, Franz, Otto, los demás amigos...

Por espacio de media hora larga se prolongó el tiroteo. En tres o cuatro ocasiones los sitiadores, cuyo número parecía aumentar en lugar de disminuir intentaron lanzarse al asalto. En todas fueron contenidos a unos metros de distancia, por los certeros balazos de los defensores. En una de ellas, una granada de mano estalló cerca de la puerta, cuyas hojas fueron arrancadas casi de cuajo. Cuando pasó el estrépito de la explosión, y los adversarios que se habían acercado hubieron de retroceder bajo el fuego de John, éste preguntó angustiado:

—¿Le ha ocurrido algo, Elsa?

—No, Baxter. Un trozo de madera pasó rozándome la cabeza; pero no me tocó siquiera. Pero me parece haber oído gritar a Max.

—Vigile usted desde la ventana. Voy a ver qué le ha sucedido.

El interior de la cabaña aparecía ahora algo más claro, porque la luz de la luna penetraba por el hueco de la puerta destruida. Encontró a Max ensangrentado y apoyado trabajosamente contra la pared. Explicó:

—Un trozo de metralla me hirió en la espalda; por fortuna, el dolor va pasando. Creo que podré seguir ocupando mi puesto.

En su último intento los secuaces de Zander habían perdido otros dos hombres. Debido a ello, sin duda, en la media hora siguiente no trataron de asaltar nuevamente la casita. Baxter temía que les atacaran por la espalda. Max le tranquilizó:

—Esa parte está materialmente pegada a una pared rocosa, casi cortada a pico. De noche no podrán intentar siquiera la ascensión. Cuando amanezca...

De día podrían subir sin demasiadas dificultades. Entonces llegaría, inevitablemente, el final. Desde arriba podrían arrojar unas cuantas granadas de mano sobre el techo de la cabaña. Les matarían con la más absoluta de las impunidades. John no perdía la esperanza:

—Faltan siete horas para amanecer. En ese tiempo pueden ocurrir

muchas cosas...

Volvió a ocupar su puesto junto a la ventana, en tanto que Else se preocupaba de contener en lo posible la hemorragia de las heridas de Max. Para ello, ambos se tumbaron en el suelo y prendieron fuego a un trozo de madera resinosa, que daba una luz débil y vacilante. Al advertir el reflejo de la luz sus enemigos intensificaron el tiroteo, pero Baxter, que seguía vigilando, asomando de cuando en cuando la cabeza, comprobó que no intentaban un nuevo asalto.

Cerca ya de medianoche, repiqueteó con fuerza el timbre del teléfono. Tras cambiar breves impresiones con Else, John decidió cogerlo. Sus enemigos sabían perfectamente que estaban allí. Nada perdería por oír lo que quisieran decirle. A las primeras palabras reconoció la voz de Zander:

—Quiero que hablemos unos minutos, Baxter. Tengo una proposición que hacerte.

El tono amable de su interlocutor sorprendió a John. ¿Qué pretendía? No tardó en saberlo, porque Zander continuó:

—Debe cesar esa resistencia estúpida. Por mucho que te esfuerces, no conseguirás escapar.

—Y en uno o en otro caso me matarán igual, ¿no? Pues, prefiero morir matando. Por lo menos, siempre me llevaré alguno de tus amigos por delante.

—No, Baxter. He dicho que tenía que hacer una proposición. No te creo tan estúpido como para entregarte, sabiendo que te íbamos a matar.

—¿Entonces?... —preguntó, ligeramente desconcertado, John.

—Esta lucha no nos conviene a ninguno de los dos: a ti, porque el final sólo puede ser la muerte; a mí, porque ya he perdido varios hombres y no quisiera sacrificar más. A los dos nos interesa llegar a un acuerdo que...

—No creo que sea posible ningún acuerdo —interrumpió, irritado, John.

—Espera a oír lo que tengo que decirte antes de responder. Si depones las armas, si me entregas a ese traidor de Max, estoy dispuesto a dejarte marchar sin sufrir el menor daño.

—¿Sin importarte que sea un agente del F. B. I., como suponías y que denuncie a mis superiores cuanto sé de ti y de tu organización?

—No. Dándome por anticipado tu palabra de honor de que no dirás una sola palabra de lo que sabes. Yo, a mi vez, te daré la mía de que serás conducido de nuevo a Berlín sin que nadie te toque el pelo de la ropa.

Aunque parecía hablar en tono de profunda sinceridad, Baxter no se dejó convencer, naturalmente. Por los motivos que fuesen, Zander quería terminar cuanto antes. Su proposición era una trampa bastante burda. La rechazó sin vacilaciones.

—¿Qué contestas?

—Que si me entregase, no llegaría vivo al amanecer. No soy tan ingenuo como para caer en una celada de este tipo. Prefiero seguir luchando.

—Pero si te doy mi palabra de honor...

—No creo en ella, como tú tampoco creerías en la mía. Tal como están planteadas las cosas, necesitas mi muerte para seguir viviendo. Y no voy a darte facilidades para que lo consigas.

—De cualquier forma morirás. Tengo treinta hombres, armas en abundancia, y el pueblo más cercano está a veinticinco millas. No puedes esperar la menor ayuda. No confíes en la emisora. Está estropeada hace varios días. No te ha podido oír nadie.

Las últimas palabras fueron una revelación para Baxter. Zander temía que alguien acudiera en su socorro. Habían cometido la equivocación en los primeros momentos de su huida de no pensar en la emisora. Se olvidaron de cortar la corriente eléctrica hasta que fue un poco tarde. Ahora, pretendía engañarle para que se entregase y eliminarle sin mayor tardanza.

—Si no funciona la emisora —repuso con cierta ironía—, ¿cómo sabes que he hablado por ella?

—Suponía, lógicamente, que intentarías hacerle.

—Y lo he hecho. Eso es, precisamente, lo que te preocupa. Sabes que muy pronto...

—No llegarían, en ningún caso, a tiempo para salvarte. Pero no acudirá nadie, porque nadie sabe dónde estás.

—Espero que no tardes mucho en comprobar lo contrario.

—Y yo en contemplar tu cadáver.

Colgó el auricular sin aguardar la respuesta de John. A los quince minutos se reanudaba el ataque. Por espacio de varias horas continuó sin grandes alteraciones. Debían ser quince, como mínimo, sus enemigos. Hacían un fuego endiablado, que hacía arriesgado asomar siquiera la mano armada con las pistolas por el hueco de las ventanas. Pero, tanto Max, como Else y John, continuaron encarnizadamente su defensa.

Varias granadas de mano vinieron a estallar contra las paredes, pero afortunadamente los muros eran de piedra y resistentes, de forma que las explosiones no produjeron el menor efecto. Sin embargo, cerca ya de la madrugada, un individuo, que se acercó arrastrándose, logró arrojar una por el hueco de la puerta. Baxter le vio en el instante de incorporarse ligeramente para lanzar su carga y tiró contra él. Logró matarle, pero no pudo impedir que la granada llegase a su destino.

Estalló en el mismo umbral, lanzando su metralla, junto con trozos de piedra arrancados de los muros, al interior de la cabaña. Baxter sintió un dolor agudo en la pierna izquierda. Else, que estaba a su lado, rodó por el

suelo con un ahogado gemido. Max se derrumbó pesadamente, con un grito de agonía en los labios.

John creyó llegado el final. Oyó los alaridos triunfales con que sus enemigos saludaban el éxito de su compañero, y les vio avanzar a la carrera, convencidos que los defensores habían quedado fuera de combate. Con un esfuerzo se sobrepuso al dolor. Apoyó el cañón de la «Thompson» contra el reborde de la ventana y apretó el gatillo. La ráfaga barrió a los que se acercaban. Dos o tres se vinieron a tierra; los otros retrocedieron a la carrera.

Pero cuando, pasado el peligro inmediato, Baxter miró en torno suyo, no tuvo motivo alguno para sentirse satisfecho. La luz incierta que precede al amanecer ponía aspectos fantasmales en todas las cosas. El interior de la casita ofrecía un aspecto impresionante. Sobre el cadáver de Walter habían caído hechos pedazos los muebles de la habitación, destrozados por las bombas de mano. Junto a una de las ventanas yacía, inmóvil, el cuerpo de Max, en medio de un charco de sangre. A su lado, Else, medio atontada por el golpe recibido, se ponía lentamente en pie para comprobar que un hilillo de sangre le corría a lo largo de la pierna derecha.

Abandonando toda vigilancia, John corrió en su ayuda. La hizo sentarse en el suelo y procuró averiguar de dónde procedía la sangre. Junto a la rodilla tenía el agujerito, abierto por un trozo de metralla. Le vendó la herida lo mejor que supo; luego le ató un pañuelo con todas las fuerzas de que era capaz en el comienzo del muslo, para contener la hemorragia. Un poco recobrada, la muchacha le dio las gracias. Luego, emocionada, añadió:

—¡Pensar que sin mí no correría usted todos estos peligros...!

—Los hubiese corrido de todas las maneras —repuso Baxter—. Así, sobre la satisfacción de haber cumplido con mi deber, tengo la alegría de haberla conocido y de haber hecho lo posible por librarla de esos miserables. ¡Qué pena que no haya conseguido salvarla!

—Para el caso es igual, John. Yo... yo...

No terminó la frase, pero estrechó con fuerza la mano de Baxter, que supo, sin necesidad de palabras, cuánto la muchacha quería decir. Suavemente la atrajo hacia sí, murmurando en tono conmovido:

—Yo también te quiero, Else; te quise desde el instante mismo en que te vi. Creo que si te buscaba con tanta ansiedad era sólo por eso...

—Gracias, John. Muchas gracias...

A sus oídos llegó entonces un rumor confuso, como el de un avión que volase a alguna distancia. Por un instante, Baxter sintió renacer las esperanzas. No quiso, sin embargo, hacerse ilusiones engañosas. Entristecido, murmuró:

—Será el helicóptero.

Casi en el mismo instante sus enemigos comenzaron a disparar de nuevo. A ruegos de Else, John tuvo que llevar a la muchacha junto a la ventana que hasta minutos antes había defendido el pobre Max. Allí, sentada sobre una banqueta que había quedado intacta, resguardada contra la pared, podía vigilar un buen espacio de terreno y descargar la «Thompson» cuando fuera preciso. John volvió a la otra ventana.

Los secuaces de Zander se limitaron a disparar de lejos, sin pretender acercarse demasiado. Transcurrió así media hora más. Cuando empezaba a hacerse de día, John advirtió que sus enemigos retrocedían a buen paso, internándose en el bosque. En un principio no supo a qué atribuirlo. La explicación la tuvo cinco minutos después. Volando muy bajo, se aproximó el helicóptero. Furioso, Baxter disparó contra él una ráfaga con su pistola ametralladora, pero los balazos se perdieron en el vacío. De pronto, del aparato, que pasaba tan sólo a unos doscientos metros de altura, se desprendió un artefacto. John oyó el silbido de la bomba al caer y tirándose a tierra de cabeza, gritó a Else:

—¡Arrójate al suelo!

Sin pensarlo dos veces la muchacha obedeció.

Casi en el mismo instante les aturdió el ruido de una formidable explosión. La casita se estremeció como sacudida por un violento huracán: parte de la techumbre se derrumbó con estrépito. Por fortuna, ni Else ni John sufrieron el menor daño. Cuando Baxter se asomó a la ventana, pudo ver que la bomba había caído a una docena de metros del pequeño edificio y que el autogiro se alejaba pausadamente.

Un instante después sonaba el timbre del teléfono. John lo descolgó, luego de una ligera vacilación. Era nuevamente Zander quién hablaba.

—¡Basta de tonterías, Baxter! Entrégate. Ha llegado la mañana y, como ves, no recibes refuerzos. La primera bomba ha sido un aviso, para demostrarte la inutilidad de la resistencia. La segunda no dejará en pie una sola piedra de la casa.

Hizo una breve pausa, esperando la contestación de John. Como el americano permanecía callado, añadió:

—Tienes diez minutos justos. Si para entonces no te has entregado, volarás por los aires.

—Prefiero ser destrozado a caer nuevamente en tus manos —contestó, enérgico, Baxter—. Acaso logres matarme, pero no tardarás en pagar en la horca tus crímenes.

—No serás tú quien pueda verlo. De cualquier forma, no te quedan más que diez minutos de vida —replicó Zander, cortando la comunicación.

Por entre los árboles del bosque vio John que se movían algunos de sus enemigos. Hizo fuego contra ellos, pero sus adversarios se ocultaron tras unos peñascos, sin molestarse siquiera en contestarle. Baxter contó

entonces a la muchacha lo que le había dicho Zander. Else afirmó, resuelta:

—Nos quedaremos aquí.

Acercándose a la joven, John la estrechó entre sus brazos. Luego la besó en la frente. Emocionada, murmuró:

—Será el primer beso... y el último.

Tornó a su puesto de observación, esperando con tensa impaciencia.

A los pocos minutos tornó a oírse el ruido del autogiro. Pronto le vieron aparecer, por encima de los pinos, volando pausadamente a unos trescientos metros de altura. Cuando estuvo casi encima, John, desdeñando todo los riesgos, se sentó en el alféizar de la ventana, sacó casi todo el cuerpo fuera, apuntó con cuidado y apretó el gatillo. Tuvo la seguridad de que, por lo menos, algunas de las balas de la ráfaga habían alcanzado al aparato, porque viró en el acto, elevándose con rapidez.

No pudo, sin embargo, gozarse en su victoria. Los individuos que vigilaban desde la espesura del bosque quisieron aprovechar el instante. Tiraron con ansias de matar. John sintió en su cuerpo el mordisco doloroso de las balas, se le escapó de las manos el arma que empuñaba, estuvo a punto de caer fuera del edificio, y sólo con un gran esfuerzo logró dejarse caer al interior.

Tras hacer algunos disparos para contener la aproximación del enemigo, Else se acercó, trabajosamente, a su lado. Vio que Baxter tenía la camisa manchada de sangre. El plomo de sus adversarios le había entrado por el pecho, buscando el camino de su corazón. Sonrió tristemente al ver a la joven a su lado.

—Un minuto antes o un minuto después, es igual, Else.

Impulsivamente la muchacha le abrazó. A sus oídos llegaba con claridad el ruido de los motores del autogiro. Levantando la cabeza, le vieron por el hueco de la ventana. Se acercaba tranquilamente. Un minuto después estaría en la vertical, soltaría su carga mortífera y todo habría concluido.

—Es el final, John. Pero prefiero morir a tu lado...

Ocurrió entonces algo totalmente inesperado. El ruido de los motores de otro avión llegó claramente a sus oídos. Escudriñaron, sorprendidos, el cielo. No tardaron en descubrirle. Era un aparato de caza que se acercaba con velocidad vertiginosa. El autogiro quiso terminar de una vez. Pero el peligro que corrían debió poner un tanto nerviosos a sus tripulantes. La bomba cayó a tres metros del edificio. El ruido de la explosión dejó sordos por un instante a Baxter y a la joven, pero aunque la casa se estremeció con mayor violencia que minutos antes, aunque saltaron destrozados los marcos de las ventanas y se derrumbó con estrépito gran parte de la techumbre, apenas si sufrieron otro daño que algunos magullamientos.

Cuando levantaron de nuevo la cabeza, vieron que el helicóptero

pretendía huir a toda velocidad. Pero ya entonces tenía encima al aparato de caza. Oyeron con claridad el tableteo de las ametralladoras del avión. Un segundo después el autogiro se incendiaba en el aire y hacía explosión al chocar contra el suelo, a media milla de distancia, posiblemente en el centro del valle.

El aparato de caza hizo todavía algo más. Perdiendo considerable altura, pasó peligrosamente bajo por sobre el bosque cercano. Los secuaces de Zander debieron tirar contra él, porque John y Else oyeron perfectamente el tableteo de sus automáticas primero y la contestación del tripulante del avión después. Por varias veces le vieron subir y bajar, dar vueltas en un círculo bastante cerrado, haciendo funcionar sus ametralladoras cada vez que picaba, barriendo un trozo considerable del bosque.

—Estamos salvados —murmuró Else.

—Todavía no —repuso Baxter—. El caza tendrá que alejarse, nuestros enemigos podrán volver, y a mí no me quedan fuerzas para disparar un solo tiro.

Por fortuna, los atacantes no volvieron al asalto. Cuando el aparato de caza se alejó, esperaron con ansiedad y angustia que las huestes de Zander diesen muestras de redoblada actividad. Les sorprendió ver que el bosque cercano permanecía en absoluto silencio. Else se asomó y aunque ya estaba muy claro, no consiguió divisar a uno solo de sus adversarios.

—O han muerto todos, o se han ido.

Pero apenas se había perdido en la lejanía el ruido del caza, cuando llegó a sus oídos el zumbido de numerosos motores de aviación. A los dos minutos, cuatro fortalezas volantes pasaban pausadamente por encima de la casita. Se alejaron hacia el Sur, hasta llegar al extremo del valle, y allí dieron la vuelta. Estaban casi encima de nuevo, cuando Else gritó, excitada:

—¡Mira, mira!

John miró en la dirección señalada. Su pecho se ensanchó en un suspiro de alivio. Como blancos y gigantescos hongos se abrían los paracaídas. Desde los aparatos de bombardeo y transporte, una cincuentena de hombres audaces se lanzaban arriesgadamente al espacio. Siguiéndoles con la mirada, les vieron caer aquí y allá, formando pequeños grupos. No cabía duda de lo que todo aquello significaba. La angustiada llamada por radio de Baxter había sido oída, y las autoridades americanas acudían en su socorro.

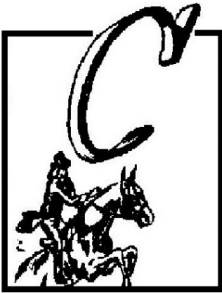
Ayudado por la muchacha, John pudo incorporarse para mirar por la ventana. Pronto divisó un grupo de hombres que avanzaba con las armas en la mano bordeando el bosque cercano. Algunos llevaban uniformes militares. Delante, dos individuos con traje civil. Baxter les reconoció en el acto. Uno era James H. Tilden; el otro, Thomas Larski.

—Ahora sí que estamos salvados —murmuró. Luego, dándose cuenta

de su propio estado, añadió—: Es posible que lleguen demasiado tarde para evitar mi muerte, pero a tiempo para destruir a Zander y su tenebrosa organización...

IX

EL FINAL DE UN «G-MEN»



UANDO recibimos tu llamada, me encontraba en Berlín; tres horas más tarde llegaba a Múnich.

William M. Tilden hablaba con Baxter, mientras un médico curaba provisionalmente las graves heridas de John. Tenía un balazo en el hombro derecho y otro cerca del esternón, que milagrosamente no había perforado los pulmones, aunque sí originado destrozos considerables. Ambos exigirían una delicada intervención quirúrgica, que no era posible practicar en aquel lugar. Pero, afortunadamente, reanimado por varias inyecciones y contenida la hemorragia, su vida no corría, por el momento, grave peligro.

También Else Hasselbach había sufrido toda una serie de heridas. Las balas de sus enemigos, los trozos de metralla y los cascotes arrancados por las explosiones, produjeron diversas desgarraduras en su cuerpo y graves magulladuras. Era inconcebible cómo había logrado mantenerse hasta la llegada de refuerzos sin abandonar el arma que empuñaba. Revelaba una fuerza de voluntad increíble. Sin embargo, ninguna de sus lesiones ofrecía gravedad extremada.

A la primera oleada de paracaidistas había seguido otra. Eran ya más de un centenar los que al mando de un capitán y siguiendo las instrucciones de Tilden habían tomado tierra, limpiando de enemigos el bosque cercano y tomando posiciones en torno al edificio donde Zander tenía establecido el

cuartel general de su organización. Estaban decididos a terminar con la amenaza que representaba. Utilizarían todos los procedimientos de fuerza precisos, pero estaban decididos a liquidar de una vez para siempre aquel peligro.

Tilden contaba lo sucedido en las últimas treinta y seis horas. Thomas Larski, oculto en las proximidades del lugar de Linchtenberg en que dejaron el automóvil, oyó el tiroteo en el interior del hotelito; presenció luego cómo un grupo de individuos se apoderaba del coche. Permaneció más de una hora merodeando en torno al edificio. Al fin, vio salir a varios sujetos, dos de los cuales conducían el cuerpo desmayado de Baxter. Siguiéndoles de lejos y procurando no ser visto, fue tras ellos hasta un campo cercano donde había un autogiro. Minutos después el aparato se elevaba en los aires.

Una hora después lograba llegar a la zona de ocupación americana de Berlín. Despertó a Tilden y le refirió lo sucedido. William entró inmediatamente en actividad. Con un grupo de hombres bien armados penetró en el sector soviético, marchó a Linchtenberg y cercó el hotelito. Cuando logró tomarlo, sin la menor dificultad, se encontró con que estaba totalmente desierto. Sus moradores habían desaparecido, dejando abandonados los cadáveres de varios de sus agentes y del alemán Franz.

Tilden no sabía dónde podría haberse dirigido el autogiro. Por un instante pensó que hacia Polonia o Rusia, pero pronto desechó tal creencia. Desde Múnich le informaron de que varios días antes un helicóptero de nacionalidad desconocida había sido visto volando sobre las montañas de la frontera austríaca. Pero informes similares recibió de la Policía británica, si bien, señalando la presencia del aparato sobre las aguas del Báltico. Perdió muchas horas sin lograr hacer nada práctico. Empezaba a desesperar, cuando el agente encargado de la escucha de emisiones le trajo el mensaje mandado por Baxter. Era muy incompleto; evidentemente la radiación había sido interrumpida antes de que pudiese dar todos los datos necesarios. Resultaba, sin embargo, suficiente para entrar en acción.

Tilden desarrolló entonces una actividad febril. Tras hablar por teléfono con las autoridades de ocupación norteamericanas de Baviera, tomó un avión, acompañado de Larski y se presentó en Múnich. El mensaje de John hablaba de un punto situado a cuarenta millas de Winsel, pero sin fijar su exacta posición. Para entonces, ya varios aparatos volaban sobre las montañas tratando de localizarlo, cosa extremadamente difícil en la oscuridad de la noche, mientras gran número de automóviles recorrían las carreteras de la zona montañosa.

Una hora antes de amanecer el piloto de un aparato de caza, que acababa de regresar, afirmó haber visto de lejos algunas llamaradas ocasionadas probablemente por la explosión de granadas de mano, en un

valle situado a unas setenta millas de Múnich. Tilden resolvió salir para allá inmediatamente. Como el tiempo apremiaba, irían en avión. No era fácil que encontraran lugar donde aterrizar, pero esto se obvió con los paracaídas. Procurarían descubrir el lugar exacto y se lanzarían en los alrededores. Como suponían que tropezarían con resistencia encarnizada, se hicieron acompañar por una compañía de soldados paracaidistas.

Uno de los varios cazas que salieron por delante descubrió de pronto al autogiro. Cuando se acercaba a él le vio arrojar una bomba. Quiso obligarle a entregarse, pero los tripulantes del aparato intentaron tomar tierra en una pequeña explanada. El caza disparó y el helicóptero se incendió en el aire.

—Lo demás es fácil imaginárselo. Y ahora, nuestro amigo Zander sabe ya que tiene sus minutos contados.

Pero la empresa presentaba muchas más dificultades de las esperadas. Un soldado que llegó en aquel momento comunicó noticias poco agradables. No resultaba fácil tomar el edificio donde Zander se había hecho fuerte. Era un gran hotel alpino, construido enteramente de piedra, que dominaba los alrededores. Dentro debía haber veinte o veinticinco hombres. Rechazaron con energía las intimidaciones de rendición. Tenían bien emplazadas seis o siete ametralladoras y cuando los paracaidistas quisieron lanzarse al asalto, tuvieron que retroceder apresuradamente barridos por un fuego mortífero.

—No queda más remedio que recurrir a la aviación. Sólo bombardeando el edificio podremos terminar con la resistencia.

Disponiendo, como según Else —que había pasado muchas horas recluida en el edificio— disponían, de víveres en abundancia, un cerco podía durar meses enteros antes de obligarles a rendirse por hambre; un asalto a pecho descubierto costaría demasiado sangre. Por medio de una estación portátil de radio, el capitán y Tilden hablaron con el aeródromo de Múnich. Las fuerzas aéreas se encargarían de eliminar aquel obstáculo.

Había terminado la cura provisional de Baxter. Estaba tendido en el suelo, delante de la casa, no lejos de los agujeros abiertos por las bombas del helicóptero, esperando la llegada de la ambulancia que había de trasladarle a un hospital de Múnich en unión de Else. De pronto recordó el teléfono. ¿No podría hacer una gestión para lograr la rendición de Zander? Habló con Tilden y consiguió que le llevaran hasta el aparato. Estaba intacto, aunque faltaba un trozo de cable. Unos soldados lo repusieron con rapidez. A los pocos minutos hablaba con Zander. Recibió una rotunda negativa.

—No me entregaré. Ni yo ni los descubrimientos de los científicos que trabajaron para nuestra causa, caerán jamás en manos de nuestros enemigos.

—La resistencia es inútil. Sólo conseguirás derramar sangre

inútilmente.

—Todos sabemos que si nos cogieran iríamos a la horca. Es mejor morir luchando. ¿No pensabas tú antes así? Pues lo mismo opino yo ahora.

Quince minutos después, cinco fortalezas volantes pasaban muy bajas por encima del bosque, dirigiéndose hacia el edificio donde resistían los secuaces de Zander. A los pocos segundos llegaba a sus oídos el estruendo de una explosión. Un soldado, de observación en una altura inmediata, les comunicó que parte del edificio había sido destruido. Nuevamente, Baxter trató de convencer por teléfono a su enemigo.

—Ya has visto que es inútil la resistencia. Si no te entregas en el acto, tú y tus hombres seréis aniquilados.

—Pierdes el tiempo, Baxter. Antes de empezar sabía que la lucha era a muerte. Por lo menos sabréis cómo mueren los hombres de mi temple. Y no podréis utilizar nuestros descubrimientos en beneficio vuestro.

Cortó la comunicación. Un minuto más tarde, una segunda explosión llegaba con claridad a sus oídos. A continuación, una tercera y más formidable, parecía estremecer los aires. Siguió después un silencio impresionante. Todos callaban, emocionados, sabiendo lo que aquellas explosiones significaban.

Media hora después, el capitán que mandaba las fuerzas paracaidistas estaba de regreso. Explicó:

—La segunda bomba destruyó un ala del edificio. Los aviones no tuvieron tiempo de lanzar ninguna más.

—Entonces, la tercera explosión...

—Fue provocada voluntariamente en el interior del edificio. Debían tener un explosivo de potencia extraordinaria. El edificio entero voló por los aires. Algunas piedras fueron a parar a quinientos metros de distancia. Todo quedó arrasado. El edificio tenía extensos subterráneos, pero también han sido destruidos.

Impresionada y pálida, Else escuchaba el relato. Llorosa y estremecida, guardó silencio unos instantes. Luego murmuró, angustiada:

—¡Todo destruido! Los descubrimientos, en los que mi padre trabajó durante largos años, perdidos definitivamente...

—Acaso sea mejor así —repuso a su lado Baxter—. Según Zander, tenían una fuerza destructora incalculable. Y siempre había el peligro de que cayeran en manos de un puñado de locos que soñaran con destruir la Humanidad.

Trasladado a Múnich, John Baxter luchó durante largos meses entre la vida y la muerte. Si su voluntad de hierro le permitió aguantar sin desmayarse hasta tres horas después de haber sido herido, las heridas sufridas revestían una gravedad que sólo se puso al descubierto cuando pudieron ser concienzudamente exploradas en un quirófano. El plomo enemigo había ocasionado terribles destrozos en su organismo. Pese a lo robusto de su naturaleza, los médicos desconfiaron de salvarle por espacio de varias semanas.

Cuando recobró el conocimiento perdido durante algún tiempo y pudo darse cuenta de cuánto sucedía en torno suyo, vio a Else Hasselbach, que, en calidad de enfermera voluntaria, y ya repuesta de las lesiones sufridas a su vez, no se apartaba un instante de su lado.

Si en los primeros días, y dada la postración de John, apenas pudieron hacer otra cosa que mirarse con fijeza, diciéndose sin palabras lo que ambos sentían, a medida que Baxter fue mejorando, sostuvieron prolongados coloquios, y lo que el americano decía, ponía un brillo de ilusión en los ojos de la muchacha, cuyas mejillas se teñían en ocasiones de carmín.

Hubo un día, cuando ya el herido comenzaba a levantarse, en que hizo una pregunta a Else, teniéndola muy cogidas las manos. La joven respondió con un sí rotundo. Luego, tímidamente, añadió:

—Pero no me gustaría que continuaras siendo un «G-Men». He visto muy de cerca los peligros que corren. No podría vivir tranquila un solo minuto, sabiéndote en riesgo constante.

—No lo seré, Else. Cumplí la misión que me llevó a Berlín, contribuyendo a la destrucción de la partida organizada por Zander. Ahora volveré a mi profesión periodística, abandonada durante tantos años. En estos días precisamente he recibido una proposición interesante: la Dirección de un diario en Detroit. Responderé aceptando.

Hizo una breve pausa. Luego añadió:

—A menos que tú no quieras vivir en América.

—Sí, John. No podría seguir en Alemania. En los últimos años murieron todos los seres que me ligaban a esta tierra. El último, mi padre, le asesinó Zander. Iremos donde los odios no estén tan enconados, donde no existan locos ansiosos de provocar nuevas catástrofes. Y, sobre todas las cosas, contigo. A tu lado, pronto olvidaré la tormenta que dejó a mi espalda para ser enteramente feliz.

Pocas semanas después, Else y John se casaban en Múnich. Aquella misma noche saldrían en tren para París. Pasarían unos días en la capital francesa. Luego, en avión, cruzarían el Atlántico, para instalarse definitivamente en tierras americanas. Entre los invitados al enlace figuraban muchos antiguos camaradas de Baxter y, en primera fila, Thomas

Larski y James H. Tilden. Este último había tratado inútilmente de convencer al periodista para que continuase en Alemania.

—Juntos podríamos ser muy útiles a nuestro país y a la causa de la paz.

Cuando se convenció que sus esfuerzos en tal sentido no daban el menor resultado, hubo de reconocer:

—Por lo menos, tu último servicio al F. B. I. es algo que no se olvidará con facilidad: la desaparición de la banda organizada por Karl von Zander acaso haya salvado la vida a millones de personas.

Pacientes investigaciones llevadas a cabo por agentes especializados habían servido para comprobar que muchas de las sorprendentes manifestaciones del antiguo «obergruppenfuhrer» en su conversación con Baxter, respondían a la verdad. Existían motivos suficientes para dudar del equilibrio de sus facultades mentales, ya que dos médicos, que decían haber asistido al supuesto doctor Wilhelm Koller, afirmaban que su megalomanía lindaba con la locura; pero no podía ponerse en tela de juicio que su organización representaba un auténtico y verdadero peligro. Tenía a sus órdenes varios centenares de hombres fanatizados y resueltos; había logrado reunir fondos cuantiosos y montar verdaderos laboratorios en distintos puntos de Alemania. Soñaba con producir algo mil veces más potente que la bomba atómica para emplearlo sin vacilaciones y en gran escala contra sus enemigos.

—El doctor Hasselbach lo había logrado, al parecer, con una habilidosa captación de los rayos solares.

—Pero Hasselbach perseguía finalidades pacíficas —protestó John.

—Así era, en efecto. Creía que su invento serviría para centuplicar la productividad del suelo alemán y daría en poco tiempo a su patria la grandeza perdida por culpa de las dos guerras mundiales.

Secundando al doctor había también un grupo de hombres resueltos y animosos, dispuestos a proteger al investigador de toda clase de peligros. Eran muchos los que le cercaban. Hasselbach no quería hacer partícipes de sus descubrimientos a las potencias ocupantes de Alemania; tampoco quería que se utilizasen como elemento destructivo por quienes soñaban con una nueva contienda bélica. Tuvo que defenderse de unos y otros. Pronto, la organización acaudillada por Zander se convirtió en su mayor enemigo.

—Para defenderle, sus amigos lograron introducir algunos elementos suyos entre los secuaces de Zander. Uno de ellos era ese Max, a quién tanto tú como Else debéis la vida. Por desgracia, todos sus esfuerzos resultaron inútiles y el profesor murió a manos de quienes, afirmando perseguir finalidades semejantes, seguían caminos diametralmente opuestos.

Pasó al lado de sus amigos casi toda la tarde del día de la boda. Después fue con ellos hasta la estación. Ya en ella, al despedirse de Else,

no pudo por menos de exclamar:

—¡Qué pena que el mundo haya perdido el fruto de los trabajos de su padre!

Emocionada, la muchacha no supo qué responder. John Baxter, que ya era su marido, lo hizo por ella, afirmando:

—Quizá sea mejor así. ¿No crees que habría sido preferible que hubiese ocurrido lo mismo con los esfuerzos de quienes inventaron la bomba atómica?

FIN

VENCEDORES

EN LA

Encuesta sobre el F. B. I.

En los salones de esta EDITORIAL, y en presencia de conocidos escritores, se ha verificado el escrutinio, resultando ganadora, por 750 votos de ventaja, la siguiente clasificación:

TITULOS	Clasificación
EL COBARDE	3
EL REY DEL HAMPA	5
¡CULPABLE!	1
LUCHANDO EN LA SOMBRA ...	4
LA HORA GRIS	2

Como detalle complementario damos a continuación las veces que cada novela ha sido calificada de mejor, con el número 1:

¡CULPABLE!	3.971	votos
EL COBARDE	1.113	»
LA HORA GRIS	410	»
LUCHANDO EN LA SOMBRA ...	206	»
EL REY DEL HAMPA	125	»

Realizado a continuación el sorteo de las VEINTE COLECCIONES DE NOVELAS entre los acertantes de la clasificación ganadora, han sido agraciados los siguientes:

Don MANUEL AMBROS PALANCA. San Vicente, 117, Valencia.

Don LUIS CARRANCEDO. Paseo de Pereda, 26. Santander.

Doña ISABEL AMPUDIA. Rúa de los Notarios, 20. Zamora.
 Don PEDRO PENARREDONDA. «La Casita», Llanes (Oviedo).
 Don ALBERTO MUÑOZ. Muños Ubeda, 5, Manzanares (Ciudad Real).
 Don PEDRO BLANCO. Conde de Peñalver, 5, Madrid.
 Don ISAAC GRACIA. San Juan y San Pedro, 9, Zaragoza.
 Don ADOLFO LOPEZ. Santa Lucía, 1, Haro (Logroño).
 Don JULIO LEAL. Luchana, 27, Madrid.
 Doña MARIA FERNANDEZ. Capitán, 50, Aranjuez (Madrid).
 Don EMILIANO BLANCO. Santa Olalla, 1, Carriches (Toledo).
 Doña MARIA DEL CARMEN MADARIAGA. Andrés Melado, 33, Madrid.
 Don FEDERICO PINOL. Ensanche, 4, Huesca.
 Don PEDRO IGNACIO DE PABLO. Zabaleta, 32, San Sebastián.
 Don JULIAN JIMENEZ. Carnecería, 3, Linares (Jaén).
 Don FRANCISCO SERRA DURAN. Lope de Vega, 52, Barcelona.
 Don FERNANDO VICTORIA. Plaza Esquive, 7, Sevilla.
 Don DANIEL PERAZA. Bernabé Rodríguez, 7, Santa Cruz de Tenerife.
 Don RAFAEL JUAN MACIA. General Primo de Rivera, 29, Elche (Alicante).
 Don ELIAS ARIAS. Ibáñez de Bilbao, 105, Bilbao.

A estos concursantes se les remitirán los premios por Correo, como impresos certificados.

EDITORIAL ROLLAN agradece el magnífico entusiasmo del público español, felicita a los vencedores y exhorta a los demás a tomar parte en los muchos e interesantes cursos que tiene en preparación.

Madrid, 31 de mayo de 1933.

¿Quién es el traidor?
¿Quién vendía secretos militares al enemigo?

A la lejana isla de Hong Kong llega el brazo
poderoso del F. B. I. personificado en un
audaz Agente Especial.

Alta traición

se titula la singular novela de FRED BAXTER,
pintor maestro de exóticos paisajes y de luchas
sangrientas, tras emboscadas de los siniestros
fanáticos que aspiran al poder por medio de
la violencia y del terror.

Alta traición

es

LA LUCHA DE DOS RAZAS EN LAS
CALLEJAS DE HONG KONG.

Encargue anticipadamente a su librero:

Alta traición

de la

Colección F. B. I.